



ACTO CUARTO, ESCENA 1.

ROMEO Y JULIETA

TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR

D. Manuel Hiraldez de Acosta.

PERSONAS.

ESCALUS, PRÍNCIPE DE VERONA.
 PARIS, JÓVEN NOBLE PARIENTE DEL PRÍNCIPE.
 MONTESCO, } JEFES DE DOS FAMILIAS ENEMIGAS.
 CAPULETO, }
 UN VIEJO, TIO DE CAPULETO.
 ROMEO, HIJO DE MONTESCO.
 MERCUCIO, PARIENTE DEL PRÍNCIPE Y AMIGO DE
 ROMEO.
 BENVOLIO, SOBRINO DE MONTESCO.
 TIBALDO, SOBRINO DE CAPULETO.
 FRAY LORENZO, MONJE FRANCISCANO.
 FRAY JUAN, MONJE DE LA MISMA ÓRDEN.
 BALTASAR, CRIADO DE ROMEO.
 SANSON, } CRIADOS DE CAPULETO.
 GREGORIO, }
 ABRAHAM, CRIADO DE MONTESCO.

UN BOTICARIO.
 TRES MÚSICOS.
 CORO.
 UN NIÑO.
 UN PAJE AL SERVICIO DE PÁRIS.
 PEDRO.
 UN OFICIAL.
 LA SEÑORA DE MONTESCO, ESPOSA DE MON-
 TESCO.
 LA SEÑORA DE CAPULETO, ESPOSA DE CAPULETO.
 JULIETA, HIJA DE CAPULETO.
 SU NODRIZA.
 CIUDADANOS DE VERONA, HOMBRES Y MUJERES PAR-
 TIDARIOS DE LAS FAMILIAS CAPULETO Y MONTES-
 CO, MÁSCARAS, GUARDIAS, EMPLEADOS DE PO-
 LICÍA, CRIADOS, ETC.

Una gran parte de la escena pasa en Verona, y algunas del acto quinto en Mantua.

PRÓLOGO.

Dos familias de igual nobleza habitan en la ciudad de Verona, á donde vamos á conduci-

ros. Renace su antigua enemistad, y las manos de los ciudadanos se manchan con sangre de ciudadanos. Se oye entonar un canto de amores en ambas casas; el heredero de la una ama á la heredera de la otra, pero la suerte

persigue á los amantes, y solo su muerte puede destruir y enterrar el odio de las dos familias. ¡Venid á ver el surco fatal y rápido, la huella de muerte y de dolor que han dejado estos amores! ¡Venid á contemplar ese odio inveterado que no ha querido aplacarse más que ante los cadáveres de dos niños!...

Tal es la obra que nuestro teatro os ofrece. Os pedimos dos horas de atención solamente: si se nos han escapado algunos errores, nuestros esfuerzos sabrán enmendarlos.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública.

Salen SANSON Y GREGORIO, armados de espadas y broqueles.

SANSON.

Dime, Gregorio: ellos no nos harán cejar, ¿no es verdad?

GREGORIO.

¡Cómo cejar! ¡eso sería bueno si se tratara de ganapanes!

SANSON.

Si nos provocan ¡vive Dios! será necesario no allojar.

GREGORIO.

Alloja tu jubon, si te parece, y así respirarás mejor.

SANSON.

Es que cuando yo me meto en danza, no soy flojo para repartir golpes.

GREGORIO.

Afortunadamente acostumbras en cambio á ser muy flojo para meterte en danza.

SANSON.

¡Flojo, eh! pues que uno de esos perros de Montesco aparezca, y ya verás si soy flojo para moverme.

GREGORIO.

¿Con que te moverás, eh? es decir, que te quitarás de en medio... El hombre valiente espera siempre á pié firme.

SANSON.

Ya te he dicho que, cuando veo un perro de Montesco, se me alborota horriblemente la biliar, y entonces le espero siempre á pié firme, ¿entiendes? y á hombres, niños y mujeres; á

todos les salgo al paso, y siempre tengo alguna cosa que decirles.

GREGORIO.

¡Pardiez! ¡Con que tan hablador eres!

SANSON.

Yo hablo con las mujeres, y exijo á los hombres que se callen.

GREGORIO.

Eso está bien hecho. Nuestros amos y nosotros andamos siempre en continua lucha.

SANSON.

Sin duda, y yo al fin llegaré á ser feroz; feroz con las mujeres después que lo haya sido con los hombres... ¡Tómalo como quieras!

GREGORIO.

Ellas ó ellos son los que lo han de tomar como quieran.

SANSON.

Me es igual: tengo la mano buena y el puño fuerte, como es bien sabido.

GREGORIO.

¡Oh, fuerte, sí! Ya se sabe que no eres de trapo. ¡Tizonas al aire, que se acercan dos Montescos!

Salen ABRAHAM Y BALTASAR.

SANSON.

Estoy dispuesto, y con la mano en la espada: llegó el momento...

GREGORIO.

¿De correr?

SANSON.

No tengas miedo.

GREGORIO.

¿De tí? no por cierto.

SANSON.

Tengamos desde luego la razon y la ley de nuestra parte. Dejémosles venir.

GREGORIO.

Empezaré por hacerles morisquetas cuando pasen por delante de nosotros. Veremos lo que sucede después.

SANSON.

Ya veremos: aquí están.

GREGORIO.

Me muerdo el dedo pulgar, mirándolos al mismo tiempo. Haz lo mismo. Si lo sufren, es prueba de que son unos cobardes.

ABRAHAM.

(Deteniéndose delante de Sanson.) ¿Es á nosotros á quienes mirais al morderos el dedo pulgar, caballero?

SANSON.

Señor mio... yo no hago más que morderme el dedo.

ABRAHAM.

(En tono más alto y aproximándose.) Os vuelvo á preguntar ¿si es á nosotros á quienes mirais al morderos el dedo pulgar, caballero?

SANSON.

(Después de una pausa y dirigiéndose á Gregorio.) Oye: ¿me permite la ley decir que sí?

GREGORIO.

No.

SANSON.

No, señor; yo no os miro al morderme el dedo pulgar; me contento solo con mordérmelo, señor mio.

GREGORIO.

Caballero, ¿es camorra lo que buscais?

ABRAHAM.

¡Camorra! ¡no por cierto!

GREGORIO.

¡Como gustéis! Si eso os divierte, habeis tropezado con vuestro hombre... El amo á quien yo sirvo vale por lo menos tanto como el vuestro.

ABRAHAM.

(Con viveza.) ¿Pero no valdrá más?

SANSON.

¡Caballero! ¡Caballero!

Por el fondo del teatro aparece BENVOLIO.

GREGORIO.

(A Sanson.) Di qué vale más... Mira allí á un pariente de nuestro amo que viene hácia nosotros.

SANSON.

(En tono muy alto.) Mi amo vale más que el vuestro.

ABRAHAM.

¡Mientes!

SANSON.

¡Desenvainad el acero, si teneis valor!... ¡Gregorio, no olvides tu gran estocada.

(Riñen los cuatro criados.)

BENVOLIO.

¿Qué es eso, imbéciles? ¡Abajo esas espadas! ¡Vamos, pues, que no sabeis lo que estais haciendo! *(Hace bajar las espadas á los criados.)*

Sale TIBALDO.

TIBALDO.

¿Cómo es que te encuentro con la espada desnuda en medio de esos innobles villanos, Benvolio? ¡Vuelve la cabeza y defiéndete; tu muerte está en la punta de mi acero!

BENVOLIO.

Yo no he hecho más que separarlos y poner paz. Mete tu espada en la vaina, y ocúpate, como yo, en terminar esta contienda.

TIBALDO.

¡Teniendo el acero en la mano me hablas de paz! Aborrezco esa palabra, como detesto al infierno, á ti mismo y á todos los Montescos! *(Se arroja sobre él.)* ¡A ti, cobarde!

(Los partidarios de las dos casas llegan al ruido, se dividen en dos bandos y se hace general la lucha. Después acuden paisanos armados con gruesos garrotes.)

UNO DE LOS PAISANOS.

¡A la guardia! ¡Ah! ¡ah! ¡garrotes y espadas! ¡Dadles, dadles fuerte, y así aprenderán á pelear en medio de las calles! ¡Abajo los Capuletos! ¡Abajo los Montescos! *(El jefe de la familia Capuleto vestido con una larga bata de casa sale de su palacio seguido de la señora de Capuleto.)*

CAPULETO.

¿Qué ruido es ese? ¿Qué es lo que esto significa? ¡A ver mi espada! ¡mi gran espada! ¡Traédmela!

LA SEÑORA CAPULETO.

¡Traedle su muleta!... ¡pronto, su muleta!... *(A su marido.)* ¿Tendreis á bien decirme para qué pedis esa espada?

CAPULETO.

¡Quiero mi espada! ¡el viejo Montesco viene aquí á insultarme! ¡Vedlo ahí! ¡el acero brilla en su mano, y me provoca!

Salen MONTESCO y LA SEÑORA DE MONTESCO.

MONTESCO.

¡Capuleto!... ¡Capuleto!... ¡Miserable Capuleto! *(A los que le rodean.)* ¡Dejadme, no me detengais!

LA SEÑORA DE MONTESCO.

¡No te moverás! ¡no darás un paso hácia tu enemigo.

Sale EL PRÍNCIPE CON SU COMITIVA.

EL PRÍNCIPE.

¡Súbditos rebeldes, enemigos de la paz, profanadores de esos aceros que manchais con la sangre de vuestros hermanos!... *(Continúa la pelea.)* ¿Qué es eso? ¿No me oís? ¿Sois hombres ó bestias feroces? ¡A ver! que le apliquen el tormento al que no me obedezca. *(Cesa la pelea.)* ¡Cesad de apagar la rabia que os devora con la sangre que corre á rios por vuestras venas! ¡Deteneos! y que vuestras manos homicidas arrojen al suelo los aceros que empleais en el crimen. ¡Cesad, os digo, y escuchad el mandato de vuestro príncipe, la sentencia que le dicta un justo enojo. Por la tercera vez ha sido turbado el reposo de esta ciudad con esas querellas intestinas, nacidas de una palabra, hijas del aire, y alimentadas por vos, viejo Capuleto, y por vos, Montesco. Los antiguos ciudadanos de Verona han abandonado sus graves ocupaciones, y sus manos arrugadas han vuelto á agitar sus mohosas partesanas; armas que la paz habia arrinconado y que vuestro odio quiere hacer servir. ¡Que no os vuelva á acontecer el turbar otra vez el orden en la ciudad, porque haré pagar con vuestra vida este delito! ¡Ahora, retiraos en paz! ¡Vos, Capuleto, seguidme! y vos, Montesco, id esta tarde á verme á la Municipalidad, y os daré mis órdenes. Os repito que no vuelva esto á suceder, y que todo se termine, bajo pena de muerte al que contravenga mis mandatos.

(Vase el Príncipe con su séquito. Todas las demás personas se retiran por diferentes lados, no quedando en la escena más que el viejo Montesco, su esposa y Benvolio su pariente.)

MONTESCO.

¿Quién ha resucitado esta antigua querella? Hablad, sobrino. ¿Estábais aquí cuando comenzó la disputa?

BENVOLIO.

A mi llegada, los criados de Capuleto y los vuestros se batian ya cuerpo á cuerpo; quise separarlos y saqué para ello la espada. En el mismo momento apareció Tibaldo, el violento Tibaldo, con el acero desnudo y provocándome con insultos; agitó airado su espada al rededor de su cabeza, y el viento que despedía su hoja impotente le contestó con un silbido desdeñoso. Comenzó la pelea; se dieron tajos y estocadas; acudió la multitud, cada uno se puso de parte del que le inspiraba más simpatías; se encendió la lucha, hasta que por último llegó el Príncipe y se apaciguó todo.

LA SEÑORA DE MONTESCO.

¿Y á nuestro Romeo le habeis visto hoy? ¡Gracias á Dios que no se encontraba aquí!

BENVOLIO.

Esta mañana, señora, una hora antes que el sol hiciese brillar su santa luz bajo los pórticos dorados del cielo, sali de mi morada: tenía el espíritu agitado; abandoné á Verona y me dirigí hácia ese bosque de sicomoros cuyas ramas sombrean la parte occidental de la ciudad. Allí divisé á vuestro hijo, que estaba ya paseándose, y me fui derecho hácia él; pero al verme se internó en lo más espeso del bosque. ¿Para qué seguirle? ¿No sé yo que el alma humana tiene grandes misterios que penetrar y grandes cuestiones que debatir cuando está sola? Yo le juzgué por mí mismo, y respetando su soledad, continué mi paseo, sin procurar estorbar al soñador que con tanto cuidado queria evitar mi encuentro.

MONTESCO.

No sé qué tiene mi hijo desde hace algun tiempo: muchas mañanas le han visto ya mezclando con el rocío de la aurora el rocío de sus lágrimas, y saludando con tristes suspiros á las nubes que colora el alba. El sol aparece para devolver la alegría á todos los seres; y apenas se abren las cortinas sombrías con que la aurora se cubre, para dar paso á los fuegos del dia, cuando mi pobre hijo huye de la luz, y silencioso y triste vuelve á entrar en su cuarto, que convierte en un calabozo. Cierra los postigos para que la luz no penetre allí, y permanece solo en la noche artificial que se ha creado! ¡Ah! ¡todo esto acabará mal! Los resultados serán penosos, y verteremos muchas lágrimas si algun prudente amigo no salva á nuestro hijo.

BENVOLIO.

¿Sabeis de qué proviene ese dolor, noble tio?

MONTESCO.

No puedo adivinar su secreto, y él se ha negado á revelármelo.

BENVOLIO.

¿Pero habeis intentado arrancarle esa revelacion?

MONTESCO.

Lo he intentado; varios amigos míos lo han procurado tambien, y todo ha sido en vano. Él no tiene otro confidente de sus pensamientos más que á sí mismo, confidente peligroso quizás; tampoco tiene otro consejero que él mismo, cuya fidelidad no he podido corromper: un confidente impenetrable y un consejero mudo. Ese corazon herido se cierra á todos los consuelos, se oculta á todas las miradas: él se marchita en la adolescencia, como el boton de una flor que un insecto envidioso devora antes que sus hojas perfumadas se desplieguen al aire puro, antes que su belleza resplandeciente se afiance y se abra á los rayos del sol. Si

averiguásemos la causa de sus penas, estas serian tan pronto curadas como conocidas.

Sale ROMEO á cierta distancia.

BENVOLIO.

¡Héle allí! Os suplico que me dejeis un momento solo con él. O su corazon ha de estar muy bien cerrado, ó yo he de penetrar la causa de su tristeza.

MONTESCO.

(*A Benvolio.*) Quedaos, pues, á solas con él, y Dios quiera que consigais lo que todos deseamos, una confesion completa. ¡Vamos, señora, vamos! (*Vase con la señora de Montesco.*)

BENVOLIO.

(*A Romeo que se aproxima.*) ¡Buenos días, amigo!

ROMEO.

¿Aun me decís buenos días? ¿Pues qué hora es?

BENVOLIO.

Las nueve en punto.

ROMEO.

¡Ah! las horas tristes nos parecen siempre muy largas... Creo que era mi padre el que he visto pasar con tanta precipitacion.

BENVOLIO.

El mismo era... Confiadme algo, Romeo, de esa pena que hace tan largo para vos el curso de las horas.

ROMEO.

La pena de no poder conseguir acelerarlas.

BENVOLIO.

¿Es cosa de amores?

ROMEO.

Estoy perdido.

BENVOLIO.

¿Perdido ó desalentado?

ROMEO.

Perdido y desalentado, porque la que tanto amo no me corresponde.

BENVOLIO.

¡Amor tirano! ¡Señor, que pareces tan amable y tan dulce, cuán terribles son tus actos y cuán crueles tus caprichos!

ROMEO.

¡Amor ciego! tú que llevas una venda en los ojos, ¿por qué tienes una voluntad tan violenta y unos deseos tan indómitos? (*A Benvolio.*) Amigo, ¿dónde comeremos? (*Suspira.*) Aquí ha

babido pendencia; algo me han contado de ella. El odio tiene su encanto, pero el amor vale mucho más... ¡El amor! ¡frivolidad pesada! ¡odio y lucha que se ocultan bajo el nombre de amor! ¡nada fecunda! ¡vanidad grave! ¡locura importante! ¡caos absurdo que toma mil risueñas formas! ¡vapor que brilla á los ojos! ¡enfermedad del hombre que está sano! ¡sueño del hombre que está despierto! ¡caprichoso sentimiento que jamás es lo que parece ser! ¡illusion que alimento y detesto! ¡amor que conservo en el fondo del alma, pero que aborrezco!... Contradiccion continua que á tí te hará reir.

BENVOLIO.

No, querido mio; más bien me hace llorar.

ROMEO.

¡Alma benévola! ¿y quieres decirme por qué?

BENVOLIO.

Porque veo que eres muy desgraciado.

ROMEO.

Culpa de ello al amor. El dolor que me oprime aquí, en el corazon, es un dolor solamente mio; si á él añadieras el tuyo, ¿qué seria de mí? Añadir á la pena de mi amor las penas de tu amistad, seria demasiado, por vida mia! ¡Ah, Benvolio! ¡el amor! ¡ah! el amor es el vapor de nuestros tristes suspiros, el relámpago que brilla en la mirada amorosa, el océano tempestuoso que alimentan nuestras lágrimas! ¿Qué más podria decirte? ¡Ah, sí, que es una locura que se nutre con llantos, una amargura que mata, una dulzura que nos sostiene, angustia y alegría á la vez!... ¡Adios, primo mio!

(*Se aleja.*)

BENVOLIO.

Un momento; no quiero dejaros ir en ese estado. Permitidme que os acompañe.

ROMEO.

¡Bah! no os tomeis esa molestia. Yo mismo no sé dónde está Romeo. Buscadle, encontradle si podeis; creo que está ausente.

BENVOLIO.

Hablemos con seriedad. ¿Cuál es esa mujer á quien amais?

ROMEO.

¡Que hablemos seriamente! ¿Quereis verme llorar?

BENVOLIO.

No vale la pena; bastará que hablemos como hombres de buen sentido.

ROMEO.

Seré tan grave y sesudo como vos querais. Grave como si estuviese en la hora de mi

muerte; sesudo como si fuese á hacer mi testamento. Hablemos seriamente, puesto que así lo exigis... ¡Ay, primo mio, mi enfermedad es grave; amo á una mujer!

BENVOLIO.

Ya lo habia casi adivinado.

ROMEO.

¿Sois acaso hechicero, primo?... Añado que esa mujer es hermosa.

BENVOLIO.

¡Buena razon para morir de pesadumbre!

ROMEO.

¡Oh! yo no tengo razon; ella es quien se arma de razon, de prudencia y de crueldad! ¡Diana no es más arrogante: es una virtud con coraza de hierro, una armadura impenetrable, una fortaleza donde las flechas de amor no hacen mella! ¡Sitiadla, estrechadla, adúlada; todo será en vano! ¡Dulces palabras, miradas amorosas, coqueterías estudiadas, todo se embota en el escudo de su indiferencia! El oro, que seduce á los santos y á los ángeles, es impotente para ese corazon de piedra. ¡Oh Rosalina, tan rica de atractivos, tú morirás pobre de amor, y tu belleza morirá contigo!

BENVOLIO.

¿Ha jurado quizás vivir y morir virgen?

ROMEO.

Lo ha jurado. ¡Severidad cruel! ¡rigor que costará mucho! Si Rosalina muere virgen, el mundo queda desheredado, la belleza se acaba para siempre... ¡Oh bella y prudente Rosalina! ¡Angel á quien el paraíso espera, pero cuya dicha hará mi desesperacion, tú has jurado no amar jamás! ¡Juramento fatal que un hombre vivo repite y que me hace morir vi- viendo!

BENVOLIO.

Escúchame, amigo mio, y sigue mi consejo; no pienses más en esa mujer.

ROMEO.

Enseñame á olvidarla.

BENVOLIO.

Devuelve la libertad á tus miradas. Otras mu- jeres hay; fijate en ellas.

ROMEO.

Único medio para amarla más y que me parezca mucho más hermosa. Esas dichosas caretas ¿sabes? esas máscaras, cuyos negros terciopelos cubren semblantes hermosos, esas caretas que besan mejillas encantadoras solo sirven para recordarnos la frescura y el brillo que su negro color tapa. La fealdad misma me recorda-

ria á Rosalina. Un hombre que se queda ciego ¿podrá olvidar el tesoro que ha perdido, las maravillas de que gozó en otro tiempo? Jamás. Muéstrame á la más bella de las mujeres, y su belleza me hará recordar que Rosalina es más bella aun. ¡Adios, primo mio; no tienes bastante ciencia para poderme enseñar el arte de olvidar!

BENVOLIO.

Quiero morir insolvente, si no adquiero esa ciencia para podértela enseñar. (Vanse.)

ESCENA II.

Una calle.

Salen CAPULETO, PÁRIS Y UN CRIADO.

CAPULETO.

Montesco y yo incurrimos en las mismas penas, si por nosotros se perturba el orden. ¡Dios verdadero! con barbas grises como las nuestras no es difícil, segun creo, estar tranquilo.

PÁRIS.

Ambos sois acreedores, señor, al respeto público, y por lo tanto es de deplorar que esteis desunidos por antiguas desavenencias.—¿Tendriais la bondad de manifestarme vuestra resolucion en el asunto de que os he hablado?

CAPULETO.

Conde Páris, no puedo añadir nada á lo que ya os he dicho. Mi hija es muy jóven, apenas cuenta catorce años y no conoce absolutamente el mundo. Dejemos pasar un par de estios para que la flor salga del capullo, se abra y brille: la niña se hará mujer, y entonces podremos pensar en su casamiento.

PÁRIS.

Hay jóvenes de menos edad que son ya madres dichosas.

CAPULETO.

¡Oh! tanto peor; eso es marchitar muy pronto la belleza. La tumba ha devorado todas mis esperanzas: Julieta es la última alegría de mi casa, la esperanza de mi hogar, mi hija querida. Por lo tanto, mi jóven caballero, os doy permiso para cortejarla y conquistar su cariño: mi consentimiento depende de su eleccion; si ella os distingue y os acepta, yo os concederé su mano con el mayor gusto. A propósito, esta noche doy una gran fiesta, fiesta solemne, cuyo origen se remonta á los tiempos antiguos; y he invitado para ella á todas las personas á quienes aprecio. Si quereis favorecernos, contad con una afectuosa acogida. En mi modesta casa, jóven, vereis brillar esta noche más de un astro encantador, más de una terrenal estrella de las que el cielo estará celoso, á fe

mia. Venid, pues, á mezclaros entre esas flores vivientes, multitud bulliciosa y alegre, frescos capullos cuya belleza se percibe apenas. En esos instantes se considera uno tan feliz y tan contento como cuando era jóven, como cuando una sangre vigorosa corria por las venas, antes que la alegre primavera se hubiera cambiado en un triste invierno... Venid, y vereis y oireis á todas, y podreis ofrecer vuestro corazon á aquella cuya belleza os pareza más perfecta. Mi Julieta formará parte de la reunion: mi modestia de padre no deberá permitirme contarla entre ellas; pero en fin os digo que será una de tantas. (*Llama á un criado.*) ¡Hola! tú, ven aquí! (*Le entrega una lista.*) Vas á recorrer la ciudad y á buscar á todas las personas cuyos nombres están aquí inscritos: les dirás que esta noche es la fiesta de mi casa, que espero que me honrarán con su presencia y que estén seguros de que tendrán una buena acogida. (*Vase con el conde Páris y deja al criado solo con la lista en la mano.*)

EL CRIADO.

¡Me parece bien eso de buscar á las personas invitadas... cuyos nombres están escritos en esta lista!... Lo que está escrito es que cada uno debe ocuparse de su oficio... el pintor de sus agujas, el sastre de sus pinceles, el calderero de sus redes y el pescador de sus calderas... Está bien, pero es el caso que mi oficio no es el de leer y escribir; y el diablo me lleve si puedo descifrar los nombres que el escribiente se ha entretenido en apuntar aquí... Será necesario que yo vaya á buscar algun sabio... Ya veremos, ya veremos.

Salen BENVOLIO Y ROMEO.

BENVOLIO.

(*Continuando la conversacion.*) Pues bien, amigo mio, si te has quemado un dedo, sigue quemándolo aun más y te curarás; si tienes penas, consuélate pensando en las desgracias de los otros; si te has subido á una gran altura y la cabeza te se va, vuelve en tí y verás claro. Cura siempre un mal con otro mal; y ese veneno que has saboreado y del cual tienes el corazon repleto, destrúyelo con un nuevo amor, con un nuevo veneno.

ROMEO.

(*Irónicamente.*) ¡Viva la hoja del llanten!

BENVOLIO.

¡La hoja del llanten! ¿Qué diablos estás diciendo?

ROMEO.

¡Medicina admirable para el dolor de muelas!

TOMO IV.

BENVOLIO.

¿Estás loco?

ROMEO.

De ningun modo; pero llevo unas cadenas muy tristes; no como, no duermo y padezco mucho: son muy grandes mis tormentos y á fe mia... (*El criado se acerca á Romeo con la lista en la mano.*)—¡Buenas tardes, buen hombre!

EL CRIADO.

¡Dios os guarde, señor! Salvo el respeto que os es debido, ¿quereis decirme si sabeis leer?

ROMEO.

Yo leo muy bien en el libro de mis enojos.

EL CRIADO.

No se necesitan libros para aprender ese alfabeto; pero formalmente ¿podreis leer esto que veis?

ROMEO.

No me será difícil si entiendo el idioma y conozco la letra.

EL CRIADO.

¡Vamos, quereis burlaros! ¡Dios os conserve esa alegría!

(*Se aleja.*)

ROMEO.

Dame acá eso y te lo leeré. (*Lee.*) «El señor Martino, su mujer y sus hijas... El conde Anselino y sus encantadoras hermanas;... la viuda del señor Vitruvio;... el señor Placencio y sus amables sobrinas; Mercucio y su hermano Valentin;... mi tio Capuleto, su mujer y sus hijas;... mi linda sobrina Rosalina;... Livia;... el señor Valencio y Tibaldo, su sobrino;... Lucio y la bulliciosa Elena...» (*Devuelve el papel al criado.*) ¡Reunion verdaderamente brillante!... ¿Y todas estas personas están invitadas...

EL CRIADO.

Para una fiesta.

ROMEO.

¿Y qué fiesta es esa?

EL CRIADO.

Una fiesta en nuestra casa; habrá cena...

ROMEO.

¿Pero en casa de quién?

EL CRIADO.

¡Pardiez! en casa de nuestro amo.

ROMEO.

Debias haber empezado por decirme eso.

EL CRIADO.

Pues bien, os lo diré ahora que me lo pregun-

tais. Mi amo es el viejo Capuleto, el rico y noble Capuleto. Si vosotros no pertenecéis á la casa de Montesco, venid sin temor; que encontrareis algunos buenos frascos de reserva. ¡Adios, señores míos! ¡Dios os conserve la alegría. (Vase.)

BENVOLIO.

Esa es la fiesta solemne de los Capuletos. Tu muy amada Rosalina cenará allí, y estarán con ella todas las bellezas admiradas en Verona. Vamos allá; mira con serenidad algunas mujeres que yo te enseñaré, y verás á lo que queda reducido tu idolo; junto á ellas, tu cisne se convertirá en cuervo.

ROMEO.

Si mis ojos vieran ese prodigio, declararia herejes á mis ojos... Seria necesario quemar unos ojos que tantas veces han sido bañados en lágrimas, unos ojos que de ese modo harian traicion al culto de mi corazon. ¡Rosalina eclipsada! ¡Una mujer más hermosa que Rosalina! No, jamás: desde que el mundo existe, nunca el sol, que lo ve todo, ha podido ver otra belleza que pueda igualar á la suya!

BENVOLIO.

Eso es porque no ves más que á ella. Ella solo te se aparece, y los dos platillos de tu balanza, que son tus ojos, ella sola los ocupa; no hay cuidado que pueda inclinarse ninguno de ellos en contra suya. Busca un contrapeso que poner á esa hermosa que te ha hecho tanto daño; elige á una de las jóvenes que vamos á ver brillar en ese baile, y el recuerdo de tu Rosalina se borrará muy pronto de tu memoria.

ROMEO.

¡Sí, iré! pero no para seguir tu consejo, sino para que mis ojos gocen aun con el esplendor de la que me ha embriagado el alma. (Vanse.)

ESCENA III.

Una sala en la casa de Capuleto.

Salen LA SEÑORA DE CAPULETO Y LA NODRIZA.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Nodriza, ¿dónde está mi hija? Llamadla; que venga al instante.

LA NODRIZA.

Ya la he llamado. (Se dirige á un lado del teatro.) ¡Julieta! ¡Corderita! ¡pollita mia! ¡palomita de Dios! ¡Julieta!... ¡Dios me perdone, pero no viene! ¿Dónde estará esta niña? ¡Julieta!

Sale JULIETA.

JULIETA.

¿Quién me llama de ese modo?

LA NODRIZA.

Vuestra madre.

JULIETA.

Aqui estoy, madre. ¿Qué me mandais?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Vas á saberlo. (A la nodriza.) Nodriza, dejadnos por un instante, pues tenemos que hablar... Y si no, quédate, porque es cosa que puedes oír. Tú sabes que mi Julieta es ya una mujer.

LA NODRIZA.

¡Oh! ¡vaya si lo sé; como que sé exactamente la edad que tiene. No me equivocaré ni en un minuto.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Catorce años próximamente.

LA NODRIZA.

Todavía no, ¡oh! todavía no... Apostaria mis catorce dientes... (Así como así no me quedan ya más que cuatro...) ¡Si, vaya, y tan segura como estoy de que no ha cumplido todavía catorce años!—¿Cuándo es la fiesta de San Pedro?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Dentro de quince ó diez y seis dias.

LA NODRIZA.

Pues bien, eso es; el dia de San Pedro por la tarde, ni una hora más ni una hora menos, es cuando ella cumple sus catorce años justos. Es de la misma edad que mi Susana. ¡Dios la tenga en su santa gloria! Mi Susana está allí arriba. El buen Dios me la llevó... Os decia, pues, que el dia de San Pedro cumplirá catorce años, ni más ni menos... Me acuerdo como si hubiera sido ayer... ¿No hace once años que hubo aquel gran temblor de tierra? Pues mirad, entonces fué cuando se destetó la niña, y no lo olvidaré en mi vida. Era un dia en que vos y mi señor habiais salido para Mantua. De nada de esto me olvido. Me habia sentado á tomar el sol junto al palomar... ¡Tengo muy buena memoria! habia untado con zumo de coloquintida mis pechos; la pobre niña mamaba... ¡oh! cuando el angelito tomó el gusto del pezon, la inocente criaturita gritaba, sacudia la cabeza... Esto sucedia junto al palomar, como ya os he dicho antes; cuando de pronto el palomar empieza á temblar, á temblar... ¡Oh! no hubo necesidad de gritarme: ¡Sálvese el que pueda!... Hace de esto once años, como ya

os he dicho; la niña andaba ya sola, corria por el patio grande como una mujercita... y me acuerdo de que la víspera misma se habia caído corriendo, y se habia hecho un chichon en la frente. Mi difunto, ¡que Dios tenga en su gloria! mi difunto, pues, que era muy divertido, la subió sobre sus rodillas y le dijo: «¿Con que te has ido á dejar caer así como así, Julieta? ¡Pobre tontuela! ¡Cuidado con las caídas!... ¿Sí, hija mia?... (a)» En aquel momento, ¡por mi honor os lo aseguro! la niña cesó de llorar, ó, mejor dicho, interrumpió su llanto para decir: *Si*.—¡Oh, señora! ¿cómo podré olvidar aquello aunque viva cien años?— ¿Con que *si*, *hija mia*? y la pobre corderilla paraba de llorar y respondia: *Si*...

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Vamos, nodriza, callaos ya!

LA NODRIZA.

¡Sí, señora! sí, señora! Todavía me rio; y no podré dejar de reirme. ¡Dios santo! ella se detuvo para decir: *Si*... Tenia en la cabeza un buen chichon, un chichon terrible, gordo como un huevo de paloma; y lloraba ¡ah! lloraba... y entonces mi marido le preguntó: ¿Con qué te caes de frente?... y ella dejó de llorar para decir: *Si*... ¡pobre corderita mia!

JULIETA.

Si quieres darme gusto, nodriza, no charles ya más.

LA NODRIZA.

Ya he acabado, ya he acabado. ¡Dios te bendiga, Julieta!... jamás he criado una niña más gentil... ¡Que yo te vea bien casada, y me daré por contenta!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Precisamente de eso es de lo que quiero hablar con ella. (*A Julieta.*) ¡Julieta! ¡hija mia! ¿te agrada el matrimonio?

JULIETA.

Es un honor, madre mia, en el cual no he pensado hasta ahora.

LA NODRIZA.

Anda! ¡un honor!... ¡Eso es contestar!... si no fuera porque yo he sido tu única nodriza diria que habias mamado la sabiduría con la leche.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Pues bien, hija mia, ya es tiempo de pensar en ese honor. En Verona hay madres muy jóvenes, señoras muy estimadas que tienen menos edad que tú. A esa misma edad ya era yo madre, y tú estás aun soltera... Para

(a) En el original hay aquí expresiones que la decencia no permite traducir.

concluir te diré que el conde París, un bizarro caballero, ha pedido tu mano.

LA NODRIZA.

¡Un hombre soberbio, amita mia!... un hombre... ¡ah! ¡un hombre... como no hay otro en el mundo!... ¡Una alhaja, vamos!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

La flor de los caballeros de Verona.

LA NODRIZA.

¡Una verdadera flor!... ¡una flor magnífica!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¿Qué dices tú, Julieta? ¿crees que podrás amarle?... Esta noche le verás en la fiesta. Mirale atentamente, observa su semblante; abre ese libro nuevo para tí, en el cual la belleza ha trazado los caracteres y el placer está escrito por la mano del amor: el matrimonio te abrirá sus páginas, y los ojos de París te ofrecerán los comentarios, que serán embellecidos con tu presencia: es un libro precioso que es necesario encuadernar bien. ¡Que el honor que le rodea resfleje sobre mi hija, como las páginas doradas del escritor honran el trabajo del obrero que lo cubre y hacen brillar más las manecillas de oro que lo envuelven! ¡Elígelo, pues, Julieta; acéptalo y participarás de todo lo que él posee, sin perder nada por ello!

LA NODRIZA.

Ganará, señora, ganará. Eso acontece siempre á las mujeres que se casan.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Con que vamos, Julieta, ¿te agrada esta proposición?

JULIETA.

Madre, si basta mirar para amar, os obedeceré; pero mi mirada y mi inclinacion serán guiadas por vos, y no irán más lejos de lo que vos me ordenais.

Salte UN CRIADO.

EL CRIADO.

Todos han llegado ya, señora;—os llaman y preguntan por la señorita, y por la nodriza á quien tambien echan de menos en la cocina. Todo el mundo espera, y á mi para servirlos. Venid pronto, señora, venid pronto.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Voy al punto. — ¡Julieta, el conde París aguarda!

LA NODRIZA.

(*A Julieta.*) ¡Anda, hija mia, anda!—¡vé á buscar dias felices... y tambien noches dichosas!

(*Vanse todos.*)

ESCENA IV.

Una calle.

Es de noche; salen ROMEO, MERCUCIO y BENVOLIO, seguidos de una multitud de jóvenes con disfraces y sin ellos, y escoltados por lacayos que llevan antorchas.

ROMEO.

¿Será necesario excusarnos? ¿Repetiremos ese pequeño discurso á guisa de apología, ó entraremos buenamente todos en el baile sin decir una palabra?

BENVOLIO.

¡Nada de cumplimientos, ni de comentarios! eso es muy antiguo. Nada de introductor, vestido de amor, cubiertos los ojos con una venda, el brazo armado con una aljaba de madera blanca y un arco tártaro, que nos abra paso y sirva de espantajo á las damas. ¡Nada de esto! Nada tampoco de prólogo aprendido de memoria y relatado, sin embargo, mediante los esfuerzos del amigo complaciente que va detrás. ¡Nada, nada! que nos miren y nos adivinen si pueden. Que midan á su gusto los compases que nos plazca bailar. Les haremos el honor de una ó dos contradanzas, y después ¡buenas noches!

ROMEO.

Dadme una antorcha. Todo esto no me conviene mucho. Yo os alumbraré; pero bailar, eso sí que no; no estoy para ello.

MERCUCIO.

¡Oh, mi gentil Romeo! ¡ya bailareis, ya bailareis!

ROMEO.

No por cierto; eso es bueno para vosotros que tenéis los piés tan ligeros como vuestras almas. Mi alma y mis piés son de plomo. Yo no puedo moverme, amigos míos: estoy como clavado al suelo.

MERCUCIO.

¡Bah! ¿No estais enamorado? Pues pedidle prestadas sus alas al amor, y pasad de un vuelco por encima de las penas.

ROMEO.

Te digo que tengo sus flechas clavadas en el alma; y por lo tanto, sus alas no pueden servirme: este peso me abate; me falta el aliento.

MERCUCIO.

Ahoga al amor, ya que el amor quiere ahogarte. Es un pobre niño que no te hará mucha resistencia.

ROMEO.

¡Un pobre niño! tú no le conoces... ¡Es más

terrible que la tempestad, que el furor, que la rabia, que las angustias, que las punzadas más atroces, y que los más fieros dolores!

MERCUCIO.

Devuélvele mal por mal; si te atormenta, atormentale; si te hiere, hiérele. ¡Es necesario vencerle, querido mio, vencerle á toda costa! (A los lacayos.) Vamos, vosotros, dadme una careta, una funda para mi rostro; una máscara para cubrir la que la naturaleza me ha dado. (Se pone la máscara.) Ahora me burlo de todo. ¡Haga el que quiera el inventario de mis deformidades! todo pasará detrás de esta cortina que me tapa; ella se ruborizará por mi.

BENVOLIO.

¡En marcha, pues! ¡á llamar y á entrar! y si la puerta está abierta, que cada uno tome la direccion que más le acomode.

ROMEO.

Dadme una antorcha! Vosotros podeis trotar alegres sobre la juncia que tapiza las salas. ¡Id, pues, almas aturdidas y corazones ligeros! Mi abuelo solia decir: «Yo llevo la antorcha y me constituyo en espectador...» ¡Viva el axioma de mi abuelo!... Yo no bailo... ¡Adios placeres!

MERCUCIO.

¡Este está mareado!... Vamos, Romeo, pobre niño, nosotros os sacaremos de ese berengenal de amores, y sea esto dicho con el respeto debido... Estais metido en él ¡pardiez! hasta las mismas orejas... ¡Apresurémonos, que la aurora nos llama!

ROMEO.

¡Cómo la aurora, si es completamente de noche!

MERCUCIO.

La aurora del placer, el esplendor del baile que empieza: dad á mis palabras una interpretacion favorable, caballero. ¡Tened más indulgencia, si gustais, pues ya sabeis que yo tengo buena intencion y poco talento.

ROMEO.

Y en efecto, el ir á ese baile es dar una prueba de tener buena intencion y poco talento.

MERCUCIO.

¡Ah! ¿y por qué, por qué lo creéis así?

ROMEO.

Esta noche pasada he tenido un sueño...

MERCUCIO.

Y yo otro.

ROMEO.

¡Vos! ¿y qué habeis soñado?

MERCUCIO.

Que un sueño se parece mucho á un cuento.

ROMEO.

¡La verdad se parece tambien muchas veces á los sueños!

MERCUCIO.

¡Oh! Romeo, vos sois el vasallo de la hada de los sueños; y me parece que la reina Mab ha hecho de vos lo que ha querido. Mab es la partera de las hadas de segundo orden, y creo que ha querido usar con vos de su oficio... El diamante que brilla en el índice del Alderman no abulta tanto como Mab y su tren. ¡Oh, Mab! ¡Cómo se entra con su coche imperceptible en las ventanillas de vuestras narices cuando estáis dormido!... ¿Conocéis su carroza? Los rayos de sus ruedas son como las patas de un arador; la cubierta la forma el ala trasparente de una langosta; las riendas son hechas del hilo tejido por la más pequeña de las arañas; los arneses son uno ó dos rayos de la luna argentada; el látigo es un hueso de grillo nocturno armado con una puntita de hilo de la Virgen. El cochero que la conduce, mosquito de la más pequeña especie, más diminuto que el gusanillo recogido por el niño ocioso, lleva una librea gris; y nuestro amigo, la ardi-lla, ebanista famoso, ó más bien, segun creo, el gusano de tierra, fabricante de coches de las pequeñas hadas desde tiempo inmemorial, ha sido el que de una cáscara de avellana ha hecho esa linda carroza. Este es su tren de ceremonia, y en él galopa todas las noches por entre los sesos de los enamorados para que sueñen en amores; ó sobre las rodillas de los cortesanos, para hacerles soñar en doblarlas; ó sobre los dedos de los abogados, para que sueñen con sus honorarios; ó sobre los labios de las bellas damas, para que sueñen caricias. ¡Golosos, que comeis tantos dulces durante el día, que Mab descontenta de vuestro aliento os castigue ulcerando vuestros culpables labios! Algunas veces se coloca sobre la punta de la nariz de un gentil-hombre, que entonces husmea un destino que le balaga; ó sobre la nariz de un beneficiado que ronca, á quien cosquillea para que sueñe con una canonjía. Tambien se la ve pasar sobre el cuello bron-ceado de un guerrero: ¿Qué sueña este entonces? buenas hojas de Toledo, caminos cubier-tos, emboscadas, miembros ensangrentados de soldados enemigos y anchas copas llenas de vino... ¡Qué! ¿suena el tambor?... Se despierta, se apresura, se levanta sobresaltado, reza ju-rando, jura rezando y vuelve á dormirse... Era Mab la que habia tocado el tambor. ¡Oh qué Mab esta! ¿no es ella la que enreda las crines de los caballos en la cuadra? y cuando por la

mañana las largas trenzas se convierten en una confusa maraña, que en vano se quiere desenredar, ¿no se augura alguna desgracia para la casa? ¿Y las malas pasadas que Mab juega á las muchachas? ¡Oh! ella es...

ROMEO.

¡Vamos, cállate ya, Mercucio! ¡Basta de locu-ras y de naderias!

MERCUCIO.

¡Naderias, pardiez! Pues de eso te hablo, es de sueños. ¿Qué crees tú que es un sueño? Un sueño es una nada, el hijo de una cabeza desocupada; el sueño es vacío y ligero como el aire; el sueño es más inconstante que el viento que sopla hoy al Este, mañana al Oeste, que se pone á acariciar el seno helado del Nor-te, y un instante después arrebatá colérico en sus alas el rocío brillante del Sur.

BENVOLIO.

Soplo poético que te arrebatá á tí mismo, y que á nosotros nos aleja del baile. Ya habrán cenado y llegaremos muy tarde.

ROMEO.

¿Muy tarde, crees tú?... Tengo aquí, en mi cabeza no sé qué triste pensamiento. Me parece que una desgracia, envuelta aun en un por-venir incierto, va á datar desde esta fiesta noc-urna: creo entrever la muerte amarga, dolo-rosa, prematura, amenazando oscuramente á esta vida que aprecio en tan poco. ¡Que bogue la galera! me abandono al cuidado de Dios, que se encargará de dirigirnos como guste. ¡Va-mos, mis bravos, adelante!

BENVOLIO.

¡Tambores, batid marcha! (Vanse.)

ESCENA V.

Una sala en la casa de Capuleto.

Varios MÚSICOS esperando que se les haga entrar: muchos criados que entran y atraviesan por la escena.

PRIMER LACAYO.

¿Dónde está Lechefrita? ¿Dónde está ese perillan? ¿por qué no nos ayuda á quitar el servi-cio? ¡El llevar un plato! ¡el limpiar una mesa! ¡Quita allá!

SEGUNDO LACAYO.

No nos alcanza el tiempo, si todo lo hemos de hacer nosotros. Todo el trabajo nos lo echan encima.

PRIMER LACAYO.

¡Sacad esos taburetes;—desembarazad las me-sas;—llevaos esos platos y tened mucho cuida-

do con el servicio de plata.—Mira tú, buen muchacho, á ver si guardas para mí un pedazo de pastel de almendras; y si eres amable, di al conserje que deje entrar á Nelli y á Susana.— ¡Hola! ¡tú, Antonio, Lechefrita, pasa eso por aquí!

SEGUNDO LACAYO.

Todo se hará, todo se hará.

PRIMER LACAYO.

Corred, que os esperan, que preguntan, que os llaman, que os necesitan, que os buscan, que os quieren, que os silban, que suena la campanilla del salon grande.

SEGUNDO LACAYO.

Si, pero no se puede estar en todas partes á la vez, eso es imposible... ¡Vivo, vivo, muchachos, á moverse un poco, y dichoso el último que viva! (*Los criados se apartan á los lados.*)

Sale CAPULETO, *seguido de varios convidados.*

CAPULETO.

¡Caballeros, bienvenidos! Llegó ya el momento, bellas señoras mías.—Las que tengan los piés ligeros y sanos, que nos lo prueben haciendo bailar á estos señores. ¡Ah! ¡ah! ¿cuál de vosotras osará resistirse? Yo protesto que las que se hagan las melindrosas, es porque tienen callos. ¡Eh! á ver si así las obligo. (*Recibe á otros que entran.*) Bienvenidos, señores... Tal como me veis, tambien he tenido yo mi tiempo, en que sabia llevar un disfraz y murmurar al oido de las hermosas palabras dulces que las cautivasen... ¡Oh! ese tiempo no volverá, no volverá más para mí; ¡no, no volverá! (*A otros que llegan.*) Yo os saludo, señores... ¡Vamos, música y baile!... ¡Sitio á los bailadores! ¡Niñas, manos á la obra! (*Empieza la música y se abre el baile. Capuleto detiene á algunos criados que pasan por la sala.*) ¡Hola! ¡vosotros! traed bujías, mas bujías aun. Llevaos esas mesas y apagad el fuego de la chimenea, que hace demasiado calor aquí. (*A un criado.*) ¿Te diviertes, bribon, paseando esas mesas? ¡vamos, despáchate! (*A un caballero anciano, que encuentra al paso.*) ¡Oh, mi buen primo, sentémonos, sentémonos allí! No podemos hacer cosa mejor. Nuestros dias de baile han pasado ya... Me acuerdo de cuando podiais llevar máscara, la última vez que nos encontramos en un baile... ¿Os acordais del tiempo que ha pasado desde entonces?

SEGUNDO CAPULETO.

Creo, por la Virgen, que hace más de treinta años.

CAPULETO.

¡Bah! no hace tanto tiempo, camarada. Os engañais, vaya; de fijo que os engañais. Cuando

llegue la pascua próxima, por muy pronto que venga, hará de eso veinticinco años todo lo más. Y entonces estuvimos disfrazados, si, estuvimos disfrazados en la fiesta de las bodas de Lucencio.

SEGUNDO CAPULETO.

¡No, no, y no! El hijo de Lucencio tiene más edad que la que decís; tiene ya treinta años.

CAPULETO.

¿Sereis capaz de sostenerme eso? ¡Si no hace dos años que salió de tutela?

ROMEO.

(*Dirigiéndose á un criado.*) ¿Quién es esa señorita brillante de hermosura, y de juventud, que va apoyada en ese gentil-hombre?

EL CRIADO.

No lo sé, señor.

ROMEO.

(*Con los ojos fijos en Julieta.*) ¡Oh! ¡brilla con un resplandor más vivo que el de los hachones del baile! En medio de la noche oscura, su belleza resplandece como el diamante sobre la frente de una mujer de Etiopia. ¡Blanca paloma en medio de estos cuervos fúnebres! Cuando termine este baile, observaré dónde va á sentarse y entonces iré, sí, iré á estrechar su mano con la mía. ¡Oh! es una belleza demasiado exquisita para la tierra, demasiado delicada para nosotros. ¿Habia yo amado antes de ahora? No, no; jamás hasta hoy. La verdadera belleza se me aparece ahora por primera vez.

(*Fibaldo se aproxima á Romeo.*)

TIBALDO.

He conocido esta voz, y por mi alma que es la de un Montesco. (*A un paje.*) ¡Paje, vé á buscarme mi espada!—¡Ah! ¡el miserable ha osado entrar aquí! ¡Se ha cubierto la frente con un carton grotesco para venir aquí á mofarse de nuestras fiestas y á reirse de nuestros placeres! ¡Juro por mis antepasados y por el honor de mi raza que le mataré sin escrúpulos ni remordimientos!

CAPULETO.

¡Y bien! ¿qué es lo que teneis, sobrino? ¿qué significa esa cólera? ¿por qué esos ademanes bulliciosos?

TIBALDO.

Tío, ¿veis ese hombre? ¡pues es un Montesco, un enemigo un infame que ha venido á burlarse, á insultar la fiesta de nuestra casa!

CAPULETO.

¿No es el jóven Romeo? *

TIBALDO.

¡El es, sí, el miserable!

CAPULETO.

¡Calma, calma, jóven!... Vamos á ver, queridó sobrino, si os reportais. Hasta ahora ese Romeo se cumple como un caballero bien educado; y, á decir verdad, todo Verona habla de él como de un jóven valiente y virtuoso. No quisiera, por todas las riquezas de la ciudad, que recibiese en mi casa la menor afrenta. Con que vamos, paciencia y no fijes la atencion en él; así lo quiero. Si me respetas, deja ese aire áspero y brusco que sienta tan mal en una fiesta.

TIBALDO.

Sienta muy bien cuando se tiene por huésped á semeiante bribon. No, no; yo no lo sufriré.

CAPULETO.

¡Que no lo sufrirás! ¿qué significa con eso, jóven? Te repito que yo lo quiero. ¿Quién es aqui el amo, tú ó yo? ¡Ah, caballero! ¿con que no podéis sufrir su presencia?... ¡Un tumulto en mi baile! ¡Dios santo! ¡Y se me rebela! ¡Y me mira con aire de fanfarrón!

TIBALDO.

¡Eso es vergonzoso! os lo repito, tío.

CAPULETO.

¡Dale!... ¡dale!... ¡Mala cabeza! ¡Lo tomáis por ese lado, pues ya os pesará. ¿Con que el caballero quiere, cuando yo digo que no quiero? Pues ya está el asunto terminado, y no se hable más. (*Volviéndose hácia los convidados.*) ¡Muy bien, muy bien, amigos míos!... (*Bajo á Tibaldo.*) ¡Pendenciero! ¡calavera!... estaos quietos, porque sino... (*A los criados.*) ¡Luces, luces! (*Bajo á Tibaldo.*) Yo os obligaré á permanecer en paz. (*A los otros.*) ¡Viva la alegría, hijos míos!

TIBALDO.

Será preciso que me contenga. La paciencia que se me impone lucha en vano con mi cólera indomable. ¡Oh, el furor me sofoca!... ¡Salgamos! Ese hombre se jactará de haber entrado en nuestra fiesta, pero no importa: yo castigaré su insolencia... ¡Ahora el placer, más tarde el dolor y la amargura!

ROMEO.

(*Aproximándole á Julieta y tomándole una mano.*) ¿Os he ofendido? ¿he profanado esta mano encantadora? Porque en tal caso mis labios repararán el ultraje que mi mano ha cometido, borrando con un beso devoto una impresion tan grosera: estos peregrinos de amor rendirán homenaje al altar que adoran.

(*Besa la mano de la jóven.*)

JULIETA.

Sois injusto, buen peregrino. No habeis mostrado hasta ahora más que devocion y corte-

sía; y vuestra mano, yo os lo aseguro, no ha cometido ningun delito: las santas mismas tienen manos y el devoto las toca... Los peregrinos, al marchar, deben contentarse con un apretón amistoso.

ROMEO.

¿No tienen las santas labios y los peregrinos también?

JULIETA.

Tienen labios para orar, para orar solamente.

ROMEO.

¡Ah! entonces permite que mis labios, santa mia, reemplacen á mi mano. Atiende á sus ruegos, y que la fe de que has llenado mi alma no se torne en desesperacion.

JULIETA.

La santa se deja rogar, pero no se mueve.

ROMEO.

Pues bien, permanece inmóvil, santa mia; mi oracion será escuchada y yo seré dichoso. (*Romeo da un beso á Julieta.*) Tus labios han borrado mis faltas, todas mis culpas han sido perdonadas.

JULIETA.

El pecado es mio ahora; mi boca os lo ha tomado.

ROMEO.

¡Oh la más dulce de las faltas! ¡el más encantador de los reproches! vuelve, vuelve á tomar ese pecado.

JULIETA.

¡En punto á besos, sois un deudor muy exacto!

LA NODRIZA.

(*A Julieta.*) Señorita, vuestra madre quiere decirnos una palabra.

ROMEO.

(*A la nodriza.*) ¿Quién es su madre?

LA NODRIZA.

Caballerito, su madre es la señora de esta casa; una buena señora, prudente y virtuosa, á fe mia. Yo he criado á su hija, á esa á quien hablabais ahora. ¡Buen partido por cierto! El que la consiga, conseguirá también muy buenos escudos.

ROMEO.

¡La hija de los Capuletos!... ¡jella!... ¡Desgraciado! Mi vida está en poder de mi enemiga.

(*Benvolio se aproxima á Romeo.*)

BENVOLIO.

Vamos, marchémonos, que la fiesta toca á su fin.

ROMEO.

(Ap.) Sí, y la turbacion de mi alma está en su colmo.

CAPULETO.

¡Irse ya! Todavía no, señores. Aun tenemos abajo algunos refrescos que os esperan. (*Las máscaras se excusan y saludan.*) ¿No quereis? Vamos, pues; en ese caso, salud, y os doy gracias á todos, honrados caballeros: ¡buenas noches! (*A los criados.*) ¡Antorchas por aquí!.. Vámonos á dormir. (*A su primo.*) A fe mía que se hace tarde, y que echo de menos mi cama!

Vanse todos los enmascarados: se quedan

JULIETA Y LA NODRIZA.

JULIETA.

Ama, dime (*enseñándole un jóven que pasa*), ¿cómo se llama ese caballero?

LA NODRIZA.

Tiberio, el hijo único de aquel viejo ricachon.

JULIETA.

¿Y ese otro que está en la puerta?

LA NODRIZA.

Ese creo que es el jóven Petruccio.

JULIETA.

¿Y aquel otro que no ha querido bailar? (*Señalando á Romeo.*)

LA NODRIZA.

No lo sé.

JULIETA.

Vé á informarte de su nombre. (*La nodriza la deja un instante.*) Si ese jóven fuese casado, mi féretro sería mi lecho nupcial.

LA NODRIZA.

(*Volviendo.*) Es un Montesco; se llama Romeo, y es enemigo de vuestra familia.

JULIETA.

¡El solo hombre á quien debiera aborrecer es el único á quien puedo amar! ¡Oh! ¡le amé demasiado pronto sin conocerle, y lo he conocido demasiado tarde! ¡Amor funesto y terrible en su origen!... ¡amarle! ¡á él! ¡á él! ¡á él! ¡quien debe detestar la hija de los Capuletos!

LA NODRIZA.

¡Y bien! ¿qué estás diciendo ahí?

JULIETA.

Nada; es un fragmento que recito; me lo acaba de enseñar un jóven que estaba en el baile. (*Se oye una voz que llama al paño: ¡Julieta!*)

LA NODRIZA.

¡Ya va, ya va! (*A Julieta.*) Ven, mi querida ni-

ña, que todo el mundo se ha marchado ya. (*La nodriza se retira con Julieta.*)

El coro aparece cuando todos los actores se retiran.

CORO.

¡Adios, primer amor, deseos antes tan ardientes y ahora olvidados! ¡ya estais encerrados en en la tumba, y una nueva pasion ha venido á recoger vuestra herencia! Aquella hermosa á quien Romeo adoraba y por la que hubiera dado su vida, no ocupa ya su pensamiento, que lo absorbe ahora todo entero la tierna, la encantadora Julieta. ¡Romeo ama y es amado! Se abrasa en las miradas de Julieta, pero ¿cómo podrá llegar hasta esta enemiga?... Y ella, ¿cuántos peligros no tiene tambien que arrostrar? ¡El cebo que la seduce está clavado en un anzuelo funesto!... Romeo, el que la ama es enemigo de su familia, y no puede tener ocasion de verla. Ella, que no le ama menos, está sometida á una violencia más penosa todavia. Pero la pasion les presta poder para todo. Son aprovechados lo más preciosos momentos, y las dulzuras más inefables se mezclan á los recelos mas amargos, á los temores más dolorosos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa un paraje apartado cerca del palacio de los Capuletos. A la izquierda están los muros que rodean el jardín ó parque del palacio. Es de noche. Sale ROMEO, y se detiene delante del muro del jardín.

ROMEO.

No puedo pasar de aquí. ¡Ahí está mi corazón; ahí está mi vida!... ¡Busca tu centro, Romeo! (*Trepa por la muralla del jardín y desaparece.*)

Sale BENVOLIO por el fondo del teatro en el momento en que ROMEO se encuentra en lo alto del muro; y acude entonces seguido de MERCUCIO.

BENVOLIO.

(*Corriendo hácia Romeo.*) ¡Romeo! ¡primo mio!

MERCUCIO.

¡Bah! ha sido más sagaz que nosotros. Ha volado, querido mio. ¡Desapareció!... Le encontrareis probablemente acostado en su cama.

BENVOLIO.

No por cierto. Le he visto huir por este lado; acaba de escalar el muro. ¡Llamémosle!

MERCUCIO.

Hagamos otra cosa mejor. Evoquemos su sombra... ¡Romeo! ¡Capricho! ¡Locura! ¡Absurdo! ¡Caballero! ¡Pasión! ¡Lágrima! ¡Lamento! ¿Cómo quieres que te llame? Exhala un suspiro solo, y te conoceré. Declama un solo verso elegíaco, y sabré que existes. Di solamente: «¡Ah Dios mío!» Haz rimar *amor con dolor*. Invoca á mi comadre Venus, ó lanza un apóstrofe á su hijo Cupido, á ese Adam-Cupido, padre del género humano, al que hizo que el rey Copheutua amase á una niña mendiga... Pero nada; ni se mueve, ni contesta; está mudo y muerto... ¡Romeo, yo te invoco! ¡De parte de los ojos brillantes y negros de Rosalina, y de su frente blanca y tersa, y de sus labios rojos, y de su pié pequeño... comparece, comparece!... ¡despiértate!

BENVOLIO.

Si te oyera, se enojaria.

MERCUCIO.

¿Enojarse? ¡Bah! Si yo hubiera evocado un beso de su hermosa, no digo que no se enojara. Pero yo soy un hechicero honrado, de palabras castas y decorosas, y solo le evoco en nombre de la que él ama. Me parece que esto es legítimo.

BENVOLIO.

(*Buscándole.*) ¡Trabajo inútil! se habrá emboscado entre esos árboles. A nuestro bizarro amante le harán falta sin duda algunos desvarios nocturnos. Su amor es ciego y la oscuridad le conviene.

MERCUCIO.

Flécha de arquero ciego una vez da en el blanco. Desde aquí me figuro á ese pobre muchacho, sentado bajo un árbol cargado de nisperas, y pidiendo á Dios que su querida le caiga del cielo como la fruta madura cae de las ramas... A fe mía, que te deseo buena noche, Romeo. Me voy á acostar; aquí hace fresco, y yo duermo mal bajo la bóveda estrellada. ¿Queréis venir?

BENVOLIO.

Vámonos, pues; porque buscar al que no quiere que se le encuentre, es perder el tiempo y el trabajo. (*Vanse los dos juntos.*)

ESCENA II.

ROMEO *junto al muro en ademan de estar escuchando las bromas de sus amigos—Luego JULIETA, en un balcon.*

ROMEO.

Se rien de mis pesares porque no saben lo que es padecer. (*Sale Julieta al balcon.*)—Silencio! ¡oigo abrir una ventana! ¡veo luz en ella! ¡Oh claridad bienhechora y pura! ¡Es Ju-

TomO IV.

lieta! ¡Julieta! ¡sol y aurora de mi vida! (*Contemplando á Julieta, ya debajo de su balcon.*) ¡Levántate, astro á quien adoro, y haz morir de envidia al astro nocturno, que virgen como tú palidece de dolor á tu vista! ¡Ah! Romeo, no uses ya sus colores; colores lúgubres y enfermizos; es una locura que los uses; renuncia á esa querida celosa; ¡olvidala! ¡olvidala! (*Pausa.*) Sí, es mi bien amada; si, es ella... ¡Oh! Si supiera cuánto la amo! (*Escucha.*) ¿Qué ha dicho?... ¡nada! solo habla su elocuente mirada; voy á contestarle... pero, no; reprimamos esta audacia... porque no es á mí á quien habla ahora. ¡Relucid en las sombras, bellos ojos de Julieta; ó si no, mejor es que vayais á reemplazar á dos de las más hermosas estrellas del cielo, y que los astros vengan á brillar en vuestro lugar! ¡Pero no! que esas radiantes facciones oscurecieran las claridades nocturnas, como el sol hace palidecer la claridad de una antorcha. En el firmamento inundado de luz tus bellos ojos harían renacer el día, y los pájaros cantarían creyendo que había ya pasado la noche. ¡Oh! ¡cómo apoya su mejilla en la mano! ¡que no fuese yo el guante que cubre su mano para poder tocar esa mejilla!

JULIETA.

(*Creyéndose sola.*) ¡Ay de mí!

ROMEO.

¡Ha hablado!... ¡Vuelve á hablar, ángel del cielo, y que tu voz llene de alegre armonía la noche silenciosa y triste! ¡tú estás ahí, sobre mi cabeza, como el ángel que se mece sobre las cabezas de los hombres! ¡Mensajero de Dios, se remonta encima de las nubes, cuyo vuelo perezoso impulsan sus alas, flotando como velas en el Océano etéreo: los mortales levantan la cabeza y su asombro les trastorna, y se quedan con los ojos fijos en el cielo sin poder apartarlos de la contemplacion del prodigio.

JULIETA.

¡Romeo! ¡Romeo! ¿Por qué eres tú, Romeo?... Reniega de tu padre, abjura de tu nombre; y si no quieres hacer eso, jura que me amarás y yo cesaré de ser Julieta Capuleto.

ROMEO.

¿Debo continuar escuchándola, ó debo hablarle?

JULIETA.

Tú no eres mi enemigo; lo es tu nombre, tu nombre solo. ¿Qué me importa el nombre de Montesco? ¿Qué es un Montesco? ¿No lo eres tú mismo? Esos brazos, esa cabeza, esos cabellos ¿no componen un Montesco?... no, eso todo te compone á tí... ¡cambia de nombre! ¡un nombre no es nada! Demos á una rosa otro nombre, y no por eso dejará de agradarnos; su

perfume no será por eso menos dulce. Si Romeo tuviese otro nombre, toda su gracia y toda su perfeccion quedarian en él, que es á quien yo amo. ¡Borra ese nombre, ¡oh Romeo! ese nombre que no es nada, ese nombre que no constituye tu sér, ¡bórralo! y tómame á mí en cambio, á mí toda entera!

ROMEO.

(*Alto á Julieta.*) Te cojo la palabra, Julieta. Dime tan solo: «¡Amado mio!» Dame ese nuevo bautismo, y nunca ¡oh! nunca volveré á ser Romeo.

JULIETA.

(*Mirando debajo del balcon.*) ¿Quién eres tú, que me escuchas, tú á quien la noche envuelve y que sorprende mis pensamientos secretos?

ROMEO.

No me atrevo, ni sé decirte mi nombre; es un nombre que aborrezco ¡oh mi adorada santa!... le detesto como á enemigo que es de la que amo. ¡Si lo tuviese escrito aquí, delante de mis ojos, haria pedazos las letras que lo componen!

JULIETA.

Has pronunciado pocas palabras, y sin embargo ninguna se ha escapado á mi oido, y he conocido tambien el acento de esa voz... ¿No eres tú, Romeo?... ¿no eres un hijo de Montesco?

ROMEO.

Ni lo uno ni lo otro, ¡oh mi bella santa!... si lo uno y lo otro te desagradan!

JULIETA.

¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿por qué estás ahí? dímelo. Los muros de este jardin son muy altos y dificiles de escalar. En este lugar está indudablemente la muerte para tí, que eres un Montesco, si te encuentra alguno de mis parientes.

ROMEO.

El amor me prestó sus alas, y desaparecieron todos los obstáculos. ¿Qué es para el amor una muralla de piedra? á todo lo que quiere se atreve, y yo no temo la cólera de tus parientes.

JULIETA.

¡Si te viesen, te matarian!

ROMEO.

Hay para mi más peligro en tus ojos que en afrontar veinte espadas desnudas. Concédeme tan solo una dulce mirada, y eso me basta para desafiar el furor de todos.

JULIETA.

No quisiera, por el mundo entero, que te viesen aquí.

ROMEO.

El manto de la noche me cubre y me oculta á á sus ojos. Amame, bien mio, que lo demás me importa poco. La vida sin tu ternura no es nada para mí; preferiré que me la quiten.

JULIETA.

¿Pero cómo has venido hasta aquí? ¿Quién te ha guiado?

ROMEO.

Solo el amor. Él solo ha guiado mis miradas y mis pasos; yo no he hecho más que seguirle. Jamás he sido capitán ni piloto; pero si para encontrarte fuera necesario ir á las playas más lejanas, atravesando toda la extension del mar, iria, iria con el mayor contento á probar fortuna arrojando los naufragios y arriesgándolo todo para conseguir un botin tan precioso.

JULIETA.

Si el velo de la noche no cubriera mi semblante, verias que el rubor de virgen colorea mis mejillas, Romeo, pensando en las palabras que antes me has oido pronunciar. ¡Ah! quisiera contenerme en las formas de la decencia. Quisiera, ¡ay de mí! quisiera negar esas palabras que mi boca ha pronunciado... pero, ¡fuera las ceremonias!... ¿Me amas? Sé que vas á decir que sí, y yo estoy dispuesta á cogerte la palabra.—No jures ¡oh! yo te lo ruego; podrias faltar un día á tu juramento, y dicen que Dios castiga al que es perjuro en amores. Noble Romeo, si amas á otra, dímelo con lealtad; y si piensas que yo entrego con demasiada facilidad mi corazon, dímelo tambien; y frunciré el ceño, y me mostraré desdenosa, y te diré que *no*, á fin de que me ruegues que te ame; pero habrá de ser con esta seguridad, pues de otro modo no lo diria por todo lo del mundo. ¡Oh! siento, bello Montesco, el tener tanta ternura, porque quizás te parezca ligera mi conducta. Pero ten confianza en mí, Romeo; soy más sincera que aquellas que aparentan más recato y más arte. Confieso que hubiera sido más reservada si no hubiera sorprendido el misterio de mi sincero amor sin que yo me apercibiese de ello. Perdóname, pues, y no imputes mi ternura á la facilidad de mi corazon, pues solo la noche es la que ha hecho traicion á mi secreto.

ROMEO.

Noble señora, por la luz sagrada que corona esas hojas...

JULIETA.

¡Oh! no tomes por testigo á ese astro incons-

tante, á ese astro cuyo disco voluble cambia de mes en mes. Temeria que tu amor fuese tan mudable como él.

ROMEO.

¿Qué juramento quieres que haga?

JULIETA.

Ninguno; ó si quieres, toma por testigo al Dios que amo; toma por testigo á mi ídolo sagrado, á ti mismo, que eres mi ídolo encantador: entonces prestaré fe á tu juramento.

ROMEO.

Si alguna vez este amor profundo y puro...

JULIETA.

¡No, no; no jures, no jures! Tú eres mi alegría, y sin embargo, la alegría huye de mi corazón. La felicidad de esta noche tiene un empuje demasiado impetuoso, que me inspira el recelo y temor. Es el relámpago ardiente que brilla, pasa y muere, antes que hayamos tenido tiempo de decir: *¡Qué relámpago!*.... ¡Adios, dulce amigo! Nuestro amor, delicado capullo que apenas aparece, puede llegar á ser una bella flor y abrirse al calor de un dichoso estío... ¡Adios! ¡Adios! ¡Que el reposo y la paz que encantan mi alma desciendan también á tu corazón!

ROMEO.

¡Oh! ¿Y no me dirás nada más? ¿no harás nada mas por mí?

JULIETA.

¿Qué más podría ya decirte?

ROMEO.

Cambieemos nuestros juramentos. Jura amarme como yo te amo.

JULIETA.

Ya lo he jurado sin que tú me lo hubieses pedido: si pudiese retirar mi promesa lo haría.

ROMEO.

¡Oh! ¿Por qué, Julieta mía, por qué?

JULIETA.

Por dártela otra vez, bien mio... Pero no, ahora ya no anhelo nada; este momento me basta, y soy dichosa. Mi deseo de agradarte, Romeo, no tiene límites, como no lo tiene el ancho mar; mi amor es tan inagotable como sus olas; te lo doy á manos llenas y aun me queda un tesoro de él. *(Se oye ruido dentro.—La nodriza llama.)* Suena ruido... ¡Oh! amigo mio, ¡adios! *(Se dirige hacia dentro.)* ¡Ya voy, buena nodriza! *(Se vuelve hacia Romeo.)* ¡Montesco, amor mio, séme fiel!... *(Una pausa...)* Espérame un ins-

tante, un instante nada más, y volveré. *(Entra en su aposento.)*

ROMEO.

(Solo.) ¡Noche de delicias! ¡noche que el cielo ha bendito!... ¡Dios mio! ¿si será un sueño? ¿No me alucina la oscuridad en que estoy envuelto? ¿Es real este encanto?...

JULIETA.

(Al balcon.) Tres palabras aun, Romeo, y despedámonos en seguida. Si tu pasión es honrada, si quieres casarte conmigo, házmelo saber mañana por medio de un mensajero que te enviaré al efecto, señalándome la hora y el sitio en que debe verificarse la ceremonia. Entonces depositaré á tus piés todo mi albedrío, y te seguiré, mi señor, á pesar del mundo entero.

LA NODRIZA.

(Dentro.) ¡Señorita!

JULIETA.

(A la nodriza.) ¡Allá voy! ¡allá voy! Pero si fueran perversas tus intenciones, entonces ¡ah! yo te ruego...

LA NODRIZA.

(Dentro.) ¡Señorita!

JULIETA.

¡Allá voy! ¡allá voy! *(Continúa dirigiéndose á Romeo.)* Yo te ruego que en ese caso ceses de hablarme de amor, y me dejes sola con mis penas. Mañana enviaré á saberlo.

ROMEO.

Esa es la esperanza de mi vida.

JULIETA.

¡Adios! ¡mil veces adios!

ROMEO.

(Solo.) Mil veces desgraciado soy, puesto que pierdo tu luz, bien mio. *(Se retira lentamente.)* El amante, cuando se aproxima al objeto amado, marcha veloz y contento; pero cuando se aleja, lleva en la frente el sello de la melancolía y camina con paso tardo y vacilante; hace como el niño que deja uno á uno los libros que detesta para ir á ser encerrado en el calabozo.

(Julieta vuelve á aparecer en el balcon.)

JULIETA.

(Llamando á Romeo.) ¡St! ¡St!... ¡Romeo!... ¡Oh! que no pueda yo hacer, como el hábil pajarero, que mi querido balcon acuda en el momento en que lo llamo; pero soy esclava y los esclavos no deben alzar la voz. ¡Romeo! ¡Romeo!... Si yo me atravesase, heriria el eco retumbante para que su voz sonora atrave-

sando el espacio gritase mil veces: ¡Romeo!
(*Romeo escucha y vuelve.*)

ROMEO.

Es mi alma quien me llama. ¡Voz del amor!
¡melodía penetrante! ¡oh! ¡qué encantadora es
tu magia en medio de la calma de la noche!

JULIETA.

¡Romeo!

ROMEO.

(*Aproximándose.*) ¡Julieta mía!

JULIETA.

¿A qué hora te enviaré á buscar mañana?

ROMEO.

A las nueve.

JULIETA.

No lo olvidaré. De aquí á entonces creeré que
pasan veinte años... Pero ¡ay! no me acuerdo
para qué te he llamado.

ROMEO.

Pues me estaré aquí hasta que te acuerdes.

JULIETA.

Entonces lo olvidaré para que no te vayas
nunca. No hago memoria más que del placer
que siento estando contigo.

ROMEO.

Pues no me iré, á fin de que continúes ol-
vidando. Por mi parte, ya no me acuerdo de
tener otra morada más que esta en que estoy.

JULIETA.

El día se acerca. Quisiera que ya te hubie-
ses ido, y al mismo tiempo deseo que no te
ales; me sucede lo que al pajarillo que
está en la mano de su ama. Esta lo retiene
con un hilito de seda; él pobre ¡prisionero!
salta á algunos pasos de ella, que enamorada
y celosa teme y desea á un tiempo darle li-
bertad.

ROMEO.

Yo quisiera ser tu pajarillo.

JULIETA.

Tambien quisiera que lo fueses, bien mio,
para matarte á fuerza de caricias. ¡Adios!
¡adios! ¡adios!... despedida triste y dulce que
estaré repitiendo hasta mañana.

(*Julieta se retira del balcon.*)

ROMEO.

¡Que el sueño repose sobre tus párpados, y
que la paz sea en tu seno! ¡Oh! ¡si yo fuese
el sueño y la paz!... Vamos á ver, en su cel-
da, á mi buen consejero, á mi guia espiritual;

vamos á pedirle auxilio y á participarle mi di-
cha y mi alegría.

(*Escala el muro del jardín y vase.*)

ESCENA III.

La gruta de fray Lorenzo.

Sale FRAY LORENZO con una cesta.

FRAY LORENZO.

Las nubes de Oriente se tiñen de luz y el ojo
gris de la mañana sonríe á la naturaleza. La
noche se retira; las sombras, transparentes ya,
huyen y ruedan confusas hácia el Occidente
como un hombre ébrio que vacila al andar.
El carro con ruedas de fuego avanza trazando
al día su camino. No esperemos á que la mirada
ardiente del astro rey, flameando en el cielo,
nos traiga el contento y seque el rocío espar-
cido sobre la tierra. Voy á salir; antes del me-
diodía habré llenado ya mi cesta de plantas de
virtudes fatales y de flores de jugos precio-
sos. (*Medita*)... Madre de todos los seres, la
tierra los sepulta todos; la tierra que todo lo
produce es la tumba inmensa á donde todo va
á parar. La vida y la muerte se confunden...
Asidos á los pechos de nuestra Madre comun,
de la que nos ha criado y nos devorará, le pe-
dimos remedios y venenos; y ella todo nos lo
prodiga. Nada de lo que produce carece de
virtud; todo lo que de ella nace es útil para
alguna cosa y todo difiere entre sí. ¡Oh! cuán
grande y profunda es la fuerza oculta que
guardan los frutos, las flores, los astros y
las piedras! No hay un objeto terrestre, por
innoble que sea, que no posea su vida in-
tima y su cualidad secreta; no hay un ob-
jeto, por benéfico y precioso que parezca,
á quien la corrupcion no descomponga, y
que, rebelándose contra su origen, no pueda
llegar á ser funesto. Fuera de su justa aplica-
cion, la virtud se convierte en vicio; y hay
acciones que pueden ennoblecer al vicio mis-
mo. (*Coge una flor cerca de su gruta.*) En
este ligero cáliz, en esta frágil flor se ocultan
á la vez la muerte y la vida, el veneno y el
deleite. Cuando se aspira su suave perfu-
me embelesa los sentidos y los excita; y si
se gusta su peligroso jugo, el corazon se
hiela y el hombre muere... De igual modo
llevamos dentro de nosotros mismos dos po-
tencias enemigas; la gracia que viene de Dios, y
la voluntad que proviene de nosotros. Cuando
la potencia grosera domina, la muerte del alma
nos devora; la flor se marchita y desaparece.

Sale ROMEO.

ROMEO.

¡Buenos días, padre mio!

FRAY LORENZO.

Benedicite... ¿qué voz dulce y madrugadora me saluda tan de mañana?... Joven amigo, cuando tan pronto se abandona el lecho nocturno es porque hay una gran perturbación de ánimo. El cuidado vela en la cabeza del viejo y destierra de ella al sueño; al paso que sus alas de oro se ciernen siempre sobre la juventud vigorosa, sobre el cerebro libre y fresco y sobre los miembros que el tiempo aun no ha enervado. Muy madrugador estás, ¡oh! y yo estoy seguro de que alguna cosa te inquieta; ¡quizás no hayas ido á tu casa esta noche! ¿No es verdad?

ROMEO.

Así es en efecto, buen padre... pero el insomnio de esta noche ha valido para mí más que un sueño reparador.

FRAY LORENZO.

¡Dios tenga piedad de los pobres pecadores!... ¿Es cuestión, por supuesto, de Rosalina?

ROMEO.

¡De Rosalina!... ¡Oh, no, padre mio! ese nombre desdichado lo he olvidado ya para siempre.

FRAY LORENZO.

Eso me parece bien, querido niño... pero entonces ¿dónde has pasado la noche?

ROMEO.

Vais á saberlo tan pronto, que no tendreis tiempo de volvérmelo á preguntar... Mi contraria y yo hemos estado en una fiesta, en la cual he flechado un corazón, recibiendo á mi vez otra herida igual. Tú solo puedes curarme; el remedio está en tu mano sagrada... ¡Venerable padre, no se trata de odio ni de venganza; la que me ha herido y yo estamos de acuerdo y te dirigimos el mismo ruego!

FRAY LORENZO.

Habla con más claridad, y explicate sencillamente. Si te confiesas por enigmas, yo no puedo absolverte más que enigmáticamente.

ROMEO.

Pues bien, con sencillez y claridad, buen padre, os declaro que he dado mi corazón todo entero á la joven Capuleto, á la encantadora hija del rico Capuleto. Ella en cambio me ha dado el suyo y estamos perfectamente de acuerdo; á tí toca, pues, acabar por medio de un matrimonio secreto el convenio establecido entre nosotros. Cómo, en qué lugar y en qué época nos hemos visto, entendido y amado, ya te lo explicaré despacio dando un paseo por el campo. Pero ante todo, es necesario y yo te lo suplico, que te decidas á casarnos hoy mismo.

FRAY LORENZO.

¡Por san Francisco! ¿qué cambio es ese? ¡Aquella Rosalina tan querida ha sido olvidada tan pronto! ¡Oh jóvenes! ¡jóvenes! ¡vuestro amor no pasa de vuestros ojos á vuestra alma! ¿Te acuerdas de tus lágrimas? ¡Jesús, María! Tus pálidas mejillas se han marchitado de tanto llorar por esa mujer; ¡inútil llanto! Aun resuena en los oídos de este pobre viejo el eco de tus lamentos: aun flotan sobre nuestras cabezas tus suspiros. Todavía estoy viendo en tu semblante la huella de una lágrima de ayer que aun no se ha secado... ¿Y eres hoy el mismo que eras? Todas tus penas las causaba ayer Rosalina, y ¿cómo es que has podido variar tan pronto? ¡Convengamos, sí, convengamos en que las mujeres pueden ser muy débiles, puesto que los hombres son tan poco fuertes!

ROMEO.

Muchas veces me has reprendido mi amor á Rosalina.

FRAY LORENZO.

¿Tu amor?... ¡no! Di más bien tu locura, mi querido hijo.

ROMEO.

¿No me has dicho que enterrase ese amor?

FRAY LORENZO.

Sí; pero no te he dicho que profundizaras la tumba de un amor para hacer nacer otro.

ROMEO.

¡No me riñas, buen padre, yo te lo suplico! La que yo adoro tan sinceramente me devuelve amor por amor, al paso que Rosalina no me amaba.

FRAY LORENZO.

Porque te conocia bien. Adivinó que tu amor vacilante era incapaz de una larga constancia. Pero sin embargo, ven, cabeza ligera, ven conmigo; que yo te ayudaré. Puede producir este matrimonio un acontecimiento dichoso; el rencor de vuestras dos familias puede cambiarse, gracias á él, en una amistad duradera.

ROMEO.

Vamos, sí, vamos; pues tengo mucha prisa, padre mio.

FRAY LORENZO.

Poco á poco y con prudencia; que el que corre mucho se expone á tropezar y á caer.

(*Vanse.*)

ESCENA IV.

Una calle.

Salen BENVOLIO Y MERCUCIO.

MERCUCIO.

¿Dónde diablos puede estar ese Romeo? ¿Dónde habrá dormido esta noche?

BENVOLIO.

Su criado acaba de decirme que no se le ha visto en casa de su padre.

MERCUCIO.

¡Niña de rostro pálido y corazón de piedra! ¡Rosalina! ¡Rosalina! ¡tú le atormentas tanto, que concluirás por volverle loco!

BENVOLIO.

Tibaldo, el pariente del viejo Capuleto, le ha escrito á casa de su padre: Romeo encontrará la carta cuando vuelva...

MERCUCIO.

¡Por mi alma, que es un cartel de desafío!

BENVOLIO.

Romeo es bueno para saber contestarle.

MERCUCIO.

Para contestar á una carta basta saber escribir.

BENVOLIO.

Sí, pero él contestará con buena tinta; Tibaldo sabrá lo que vale nuestro amigo cuando provocan su valor.

MERCUCIO.

¡Ay de mí! ¡pobre Romeo! está ya muerto de antemano. Para matarle, no ha sido menester más que un rayo negro bajo un párpado blanco; el estribillo de una balada amorosa cantada por una dulce voz. El niño ciego ha clavado su flecha en medio de ese corazón destrozado. ¡Batirse Romeo! ¡y contra un Tibaldo!

BENVOLIO.

¡Un Tibaldo! ¿Y qué tiene de extraordinario ese Tibaldo?

MERCUCIO.

¿Él? Nada, sino que es el rey de los animales feroces y domesticados, querido mío; el capitán del asesinato según las reglas del arte. Si se bate contigo, lo hará con toda pulcritud y finura, como quien canta un dúo: su pié marcará el compás, y su cuerpo seguirá el movimiento: una, dos, tres... un cuarto de suspiro, y ya está: una, dos, tres... la hoja de tu espada en su pecho. Duelista por excelencia, caballero de superior calidad, espadachín de primera, segunda y tercera mano; un hombre

que corta la seda de nuestra ropilla con la misma destreza con que corta carne un carnicero de oficio... ¡Ah! ¡ah! (*Se pone en guardia.*) Una... dos... ¡zas! ¡estocada en tercera sublime!... ¡finta en cuarta encantadora!... Y el ¡há! ¡há! ¡há! (*Imita la exclamación de un maestro de esgrima cuando se tiende á fondo para tocar á su adversario.*)

BENVOLIO.

¡Há! ¡há!... ¿qué queréis decir con eso?

MERCUCIO.

¡Que vayan con mil diablos tu Tibaldo y todos los fatuos de su calibre! ¡Siempre haciendo monadas, andando á saltitos, hablando eternamente con la boca cerrada. ¡Oh! No puedo sufrir á esos bribones fantásticos, introductores de nuevas palabras y de términos envejecidos.—*Je jure Dieu que voici une bonne lame, ... une véritable bonne lame, ... une très-délicieuse coquise, sur ma foi!*—¡Por vida de mi abuelo!... No es cosa lamentable el verse uno asaltado por esos señores, afligido por esos mosquitos de alas extranjeras, chafado con sus modas extravagantes y abrumado con su continuo *pardonnez-moi*... ¡Eh! permaneced tranquilos en vuestras antiguas poltronas, señores míos. ¿Vale acaso más el moderno taburete?... ¡Que cosa tan bonita es eso de *bonjour, bonsoir* (a)!

Sale ROMEO.

BENVOLIO.

¡Ah, vedle aquí! ¡Es mi Romeo, mi Romeo!

MERCUCIO.

¡El muerto Romeo! ¡el difunto Bomeo! ¡Liso como el arenque aprensado! ¡Metamorfosis inaudita! ¡Un hombre cadáver! ¡Buenos días, difunto amigo! Veamos, recitanos algunos melifluos versos como los que hacía Petrarca el enamorado. Laura, su bella Laura no era nada en comparación de la señora de tus pensamientos. ¡Laura! ¡Linda cosa! Verdad es que su cantor valía más que tú.—¿Pues y Dido? Dido no era más que una mocetona tiria; y Cleopatra una chiclela morena; y Hero una callejera; y Helena una pobretona; y Tisbe una ojigarza, graciosa;... ninguna de ellas valía la pena de pararse á mirarla: ¿no es cierto?—Monseñor, os saludamos: deseamos *le bonjour* en francés á vuestras calzas francesas.—¡Pardiez, y qué lindamente os habeis deslizado de nuestras manos esta noche pasada!

ROMEO.

¿Deslizado?

(a) Todas las palabras puestas en francés, se hallan así en el original.

MERCUCIO.

Escurrido como una anguila, evaporado, perdido.

ROMEO.

Es preciso dispensarme, querido amigo; tenía entre manos un asunto grave, y ya sabéis que hay circunstancias en que la urbanidad figura solo en segunda línea.

MERCUCIO.

¿Urbanidad de segunda línea has dicho? pues entonces me debes dos reverencias. La urbanidad de primera línea no impone más que una.

ROMEO.

Paso por las dos reverencias.

MERCUCIO.

El buen caballero tiene siempre bastante con una pequeña lección de cortesía.

ROMEO.

A mi me gusta que la cortesía no tenga nada de corto.

MERCUCIO.

Así es la mía; y esa es la flor de la gentileza y de la caballería.

ROMEO.

¡Flor de la gentileza! ¡oh! esa es una expresión muy linda.

MERCUCIO.

¡Oh, sí, muy linda!

ROMEO.

¡Ah, mis escarpines! ¿Ves tú esas bellas rosas que los sombrean, esos magníficos lazos que los cubren? Yo había creído hasta ahora que esa era la flor de la gentileza; pero tu ingenio ha chafado mis escarpines; tu talento los ha eclipsado.

MERCUCIO.

Tu frase es más nueva que tus escarpines y más brillante que tus lazos... rompe tus escarpines y guarda tu retórica.

ROMEO.

Ese es un ingenio que dará envidia á todos los zapateros.

MERCUCIO.

(Llamando á Benvolio.) Ven á mi socorro, Benvolio; sí, ven á ayudarme, porque desfallezco; me siento ya abatido.

ROMEO.

Da todavía un pequeño espolonazo á tu ingenio; es un animal rehacio, y no debes contemplarle mucho.

MERCUCIO.

Si te atreves á murmurar de mi ingenio, soy capaz de morderte las orejas.

ROMEO.

Si el animalito quiere morder, me callo y pido gracia. No soy bastante fuerte para luchar con él en ese terreno.

MERCUCIO.

Tú das caza al ingenio como quien caza al vuelo.

ROMEO.

¡Vuelo! Creo que es tu ingenio el que voló.

MERCUCIO.

¡Dale, dale! ¿con que no cedés? ¿Gastas epigramas de goma elástica; y con una pulgada haces una legua?

ROMEO.

Sí; y te dejo en el camino.

MERCUCIO.

Así me gusta. Hé aquí el Romeo que yo quiero. ¿No estás así mejor que cuando lloras, sollozas y suspiras? Ahora estás sociable y encantador; eres Romeo, el verdadero Romeo de la naturaleza y del arte, el Romeo único. ¡Bah! el amor no es más que un gran idiota que va de aquí para allá con los brazos caídos y sin saber lo que hace.

BENVOLIO.

No le hables de amor, porque le volverá la locura.

ROMEO.

(Viendo venir á la nodriza.) ¡Chut! ved aquí una cosa magnífica.

Salen LA NODRIZA Y PEDRO.

MERCUCIO.

¡Larga!... ¡larga!... Es una fragata que llega á toda vela.

BENVOLIO.

Con dos pabellones, el uno macho y el otro hembra.

LA NODRIZA.

(Llamando al criado en alta voz.) ¡Pedro!

PEDRO.

¡Presente, señora!

LA NODRIZA.

Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO.

Dadle su abanico, Pedro; que se tape la cara.

LA NODRIZA.

(A los caballeros.) ¡Muy buenos dias, señores míos!

MERCUCIO.

¡Muy buenas tardes! ¡Muy buenas tardes, mi bella señora!

LA NODRIZA.

¿Pues qué, es ya por la tarde?

MERCUCIO.

Muy por la tarde; así al menos lo señala el horero.

LA NODRIZA.

(Jugando con el abanico.) ¡Ay! ¡quitad allá! ¡quitad allá! ¡Jesús qué hombre! ¿quién sois?

ROMEO.

Un mortal á quien Dios creó en un momento en que tuvo ganas de mofarse de sí mismo.

LA NODRIZA.

¡Qué gentil y qué ingenioso! ¡Con que en un momento en que Dios tuvo ganas de mofarse de sí mismo!... ¿Señores, alguno de vosotros me podrá decir cómo encontraré al jóven Romeo?

ROMEO.

Yo os lo diré. Le encontrareis algo viejo; era más jóven hace tres minutos, antes de venir vos. El más jóven de los Romeos lo teneis aquí, en vuestra presencia; soy yo mismo, á falta de otro mejor.

LA NODRIZA.

Muy bien.

MERCUCIO.

Lo toma tal cual es; es una mujer que se acomoda á todo.

LA NODRIZA.

Si sois el señor Romeo, sabed que tengo que daros un recado á solas.

BENVOLIO.

Le propone una partida mano á mano.

MERCUCIO.

¡Eso es magnífico, soberbio!

ROMEO.

¿Qué es lo que dices? ¿Qué has descubierto que te parezca maravilloso?

MERCUCIO.

Nada; es que me he encontrado un pelo en la oopa. No es gran cosa: no merece la pena de que se hable de ello... ¿No sientes el olor á rancio? ¡Eh! quita allá, que eso está pasado.

(Canta una antigua copla popular.)

Una vieja escudilla

De algo puede servir;

Una vieja mantilla

Algo puede cubrir;

Pero una viejecilla,

Que hace la tortolilla

Cual tierna jovencilla,

No sirve para nada,

Ni para hacer reir.

Romeo, ¿comeis hoy en casa de vuestro padre? Allá vamos ahora.

ROMEO.

Ya os sigo.

MERCUCIO.

¡Dios os guarde, abuelita!... ¡Yo os saludo, noble señora; noble, tres veces noble señora...
(Vanse riendo Benvolio y Mercucio.)

LA NODRIZA.

¡Calla! ¡Qué taravilla!... Id con Dios. Vaya un lindo personaje! ¡Y cuánta tontería dice! ¿Quién es ese perillan?

ROMEO.

Ese, nodriza, es un caballero que se escucha á sí mismo con gusto, que habla mucho y que deja muy poco que hablar á los demás.

LA NODRIZA.

Está bien: pues que se guarde de hablar nada en contra mía, porque entonces nos veremos las caras; en ese punto yo no temo ni á ciento como él; ni á mil tampoco: ¿no es verdad, Pedro? ¡Que venga! ¡que venga! ¡Me ha tomado quizás por una de sus iguales, por una doncella! (A Pedro con énfasis.) Y vos, lacayuelo, ¿cómo es que tolerais que me insulte, ultraje y ponga en mal lugar el primer descamisado que llega?

PEDRO.

Yo no he visto que nadie haya hecho esas cosas contra vos; ¡oh! y lo que es á vos no se os ataca así como así. Soy tan valiente como otro cualquiera, y cuando estoy seguro de tener la razon de mi parte...

LA NODRIZA.

¡Por vida mia! ¿habeis visto jamás una cosa semejante? Os juro que me tiembla todo el cuerpo. (A Pedro.) ¡Sois un majadero! (A Romeo con aire misterioso.) Tengo que daros un recado, caballero... Mi señorita me ha mandado, como creo que ya os he dicho antes... Me ha encargado... Pero no; esto lo guardo para mí... Lo que ante todo tengo que recomendaros es que cuidado como la engañais, porque eso seria muy mal hecho. ¡Es tan jóven!... tened sobre todo presente el no causarle ningun pesar; yo quiero que al menos no tenga que arrepentirse por su debilidad!...

ROMEO.

Nodriza, encárgate de ofrecer á tu jóven señorita mis afectuosos cumplidos. Dile que juro...

LA NODRIZA.

(*Interrumpiéndole.*) ¿Sí, sí, sí, jóven: eso que me decís yo se lo repetiré palabra por palabra, y estoy segura de que le causará un gran placer, ¡Dios mio!

ROMEO.

Pero bien, ¿qué es lo que vas á decirle, si no me has dejado aun hablar?

LA NODRIZA.

Le diré que habeis jurado; solo los caballeros son los que juran.

ROMEO.

Dile que procure esta tarde ir á ver á fray Lorenzo y que se confiese con él. En la celda del monje recibirá la absolucion y el matrimonio. (*Le da dinero.*) Toma esto por tu trabajo.

LA NODRIZA.

¡Oh, no, no señor, no por cierto!

ROMEO.

Vamos, tomadlo: es preciso.

LA NODRIZA.

¿Con que esta tarde, no es verdad? ¡Oh! perded cuidado que irá, sí, irá.

ROMEO.

Escucha aun. Dentro de una hora, mi criado esperará junto á los muros de la abadia, y te entregará una cuerda d'spuesta ya de modo que pueda servir de escala; con ella alcanzaré la dicha que aguardo, el objeto de mis más ardientes deseos. La noche silenciosa me protegerá. ¡Adios, nodriza; sé fiel, que tus servicios no quedarán sin recompensa! ¡Adios, conserva á Romeo en la memoria de tu señorita! (*Se aleja.*)

LA NODRIZA.

¡Que Dios y el cielo os bendigan, mi buen caballero! (*Llamando á Romeo.*) ¡Ah! Oid una palabra.

ROMEO.

¿Qué quieres, nodriza?

LA NODRIZA.

¿Es persona de confianza vuestro criado? Ya sabéis el proverbio que dice: *Secreto sin confidente es secreto bien guardado.*

ROMEO.

Te respondo de su discrecion... le tengo bien probado.

TOMO IV.

LA NODRIZA.

Entonces bien; me parece muy bien... ¡Ah! señor, señor, mi ama es la más seductora señorita., ¡oh! sí, es una criatura deliciosa... En la ciudad hay cierto caballero que no le disgustaria... ¡Dios santo! el conde Páris daría cualquier cosa... pero la niña no quiere ni oír hablar de él. Preferiría al diablo, al diablo en persona, palabra de honor. Es chistoso ver cómo se enoja, cuando, para embromarla, le digo que el conde Páris es un hombre encantador. Se incomoda y hasta se pone pálida, pálida como la cera... ¿Vos os llamais Romeo? ¡bonito nombre!... Empieza con las mismas letras que Rosa, ¿no es cierto?

ROMEO.

Sí, es verdad, mi buena señora. Esos dos nombres empiezan por una R. Pero me parece que esto nada significa.

LA NODRIZA.

¡Una R!... ¡Picara letra!... ¡Quitad allá! ¡Os chanceais! Estoy segura de que Romeo no empieza lo mismo que *rábano*, ¡oh! estoy segura de ello... Mi señorita dice tan lindas cosas sobre este asunto... ¡oh! si la oyérais, estaríais contento...

ROMEO.

Háblale de mi á tu señorita.

LA NODRIZA.

Sí, sí; mil veces, mil veces. (*Vase Romeo.*)

LA NODRIZA.

¡Oh! ¡Pedro!

PEDRO.

¡Presente!

LA NODRIZA.

¡Tomad este abanico, llevadlo y marchad delante de mí! (*Vase la nodriza con pompa, precedida de Pedro.*)

ESCENA V.

El jardín de Capuleto.

Sale JULIETA.

JULIETA.

Las nueve dieron en el momento en que salió mi nodriza. A la media hora debía estar de vuelta; así me lo prometió. ¡Si no lo habrá encontrado!... pero no... (*Después de una pausa y manifestando ansiedad.*) Es que ella cojea un poco!... ¡Ah! el amor no debería tener más mensajero que el pensamiento. ¡El pensamiento! más rápido mil veces que el sol cuando persigue sobre las colinas á la sombra fugitiva. ¡Oh! con razon se pinta al amor

con alas veloces como el viento y llevando por caballos rápidas palomas. (*Nueva pausa.*) El sol está en la mitad de su carrera. ¡Desde las nueve hasta el mediodía, van tres horas mortales!... ¡Y no viene!... ¡Ah! si ella tuviese amor, si la sangre de sus venas fuese jóven y ardiente, ¡oh! entonces volaría como la bala que hiende el aire; mi palabra sola la haría llegar á mi amado, que me la volvería á enviar en el momento... La pobre es ya vieja, y los viejos parodian á la muerte: un cadáver no es más pesado ni más macilento... el plomo se mueve con más celeridad. (*Corre hácia un extremo.*) ¡Aquí está! ¡Ah! ¡sí, es ella, es ella!

Salen LA NODRIZA y PEDRO, que lleva el abanico.

JULIETA.

¡Buen Dios! ¡Por fin ha venido! ¿Qué noticias traes, mi querida nodriza? ¿Le has encontrado?... ¡fíaz salir á ese hombre!

LA NODRIZA.

Id á esperarme á la puerta, Pedro.

(*Vase Pedro.*)

JULIETA.

¡Ah! mi buena y querida nodriza, ya te escuchó, habla... ¡Oh Dios mio! ¿Qué tristeza es esa! ¿Qué tienes? Si son malas las nuevas que has de darme, no las hagas más lúgubres; emplea un tono alegre para comunicármelas. Si son buenas, borra de tu semblante esa tristeza amarga: la armonía de la dicha no se aviene con tu aspecto sombrío.

LA NODRIZA.

(*Dejándose caer en un banco del jardín.*) ¡Uf! estoy rendida, extenuada; necesito descansar... ¡Ay! ¡mis pobres piernas! ¡Ah Dios mio! ¡Ah! ¡qué viaje, señorita, qué viaje!

JULIETA.

Quisiera estar tan cansada como tú, con tal de saber ya lo que tienes que decirme. ¡Habla pues, habla por favor, mi buena nodriza, habla!

LA NODRIZA.

¡Jesús qué prisa! ¡qué precipitación, Dios mio! No podeis esperar ni un minuto, y eso que veis que me estoy ahogando, señorita.

JULIETA.

Tienes bastante aliento para decirme que te estás ahogando; y pasas más tiempo en excusarte que el que necesitarías para calmar mi ansiedad. ¿Son buenas ó malas las noticias que tienes que comunicarme? Contéstame, contéstame solo á esto, y tendré paciencia para esperar á saber los detalles. Vamos, ¿son buenas ó malas las noticias que me traes?

LA NODRIZA.

A fe mia, señorita, que no quiero felicitaros por la eleccion que habeis hecho. Vos no entendéis mucho de eso. ¡Romeo! ¡él! ¡él! ¡un hombre!... No digo que su fisonomía no sea encantadora, que no sea linda su figura, pero... su pierna es muy bien formada y tiene las manos muy bonitas: su conversacion es muy agradable... Volvamos al hecho; todo esto es muy comun; sin embargo él es gentil, muy gentil. No es por cierto la flor de la cortesia vuestro jóven señor; pero es dulce como un cordero y paciente, palabra de honor. Vamos, vamos, niña mia; eso está bien, está bien... ¿Habeis comido ya, no es cierto?

JULIETA.

No; pero aun no me has dicho absolutamente nada. Háblame del matrimonio. ¿Qué te ha dicho?

LA NODRIZA.

¡Ay, mi cabeza! ¿Qué jaqueca tengo! ¡Oh! ¡una jaqueca atroz! ¡Mi cabeza se me va á partir en veinte pedazos! ¡Pues y las espaldas!... ¡y por aquí abajo! ¡y por aquí arriba! ¡oh! ¡Dios os bendiga, señorita! es magnífico eso de obligarme á dar tales carreras; siento que al fin moriré de cansancio...

JULIETA.

Nodriza, siento mucho verte padecer así; pero te ruego encarecidamente, mi buena nodriza, que me digas lo que él te ha encargado.

LA NODRIZA.

¡Oh! él ha dicho... ha hablado como un caballero, como un amable y virtuoso jóven que es, señorita... A propósito: ¿dónde está vuestra madre?

JULIETA.

¿Dónde ha de estar? ¡En casa! ¡en su cuarto. ¿Dónde quieres que esté? Pero ¿por qué me dices: *Ha hablado como un caballero; ¿dónde está vuestra madre?* ¿Qué significa eso?

LA NODRIZA.

¡Qué impaciente sois; y en verdad, en verdad, mi bella señorita, que teneis buen modo de aliviar mi cansancio: á fe mia, que en adelante vais á tener que desempeñar vuestros encargos vos misma!

JULIETA.

¡Cuántos preámbulos! Vamos ¿qué te ha dicho Romeo?

LA NODRIZA.

Que esta tarde podeis ir á confesaros.

JULIETA.

¿Sí?

LA NODRIZA.

Si, señora. Es necesario que vayais á la celda de fray Lorenzo: allí encontrareis un marido completamente dispuesto... ¡Ea! Ya se colorean de rubor vuestras mejillas y la sangre se os sube á la cara... Muy pronto os ruborizareis por completo. Marchad á la iglesia, mientras yo voy á buscar la escala de cuerdas para Romeo. Cuando sea de noche, vuestro querido bien se servirá de ella para ir á buscar á la señorita en su nido. Yo me afano sin descanso; para vos el placer y para mí el trabajo.—Primero voy á comer; y vos despachaos y corred á casa de fray Lorenzo.

JULIETA.

Si, corro á buscar á mi felicidad. ¡Adios, querida nodriza! (*Vase Julieta por un lado, y la nodriza por otro.*)

ESCENA VI.

La gruta de fray Lorenzo.

Salen FRAY LORENZO Y ROMEO.

FRAY LORENZO.

Todo está ya arreglado. ¡Quiera el cielo sonreir á la santa ceremonia, y que las horas del porvenir no dejen nunca de serle propicias!

ROMEO.

Así sea, padre mio.—Pero que venga, que venga después el dolor, si quiere venir: no me quejaré por eso. Me conceptúo deudor á la suerte, y nunca creeré que le pago bien la dicha que me proporciona cuando veo á Julieta un instante. Unid nuestras manos con vuestras santas palabras, y después ya puede venir el monstruo que devora todos los amores, la muerte; que yo no la temo. Todo lo que anhelo es que Julieta sea mia.

FRAY LORENZO.

Las alegrías violentas tienen siempre términos violentos tambien. Mueren generalmente en su triunfo. Estallan como la pólvora al contacto de la llama; eso es un beso que mata. ¡Tened cuidado, jóven! el deleite se cansa de sí mismo; la miel acaba por repugnar al que siempre se alimenta con ella. Moderad vuestro amor, y afirmad su duracion calmando sus arrebatos. Apresurándose demasiado se llega más tarde que cuando uno camina con prudencia... Pero ved ahí á la jóven esposa que se acerca.

Sale JULIETA.

FRAY LORENZO.

Vedla ligera y viva sin tocar apenas con su rá-

pido pié las piedrecillas de la gruta. ¡Amantes! ¡amantes! ¡almas ligeras y radiosas, que volais sobre el frágil tejido de luz que se balancea en el aire durante los ardientes dias del estio! ¡Vuestras quimeras os sostienen, y sois tan ligeros como ellas!

JULIETA.

(*Al monje.*) Mi santo director, Julieta os saluda.

FRAY LORENZO.

Romeo te dará las gracias por él y por mí, hija mia.

JULIETA.

Saludo tambien á Romeo, y que sus gracias sean merecidas.

ROMEO.

¡Oh, Julieta mia! ¿participas tú de la alegría, de la inmensa alegría que llena mi alma? Más hábil ó más dichosa, ¿puedes tú conseguir expresarla? Ahora que el aire que nos rodea se embriaga con tu aliento, yo no sé qué armonía, qué mil acentos mágicos cantan la dicha de una entrevista tan grata.

JULIETA.

Puedo sentir esa dicha, pero no darla. Su realidad le basta; es más rica con su sencillez que si tuviese los más valiosos adornos y estuviese enaltecida con los más brillantes discursos. Calcular su opulencia seria lo mismo que fijarle límites y empobrecerla; los tesoros de mi sincero amor superan los esfuerzos que hago para cogerlos y contarlos.

FRAY LORENZO.

Vamos, vamos, jóvenes; es necesario que me sigais; pronto terminaremos. A pesar de vuestra ardorosa impaciencia, es preciso que aguardéis, para hablar de amores, á que nuestra santa Iglesia os haya unido para siempre. (*Vanse.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública.

Salen MERCUCIO Y BENVOLIO seguidos de criados y de un paje.

BENVOLIO.

Vámonos de aquí, mi querido Mercucio, yo te lo ruego. El dia está muy caluroso, los Capuletos andan por ahí, y si los encontramos vamos á tener contienda. En estos dias ardientes del estio la sangre hierve y las venas están locas.

MERCUCIO.

Se me figura estar viendo á uno de esos bravos de taberna y de cuchilladas, que entran en una hostería gritando: «¡Quiera Dios, mi buena espada, que hoy no te necesite!» Y diciendo esto, beben el primer vaso, después el segundo, y antes de llegar al tercero se las han arreglado de modo que el mozo de la taberna á falta de otro mejor les ha atravesado de parte á parte con su misma daga.

BENVOLIO.

¿Y tú crees que ese es mi retrato?

MERCUCIO.

¡Retrato maravilloso por lo exacto! La Italia no tiene otro valiente más pendenciero que tú. ¡Oh! ¡qué hombre! ¡qué hombre! ¡y qué genio tan pronto, tan vivo, tan inconstante y tan diabólico gasta!

BENVOLIO.

Vamos, ¿acabarás?

MERCUCIO.

Dios nos ha concedido la gracia de no habernos enviado más que un hombre de tu especie. Si hubiera dos Benvolios, os mataríais los dos el uno al otro, y la raza se extinguiría. ¡Pendenciero! ¿Querrás hacerme creer que no eres pendenciero? Sé que eres capaz de bati- rte con uno porque tiene un pelo más que tú en la barba, y con otro porque lo tiene de menos. Caballero, me dareis una satisfacción—eres capaz de decirle á cualquier desdichado. ¿Y por qué? porque está el pobre cascando avellanas y tus ojos son de color de avellana. ¡Buena razon! porque tienes los ojos de ese modo no hay más remedio que andar á cuchilladas. No hay más hojas en los árboles de la selva que motivos de pendencias en tu absurda cabeza. No hay hacha vieja que haya dado tantos golpes como los que tú sueñas en dar y recibir. Yo te he visto atacar á un hombre que tosía en la calle, porque su tos interrumpía el sueño de tu perro que dormía al sol. Y aquel sastre, ¿por qué lo maltrataste? me acuerdo que fué porque habia estrenado una ropilla nueva antes de Pascuas. ¿Te acuerdas tú? ¡Pobre sastre! ¿Y aquel otro infeliz á quien provocaste porque se ataba los zapatos viejos con cintas nuevas?... ¡Cuando te digo que eres el único que puede servirme de mentor y sermonearme por mi humor pendenciero!

BENVOLIO.

¡Bah! si yo tuviese tan mala cabeza como tú, mi vida no valdria dos *peniques*, y se podria asegurarla por el término de hora y media.

MERCUCIO.

Dos peniques es más de la mitad de su valor.

Sale TIBALDO acompañado de varios amigos.

BENVOLIO.

¡Por mi cabeza que son esos los Capuletos!

MERCUCIO.

¡Por mis zapatos que me es completamente indiferente!

TIBALDO.

Voy á hablarles; manteneos cerca de mí. ¡Salud, caballeros! Tengo que decir dos palabras á uno de vosotros.

MERCUCIO.

Dos palabras no son gran cosa. Combinad las palabras con el gesto y el gesto con los golpes, y así acabaremos más pronto.

TIBALDO.

No espero para eso más que una ocasion favorable, mi querido señor.

MERCUCIO.

¿Y por qué la esperais? Creadla.

TIBALDO.

¿Tú, Mercucio, no eres el amigo íntimo de Romeo? ¿No estás acorde con él?...

MERCUCIO.

¡Acorde! ¿crees tú que soy yo un sochantre ó algun músico de taberna?... ¡Ah! esto es lo que va á desafinarse. (*Saca su espada.*) Ved aquí una magnifica batuta que os hará ir á compás. ¿Con que acorde, eh?

BENVOLIO.

Señores, estamos en una plaza pública, y todo el mundo nos mira. Busquemos un sitio más apartado, y discutamos allí friamente los motivos de esta querella. Ya veis que todos los ojos están fijos en nosotros. Vámonos, pues.

MERCUCIO.

Los ojos sirven para ver. Que nos miren á su gusto. Yo, por mi parte, no me muevo. Nadie me hará menearme de aquí.

Sale ROMEO.

TIBALDO.

Podeis ir en paz, señor, porque tengo aquí á mi hombre. (*Señalando á Romeo.*)

MERCUCIO.

¡Vuestro hombre, pardiez! ¡Que me ahorquen si lleva vuestra librea. Será vuestro hombre en el campo de batalla, cuando querais, mi muy honrado señor, pero nada más!

(*Tibaldo se aproxima á Romeo.*)

TIBALDO.

Romeo, yo te aborrezco. Todo lo que puedo decirte es que te detesto y que eres un cobarde.

ROMEO.

Tibaldo, yo, por mi parte, tengo mis razones para quererte. Debería contestarte de otro modo, pero solo puedo decirte que Romeo no es un cobarde y que tú no la conoces. ¡Adios!
(*Se dispone á marchar.*)

TIBALDO.

¡Niño, tú no puedes hacerme olvidar los ultrajes que he recibido de tí! Vuelve la cara y desenvaina tu espada.

ROMEO.

Nunca, te lo juro, te he hecho yo el menor ultraje. Es imposible que adivines ahora cuánto estoy obligado á quererte; ya llegará un día en que lo sabrás. Véte, pues, en paz, mi bravo Capuleto; este nombre, ya lo ves, me es tan querido como el mio propio.

MERCUCIO.

¡Con qué tranquilidad habla! ¡no se mueve! ¡se somete! ¡Oh, infame cobardía! ¡Este maestro de esgrima se va á quedar riendo!... ¡Vamos, miserable Tibaldo, en guardia; defiéndete!

TIBALDO.

¿Qué me quieres?

MERCUCIO.

Quiero, mi buen príncipe, una sola de tus nueve onzas de sangre. Después ya pensaré lo que he de hacer de las ocho restantes. Despacha, pues; la espada al aire y coge tu daga por las orejas, si no quieres que las tuyas sientan mi acero.

TIBALDO.

Pues bien, estoy á vuestras órdenes.
(*Se ponen en guardia.*)

ROMEO.

Vuelve tu espada á la vaina, mi buen Mercucio.

MERCUCIO.

Veamos algo de ese famoso golpe en tercera, mi bello señor Tibaldo.
(*Se baten.*)

ROMEO.

Benvolio, saca tu espada y obligales á envainar las suyas. (*A los combatientes.*) ¡En nombre del cielo, amigos míos, Tibaldo, Mercucio, deteneos. La prohibición del príncipe es expresa y terminante. ¡Tibaldo! ¡mi querido Mercucio!...

(*Mercucio cae herido de una estocada mortal. Tibaldo se retira con sus amigos.*)

MERCUCIO.

¡Ah, estoy herido! ¡Al diablo las dos familias! Esto se acabó. El otro se ha escapado sin haber recibido una punta.

BENVOLIO.

¿Dónde te ha herido?

MERCUCIO.

¡Es poca cosa; un rasguño... Sin embargo, ¡creo que tengo bastante! ¡Paje, búscame pronto un cirujano!
(*Vase el paje.*)

ROMEO.

¡Ánimo, amigo mio; eso no será nada!

MERCUCIO.

¡No, nada! El bribon me ha hecho una abertura poco menos profunda que el brocal de un pozo, y poco menos ancha que una puerta cochera... Es igual; la vida se irá por ella... Mañana, cuando os pidan las señas de Mercucio, podeis contestar: *En el cementerio. Me despido de este mundo. Héme ya en sazón...* ¡Al diablo vuestras dos familias! ¡Yo! ¡un hombre! recibir de ese gato, de ese raton, de ese ente ridiculo una herida y la muerte! La muerte de manos de ese fanfarron, de ese espadachin que se coloca en tercera y en cuarta como los números para una suma. (*A Romeo.*) Y vos ¿qué diablos habeis hecho? ¿Por qué os habeis interpuesto entre nosotros? Vos me deteniais el brazo cuando recibí la estocada.

ROMEO.

Lo hice con la mejor intencion, pobre amigo mio.

MERCUCIO.

(*A Benvolio.*) ¡Benvolio, hazme conducir á cualquier casa, porque me siento desfallecer... ¡Al diablo las dos familias! ¡Al diablo! Héme aquí, gracias á ellas, hecho carne de cementerio. La estocada ha sido buena, excelente. Esto se acabó... ¡Oh! esas dos familias...
(*Benvolio y Mercucio se retiran á pasos lentos.*)

ROMEO.

Hé ahí muerto un caballero, próximo pariente del príncipe y mi particular amigo. Y ese Tibaldo, ¡oh! ese Tibaldo, primo mio desde hace una hora, me ultraja. El se ha atrevido á poner en duda mi honor, y á manchar mi reputacion. ¡Ah, Julieta, Julieta querida! tu belleza ha hecho de mí una débil mujer; gracias á tí, mi valor ha perdido su fuerte temple, y ya no soy el mismo.

Vuelve BENVOLIO.

BENVOLIO.

¡Ah Romeo! nuestro valiente Mercucio ha muerto. Esa noble alma ha subido al cielo,

abandonando muy pronto la tierra que despreciaba. ¡Ya no existe!

ROMEO.

¡Qué día! Un destino sombrío se abre para mí, y otros días no menos lúgubres seguirán a este. El principio ha sido triste y el desenlace amenaza ser horroroso.

Vuelve TIBALDO.

BENVOLIO.

Ahí está ese furioso. Mirale, ya vuelve.

ROMEO.

(Sacando su espada y lanzándose á él.) ¡Vive y triunfa, mientras Mercucio muere! ¡Moderación, respeto, dulzuras, huid lejos de mí: subid al cielo á que perteneceis! ¡Para mí ahora el furor chispeante; para mí las armas y la sangre. *(Se aproxima á Tivaldo.)* ¡A ti, Tivaldo, que me has tratado de *cobarde*, te devuelvo la palabra al rostro! ¡El alma de Mercucio muerto está aquí sobre mi cabeza; te llama y te espera. ¡Es necesario que la sigamos, ó tú ó yo, ó los dos juntos!

TIBALDO.

¡No tardarás, pobre niño, en reunirte con el amigo que echas de menos!

ROMEO.

(Con la espada en la mano.) Esto lo decidirá. *(Se baten los dos, y Tivaldo cae herido de muerte.)*

BENVOLIO.

¡Huye pronto! ¡huye, Romeo! Tivaldo ha muerto, y la multitud se dirige hácia aquí. ¡Vamos! ¡Fuera ese estupor! ¡Si te dejas prender, el Príncipe te condenará á muerte! ¡Corre, despacha y marcha lejos de aquí!

ROMEO.

¡Oh! ¡soy el juguete de la suerte!

BENVOLIO.

¿No huyes? ¡Vamos, pues! *(Vase Romeo.)*

Acuden LOS PAISANOS.

PRIMER PAISANO.

¿Por dónde ha huido el asesino, el que ha matado á Mercucio? ¡Era Tivaldo! ¿Por dónde se ha marchado?

BENVOLIO.

¿Tivaldo? ¡Miradle; ved ahí su cadáver!

PRIMER PAISANO.

(Deteniendo á Benvolio.) Vos, señor, seguidme; en nombre del Príncipe venid conmigo.

Sale el PRÍNCIPE CON SU COMITIVA. Los jefes de las familias de CAPULETO y de MONTESCO llegan al mismo tiempo.

EL PRÍNCIPE.

¿Dónde están los miserables que han dado ocasión al tumulto?

BENVOLIO.

(Custodiado por los paisanos.) Yo sé, noble Príncipe, cómo se empeñó y cómo ha terminado esa lucha fatal; puedo descubrir su misterio y contaros sus detalles. Ahí delante tenéis el cuerpo ensangrentado del hombre que mató á Mercucio, vuestro pariente: el jóven Romeo ha castigado al asesino.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

(Se acerca al cuerpo y reconoce á Tivaldo.) ¡Oh Tivaldo! ¡primo mio! ¡hijo de mi hermano! ¡Oh! ¡Qué triste espectáculo! ¡Aun corre su sangre, la sangre de uno de mis más queridos parientes! ¡Príncipe, en nombre de tu palabra sagrada pido que vengues esta sangre vertida, la sangre de los Capuletos! ¡Necesitamos en cambio la sangre de los Montescos!

EL PRÍNCIPE.

¡Hablad, Benvolio! ¿Cómo empezó este desdichado lance?

BENVOLIO.

El provocador fué Tivaldo y el vengador Romeo. Romeo contestó á la provocacion con dulzura, rogando á Tivaldo que reflexionara en la delicadeza de su situacion y en el peligro de tal contienda; le recordó tambien que vos habiais amenazado con vuestra cólera á cualquiera que turbase la paz de la ciudad. ¡Inútiles esfuerzos! En vano Romeo se expresó en los más pacíficos términos; en vano se presentó con fisonomía conciliadora, con actitud afable, con voz moderada, con tono tranquilo: nada consiguió; con nada pudo convencer al violento Tivaldo, ni hacerle variar su negro humor, ni su cólera. Sordo á esas palabras de paz, se volvió hácia Mercucio con el acero en la mano y trató de atravesar su noble pecho. Igual ira animaba á los dos caballeros, y las dos espadas enemigas se atacaron y se encontraron. Mercucio, en su desden marcial, separó con una mano la punta que hacia brillar la muerte ante sus ojos, y con la otra trató de tocar á su enemigo que rivalizaba con él en destreza. Mientras tanto Romeo continuaba gritándoles que se detuviesen. Su lengua era menos ágil que su mano con la que agarró á la vez las dos espadas fatales. Se precipitó entre ambos combatientes, y entonces fué cuando Tivaldo tiró una estocada á su adversario por debajo del brazo de Romeo, y mató con ella al valiente Mercucio... Le dejó muerto y huyó... Pero volvió muy pronto y se encontró

con Romeo. En el pecho de este último se despertó entonces el deseo de la venganza, y por lo tanto se lanzaron el uno contra el otro. El rayo es menos rápido que lo fueron ellos, y Tibaldo cayó atravesado de un golpe mortal, antes de que yo tuviese tiempo de sacar la espada para separarlos: Romeo huyó en seguida... Si esta no es exactamente la verdad, que Benvolio perezca en el instante.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

No creais á ese hombre, que es pariente de los Montescos, y miente por defender á su familia. Deben haber sido veinte para atacar, porque solo así podrian haber vencido á Tibaldo en esta vergonzosa contienda. Yo pido altamente justicia. Príncipe, es necesario que atendais á mis ruegos. Tibaldo ha perecido á manos de Romeo, y Romeo debe perecer tambien.

EL PRÍNCIPE.

Romeo ha muerto á Tibaldo, y Mercucio murió á manos de este último. ¿Quién podrá pagarme el precio de una vida que me era tan cara?

MONTESCO.

Tambien era querida de Romeo, de quien Mercucio era amigo íntimo. Romeo no debe ser castigado. ¿Cuál ha sido su falta? Al matar á Tibaldo no ha hecho más que lo que hubiera hecho la ley.

EL PRÍNCIPE.

Sin embargo, ha cometido una falta, y el castigo que le impongo es el destierro; ¡que marche al instante! Quiero que se apacigüen vuestros odios; va en ello mi interés más directo, porque es mi sangre, mi propia sangre la que haceis correr con vuestras indignas querrelas. Pero me lo pagareis muy caro; y esta pérdida será para vosotros motivo de un continuo arrepentimiento: en adelante seré sordo á vuestras súplicas y ruegos, y á todo lo que se me quiera decir; y las injusticias que cometais no serán rescatadas ni por vuestras lágrimas ni por vuestras justificaciones tardías. Excusad, pues, toda clase de reclamaciones. Lejos de aquí Romeo; y la hora en que se le encuentre será la última de su vida. Que se lleven este cadáver; más tarde yo expresaré mi voluntad. La piedad que perdona al asesino es una piedad homicida.

(*Se llevan el cadáver; el Príncipe se retira con su comitiva y los otros personajes se van por diferentes lados.*)

ESCENA II.

Una cámara en la casa de Capuleto.

Sale JULIETA.

JULIETA.

¡Oh! aquí está, aquí está mi nodriza, y me

dará noticias. ¡Ah! todos los que me hablan de Romeo me hablan en un idioma celestial. ¡Nodriza! ¡nodriza! ¿Qué tienes que decirme? ¿Qué me traes ahí? Una escala de cuerda: ¿es la que Romeo te encargó?

LA NODRIZA.

(*Arrojando con enojo la escala de cuerdas.*) Si, aquí está la escala.

JULIETA.

¡Y bien! ¿qué es lo que tienes? ¿qué es eso? ¿por qué levantas las manos y te las tuerces? ¿qué tienes que decirme?

LA NODRIZA.

(*Llorando y gritando.*) ¡Ah! ¡misericordia! ¡misericordia! ¡Muerto! ¡ay! ¡muerto! ¡estamos perdidas!

JULIETA.

¡Oh, Dios! ¡qué crueldad! ¡asustarme de ese modo!...

LA NODRIZA.

¡Ha sido Romeo! ¡ha sido él solo! no ha sido Dios. ¡Romeo, Romeo! ¿Quién lo hubiera pensado jamás? ¡Romeo!

JULIETA.

¿En qué demonio te has convertido para atormentarme así? ¡Este suplicio no pertenece más que al infierno. ¡Habla! ¿Ha muerto Romeo? Di *si*; pronuncia esa sílaba, y ella sola me matará; pero pronúnciala pronto. ¡Habla! ¿ha muerto? Dime: *si ó no*. Pronuncia una ó dos palabras solamente para darme la vida ó la muerte.

LA NODRIZA.

¡Yo la he visto, señorita! ¡yo he visto la herida! ¡sí! la he visto con mis propios ojos. ¡Jesús, mi salvador! ¡Una herida profundísima, allí en medio de su pecho; y su cuerpo ensangrentado, todo ensangrentado; y su cara pálida, pálida como la ceniza... todo él bañado en sangre, en una sangre tan negra... ¡oh! me falta el corazón!

JULIETA.

¡Oh sí! y estás haciendo pedazos el mío... ¡Abandona este cuerpo frágil, corazón! ¡Ojos míos, renunciad á la libertad y á la luz! ¡Cubierto terrenal, vuelve á la tierra, tu único asilo!... ¡Julieta, cesa de respirar y de vivir, y que la misma mortaja cubra tu cuerpo y el de Romeo!

LA NODRIZA.

¡Ah! ¡era el mejor amigo que yo había tenido en mi vida! ¡Tibaldo, noble caballero! ¡Tibaldo! ¡excelente Tibaldo!... ¡yo lo he visto muerto! ¡ay de mí! ¡esto es lo cierto!

JULIETA.

¿Qué quieres decirme? Tus palabras son más inciertas que el huracan que sopla por todas partes á la vez. ¡Romeo asesinado! ¡Tibaldo muerto! ¡un pariente que me era tan querido! ¡mi esposo que me es mil veces más querido aun! ¿Es este quizás el último dia del mundo y ha resonado ya la trompeta fatal? Si han muerto los dos, ¿por qué vivimos todavía? ¿qué harán en la tierra los que les sobrevivan?

LA NODRIZA.

¡Tibaldo ha muerto! ¡Romeo está desterrado! ¡Romeo ha matado á Tibaldo, y por eso le han condenado al destierro!

JULIETA.

¡Ah! ¡Dios mio! ¡Romeo! ¡Su mano ha vertido la sangre de Tibaldo!

LA NODRIZA.

¡Sí, señorita; sí, señorita! ¡Romeo, Romeo ha sido!

JULIETA.

¡Oh! ¿y bajo aquellas formas encantadoras podía ocultarse un monstruo semejante? ¿Bajo aquella figura de ángel podía abrigarse un corazón de tigre tan feroz? ¡El alma de un lobo voraz con la apariencia de un pacífico cordero! ¡Belleza exterior! ¡forma divina! ¡yo os desprecio y os maldigo!... ¿No sois nada, símbolos celestiales del honor y de la virtud?... ¡Me habeis engañado! ¡Aquel que habeis presentado disfrazado ante mis ojos, no era más que un condenado, un asesino y un miserable! ¿Qué hacías tú, naturaleza, ó qué presente habías ofrecido á los ángeles del abismo, cuando bajo aquellas formas dignas del cielo ocultabas los crímenes del infierno? ¡Miseria! ¡Decepcion! ¡Bajo una apariencia tan bella una realidad tan horrible! ¡Oh! ¡Qué alma tan engañosa y tan negra habita en aquel palacio tan espléndido!

LA NODRIZA.

No hay un hombre de quien se pueda una fiar... Todos, todos carecen de fe y de honor; todos son unos traidores, unos miserables y unos monstruos... ¡Ah, Dios mio! (*Se deja caer en un sillón.*) ¿Dónde está Pedro? ¿Pedro, dónde estais?... ¡Traedme un poco de agua de olor, Pedro! ¡Todo esto acabará conmigo! ¡Qué de pesadumbres! ¡qué de tormentos! ¡qué de desolaciones! Estoy segura de que envejeceré antes de tiempo. ¡Maldito sea Romeo! Caiga sobre él la deshonra!

JULIETA.

¡Maldita sea tu lengua, que habla así de Romeo! Romeo no ha nacido para la deshonra. La infame que la maldice será la que se avergüence de aproximarse á aquella noble frente; allí está el trono del honor; aquella es una

frente digna de la corona de la tierra. ¡Y yo le he maldecido! ¡Yo le he ultrajado! ¡Oh! ¡qué vil criatura soy!

LA NODRIZA.

¿Os atreveriais á hablar bien de él, después que ha matado á vuestro primo?

JULIETA.

Y siendo mi esposo ¿cómo podría yo ultrajarle? ¡Oh mi querido y desgraciado señor! Tres horas há que te pertenezco, y ya me atrevo á mancillar tu buena reputacion! Si yo hago esto ¿quién podrá defenderte y salvarte?... (*Después de una pausa.*) Pero ¡infeliz y culpable Romeo! ¿por qué has herido á Tibaldo?... ¡Ay de mí! ¿y si Tibaldo, el detestable Tibaldo hubiera muerto á mi Romeo?... Lágrimas, lágrimas locas, cesad de correr! vosotras sois hijas del dolor y no podeis pagar á mi dicha ningun tributo. ¡Romeo, querido esposo, á quien Tibaldo queria asesinar, vive; y aquel que deseaba matar á mi marido ha muerto!... ¡Tibaldo ha muerto!... ¿No tengo motivos para creerme dichosa? ¿Por qué, pues, llorar? (*Se detiene un momento.*)... Ahora me acuerdo que en medio de mi tribulacion he oido una palabra más terrible para mí que la muerte de Tibaldo. Al oír esta palabra, parecia que el alma me abandonaba. Quisiera ¡ay de mí! quisiera no acordarme de ella; pero la tengo grabada en mi memoria, y me oprime el corazón; y me fatiga y me devora, como fatiga y devora el alma de un delincuente al recuerdo de su crimen... *Tibaldo ha muerto, me decia esa mujer, y Romeo ha sido desterrado.*... ¡Desterrado! esta sola palabra equivale para mí á la muerte de mil Tibaldos. ¿No era bastante que mi primo pereciese? ¿Por qué no se ha contentado el cielo con ese castigo? Pero las desgracias siempre vienen en tropel; marchan juntas y nos abruman con su número. Si se me hubiera dicho: «Tibaldo ha muerto, y tu padre y tu madre le han seguido,» yo hubiera llorado amargamente!... ¡pero añadir á la noticia de la muerte de Tibaldo la del destierro de Romeo!... ¡Desterrado!... ¡eso equivale á la muerte de mi padre, de mi madre, de Romeo, de Julieta, de todos los que existen!... ¡Romeo desterrado!... ¡eso equivale á un dolor sin término, sin límites; á un dolor que no puede expresarse, porque no hay palabras que lo signifiquen!... (*Se detiene y llora.*) Nodriza, ¿dónde está mi padre? ¿dónde está mi madre?

LA NODRIZA.

Junto al cuerpo de Tibaldo; los dos bañados en lágrimas y entregados á la desesperacion. Venid, os llevaré con ellos.

JULIETA.

¿Podrán lavar sus lágrimas la herida sangrienta? ¡Ay! ¡cuando sus ojos estén secos, todavía lloraré yo por el destierro del que amo. (*A la*

nodriza.) Llévate esa escala. ¡Pobre instrumento que ya para nada sirve! Es un objeto vano como es mi esperanza. ¡Romeo, el que iba á utilizar para llegar hasta mí, va á partir! ¡Loca esperanza! ¡Soy esposa y virgen: llévate eso. ¡Voy á buscar mi tálamo nupcial que será mi lecho funerario; y la flor de mi juventud la cogerá la muerte!

LA NODRIZA.

Retiraos á vuestro cuarto; voy á buscar á Romeo, os le traeré y él os consolará. Yo sé dónde encontrarle. Julieta, tranquilizaos; que esta misma noche estará aquí. Voy por él; seguramente le encontraré en la gruta de fray Lorenzo.

JULIETA.

¡Oh, vé, vé corriendo: busca y encuentra á mi esposo, al amigo de mi alma; y dale este anillo; y dile que venga á recibir mi último adiós. *(La nodriza se va por un lado y Julieta por otro.)*

ESCENA III.

Gruta de fray Lorenzo.

Salen FRAY LORENZO Y ROMEO.

FRAY LORENZO.

(Dirigiéndose á un ángulo del teatro.) Sal de tu escondite, Romeo; ven, pobre amigo mío. La desgracia se ha apoderado de tu destino; por mujer tienes la mala fortuna.

ROMEO.

(Avanzando.) ¿Qué noticias hay, padre mío? ¿qué ha resuelto el Príncipe? ¿qué pesar nuevo y desconocido me espera para poner á prueba mi valor?

FRAY LORENZO.

Las pruebas de la suerte, esas amarguras de la vida te son ya muy familiares, mi querido niño. Acabo de saber el castigo que te ha impuesto el Príncipe.

ROMEO.

¿La muerte, no es verdad?

FRAY LORENZO.

No, su sentencia es más dulce; te condena, no á muerte, sino al destierro.

ROMEO.

¡El destierro! ¡ah! ¡el destierro! ¡Por piedad, dime que he sido sentenciado á muerte! ¡Veré al verdugo con menos horror que el destierro. No, no, no repitas esa palabra; no me hables de destierro.

TOMO IV.

FRAY LORENZO.

Hoy mismo debes salir de Verona. Ten valor; el mundo es vasto y gozas de libertad.

ROMEO.

Para mí no existe el mundo fuera de los muros de Verona. ¡Lejos de aquí no hay para mí mas que purgatorio é infierno, tormentos y suplicios! Desterrado de Verona es ser desterrado del universo; es la muerte para mí. ¿Por qué emplear la palabra *destierro*? ¡Sirveted de la palabra propia; hablame de la *muerte*! No vengas á decirme que mi sentencia es dulce, que el destierro es un perdón; no te sonrias al golpe que me mata; no suspendas sobre mi cabeza una hacha de oro, que al fin la ha de hacer caer ensangrentada.

FRAY LORENZO.

¡Ingrato! ¡estás cometiendo un pecado mortal! Segun nuestras leyes, tu crimen merece la muerte; y el Príncipe, prescindiendo en tu favor de la severidad de la ley, cambia una sentencia tan dura, borra la sombría palabra *muerte*, y te impone un castigo más suave, el destierro. ¡Y tú no quieres admitir esto como un efecto de su piedad; no lo agradeces?

ROMEO.

¡Piedad! eso es el suplicio. Donde Julieta respira, allí está el cielo. El animal más vil, que pueda permanecer en Verona y que pueda ver á Julieta, es más dichoso que yo; tengo envidia al gato, al pájaro y hasta al raton que se esconde. El paraíso está donde mora Julieta, y yo he sido lanzado de él. La mosca es más dichosa que Romeo; es más rica y más honrada, puesto que puede detenerse sobre la mano de Julieta, maravilla de delicadeza y de blancura. Puede robar un beso á sus labios y obligarla á ruborizarse, á ella que es tan pura y tan modesta que creará haber pecado de ese modo... ¡Y á Romeo se le destierra, lo que el más miserable insecto puede hacer, á él se le prohíbe! ¿Y osas decirme que el destierro no es la muerte? ¿no tienes un veneno sutil, un puñal afilado ó cualquier otro medio rápido y seguro de proporcionar la muerte, una muerte cualquiera?... ¡Desterrado! ¡ah! ¡Desterrado!... ¡Padre, esa es la palabra que sirve para atormentar á los condenados en el infierno, que lanzan gritos de dolor al oírlo ó al pronunciarla. ¡Y tienes valor tú, mi amigo, mi divino guía, mi confesor, tú que me absuelves de mis pecados, tienes valor para asesinarme lentamente diciéndome que estoy desterrado!

FRAY LORENZO.

¡El amor te vuelve insensato! ¡Vamos, hijo, escucha una palabra, una sola palabra!

ROMEO.

¡Una sola palabra! el destierro, ¿no es verdad?

FRAY LORENZO.

Mi palabra es una coraza contra los dolores de que te quejas; te traigo en ella la filosofía, que es el alivio de las penas y el consuelo de las adversidades: ella te sostendrá en el destierro.

ROMEO.

¡Siempre el destierro!... ¡Yo maldigo tu filosofía!... ¿Podrá ella crear otra Julieta? ¿podrá cambiar la sentencia del Príncipe? ¿hará viajar las piedras? Pues si no puede hacer nada de esto ¿qué es? ¿qué quiere de mí?... No me hables de ella.

FRAY LORENZO.

Vamos; los locos no tienen oídos.

ROMEO.

Y los sabios no tienen ojos.

FRAY LORENZO.

Déjame razonar contigo sobre tu situación.

ROMEO.

No es posible que puedas hablar de lo que no sientes. Si fueses joven como yo, y Julieta fuese el objeto de tu amor, y tu matrimonio con ella datase de una hora, en cuyo tiempo hubiese perecido Tibaldo, y mi pasión estuviese en tu alma y mi juventud en tu cabeza... ¡oh! ¡entonces yo te permitiría hablar! Porque sé que hablarías con el dolor arrancándote los cabellos y revolcándote por el suelo; porque sé que me dirías de antemano la tumba que habías de llenar un día; porque sé, en fin, que estarías desesperado como lo estoy yo. (*Se oye llamar á la puerta.*)

FRAY LORENZO.

¡Levántate! ¡alguien llama! ¡Querido Romeo, vuélvete adentro y ocúltate!

ROMEO.

(*Conservando la misma actitud.*) No; que mis suspiros me oculten, si pueden; que sus vapores me envuelvan y me velen á todas las miradas. (*Vuelven á llamar.*)

FRAY LORENZO.

¿Pero no oyes que están llamando? ¡Levántate, pues! (*A la puerta.*) ¿Quién está ahí? (*A Romeo.*) ¡Levántate, te digo, ó serás preso! (*A la puerta.*) Os ruego que aguardéis un momento. (*A Romeo.*) Ocúltate pronto en mi celda de estudio. (*A la puerta.*) Voy en seguida. (*A Romeo que permanece quieto.*) ¡Hágase la voluntad de Dios! ¡Qué obstinación! (*Se dirige hácia la puerta.*) ¡Aquí, aquí estoy! ¿Quién llama tan fuerte? ¿Quién sois? ¿De dónde venís? ¿Qué queréis?

LA NODRIZA.

(*Desde fuera.*) Dejadme entrar y sabreis lo que

quiero; vengo de parte de la señorita Julieta.

FRAY LORENZO.

(*Abriendo.*) ¡Loado sea Dios! ¡Sed bienvenida!

Sale LA NODRIZA.

LA NODRIZA.

¡Oh! santo monje! ¡buen monje! ¡Decidme dónde está el marido de mi señorita? ¿dónde está Romeo?

FRAY LORENZO.

(*Mostrándole á Romeo.*) Vedle ahí, tendido en tierra, bañado en lágrimas y ebrio de dolor.

LA NODRIZA.

¡Ay Dios mio! está como mi señorita; enteramente como mi señorita.

FRAY LORENZO.

¡Triste simpatía! ¡Dolorosa semejanza!

LA NODRIZA.

¡Sí; así es justamente como ella está; llorando y gimiendo; gimiendo y llorando. (*A Romeo.*) ¡Levantaos! ¡Arriba! ¡Si sois hombre, si amais á Julieta levantaos y tened valor! ¿Por qué tan gran pesar? ¿Qué locura es esa de desesperaros tanto? (*Romeo conoce á la nodriza y se levanta.*)

ROMEO.

¡Ah, nodriza!

LA NODRIZA.

¡Ah señor! ¡pobre caballero!—La muerte es nuestro fin comun, y por lo tanto; no hay necesidad de buscarla.

ROMEO.

¿No has pronunciado el nombre de Julieta? ¿Qué piensa mi bien querido? ¿Qué dice? ¿No soy á sus ojos un miserable asesino? He manchado con sangre los primeros momentos de nuestra dicha, la infancia de nuestros amores; y esta sangre ha sido de uno de sus más próximos parientes. ¿Qué dice? ¿Cómo está la esposa misteriosa de mi misterioso y santo amor?

LA NODRIZA.

Nada dice, señor, no hace más que llorar, nada más que llorar: se arroja sobre su lecho donde permanece un rato; después se levanta de repente y grita: ¡Tibaldo! En seguida pronuncia el nombre de Romeo, y vuelve á caer en su inmovilidad.

ROMEO.

¡Romeo! mi nombre es el que la mata; la bala homicida que asesina á mi querido bien! ¡Ese es el nombre maldito del que ha herido á Tibaldo! (*A fray Lorenzo.*) ¡Oh! dime,

buen hermano, dime: ¿adónde encontraré ese nombre fatal? ¿en qué parte de mi cuerpo puede buscarlo este puñal? Registraré estas entrañas que detesto y destruiré todo lo que se llame Romeo. (*Saca el puñal.*)

FRAY LORENZO.

¡Detente! ¡calma esa desesperacion! ¿No eres hombre?... ¡Cuando te miro, creo ver un hombre; luego reparo en que eres una mujer que derrama lágrimas, ó un animal furioso y privado de razon que cede á sus arrebatos! ¡Mujer ó bestia fiera, todo eso es indigno de tí... Me sorprendes, Romeo. Por el santo ministerio que ejerzo, que yo habia juzgado mejor de tí, de tu fuerza, de tu moderacion y de tu alma. ¿Eres tú, el que ha matado á Tibaldo, quien quiere suicidarse tambien, y con este acto punible asesinar á la que te ama y vive en tí? ¿Por qué lanzas esas injurias contra el cielo y la tierra y contra el instante en que naciste? ¿Eres tú mismo quien te ultrajas? ¿Procede todo eso de tí mismo?... ¡Quita allá, quita! Vuelve en tí, porque estás agraviando á Dios que te ha dado todo lo que quieres destruir. ¿De qué te sirven tu sér, tu amor y tu inteligencia? Te pareces á esos avaros que lo poseen todo, y que no emplean nada en un uso honrado y conveniente. Al verte, se diria que eras un hombre valiente y animoso; y sin embargo, esa noble forma no es más que una figura de cera privada de valor y de energia. Tú amas y has hecho un juramento sagrado á Julieta; faltar á él es un infame perjurio. ¡Quieres asesinar á la que has jurado querer! Tu inteligencia deberia completar la nobleza de tus formas y la de tu amor; pero en lugar de adornar ambas cosas, las destruye. Insensible y loca te hiere y te mutila, como la pólvora confiada á un soldado inexperto hiere á su poseedor, á quien deberia servir de defensa. ¡Vamos, pues, vuelve en tí y reanima tu alma! ¡Eres hombre! ¡Vive tu Julieta á quien tanto amas! ¿por qué, pues, esa desesperacion? ¿No eres dichoso? Tibaldo queria matar á Romeo, y Tibaldo ha sido el que ha muerto... ¿No te conceptúas dichoso todavía? La ley que te amenazaba de muerte te sirve como una amiga y se contenta con tu destierro. ¿No eres, pues, afortunado y mil veces feliz? Y sin embargo, te portas como una niña mimada por sus padres: te enfadas contra la dicha y tu mal humor se muestra ingrato con la fortuna. ¡Ten cuidado, Romeo; ten cuidado, porque mueren miserablemente los que proceden de ese modo!... ¡Vaya! haz lo que te he dicho. Vé á ver á Julieta, sube á su casa y consuélala; pero ten mucho cuidado de marcharte de su cuarto antes que suene la queda, porque después no podrías ya salir, abandonar la ciudad y huir á Mantua. Permanece allí; que ya encontraremos un momento favorable para declarar tu matrimonio, apaciguar á tu familia y á la de Julieta, obtener tu

perdon y hacer que vuelvas. A tu vuelta serás mil y mil veces más dichoso que desolado has estado á tu partida. (*A la nodriza.*) Apresuraos, nodriza, y anunciadlo á vuestra señora. Decidle que Romeo va á verla; que haga de modo que la familia, que estará abatida por el pesar, se retire temprano.

LA NODRIZA.

¡Dios verdadero! Hablais como un santo. Me estaria aquí toda la noche escuchándoos. ¡Oh! ¡qué admirables consejos! ¡Lo que es ser sabio! (*A Romeo.*) Mi buen señor, voy á anunciar vuestra visita.

ROMEO.

Sí, buena nodriza; di á mi Julieta, á mi amor, que se prepare para reñirme bien.

LA NODRIZA.

A propósito. (*Dándole un anillo.*) Aquí teneis una sortija que me dió para que os la entregase... Pero acabemos, que se hace tarde; venid pronto. (*Vase.*)

ROMEO.

(*Teniendo en la mano el anillo.*) Esto me devuelve toda mi dicha.

FRAY LORENZO.

¡Marchaos ya, y buenas noches! Acordaos bien de vuestra situacion; partid antes de la queda, ó abandonad la ciudad al despuntar el día mudando de traje. Permaneced en Mantua: vuestro criado, á quien yo sabré encontrar, os instruirá de todo lo que acontezca en Verona y pueda interesaros. Vamos, jóven, dame tu mano y despedámonos; que se hace tarde. ¡Adios! ¡buenas noches!

ROMEO.

Padre mio, muy doloroso me seria abandonaros tan pronto, si una alegría mayor que todas no estuviese apoderada de mi corazon en este instante, y no me llamase cerca de Julieta. ¡Adios! (*Vase por un lado y fray Lorenzo por otro.*)

ESCENA IV.

Una sala en la casa de Capuleto.

Sulen CAPULETO, LA SEÑORA DE CAPULETO y PÁRIS.

CAPULETO.

Las cosas se han presentado mal, señor, y nos ha faltado tiempo para hablar á nuestra hija. ¡Le era tan querido su primo Tibaldo!... lo mismo que yo... tambien yo le queria mucho... ¡Cómo ha de ser! ¡Todos somos mortales!... La noche está muy avanzada, y la niña no bajará ya seguramente: á fe mia que nosotros

tambien nos habríamos ya recogido, si no hubiéramos tenido el honor de recibirnos.

PÁRIS.

No es este el momento oportuno de hablar de matrimonio; el amor y el duelo se avienen mal. ¡Adios, señora, tened la bondad de recomendarme á la memoria de vuestra hija!

(*Se dispone á marchar.*)

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Sí, señor, y de paso la interrogaré: mañana muy temprano sabré lo que piensa de nuestro asunto. Esta noche estaba muy triste, y el pesar la habrá obligado á recogerse más temprano.

CAPULETO.

(*Deteniendo á Páris.*) Mirad, señor conde; por mi parte y sin ningunas formalidades, me atrevo desde luego á aseguraros el amor de mi hija. Creo, ó más bien, estoy seguro de que en todo se dejará dirigir por su padre. Esposa mía, antes de recogeros pasad por el cuarto de Julieta; informadla de las intenciones y del amor del conde, á quien doy ya el nombre de hijo: decidle, acordaos bien de esto, que el miércoles próximo..... ¿el miércoles? ¿Qué día es hoy?

PÁRIS.

Lunes, señor.

CAPULETO.

¡Lunes! ¡oh! ¡oh! A fe mía que el miércoles será demasiado pronto; aplacemos el asunto para el jueves... Eso es, para el jueves: decidle que el jueves se desposará con el noble conde. Vamos, señor Páris, ¿estais contento? Ya veis que no se pierde ni un minuto. Tenedlo todo dispuesto. No habrá mucha gente; dos ó tres amigos lo más. Nos obliga á ello la muerte reciente de Tibaldo, nuestra buen pariente. Si la fiesta fuese brillante, se nos tacharia de ligeros y de inconsecuentes: media docena de parientes, y nada más... Con que el jueves... ¿Qué os parece?

PÁRIS.

Señor, que lamento que no sea jueves mañana.

CAPULETO.

¡Muy bien! ¡muy bien! Retirémonos, pues, y hasta el jueves.—Vos, esposa mía, id á preparar á la novia.—(*A Páris.*) Adios, señor conde!—(*A los criados.*) Id delante y alumbradme. Es ya tan tarde, que muy pronto será mañana. ¡Buenas noches, buenas noches!

ESCENA V.

Interior del cuarto de Julieta.

La aurora empieza á iluminar la escena. Ventana interior que da á un balcon. Aparecen en la escena ROMEO Y JULIETA.

JULIETA.

¡Ya! ¡Partir ya! ¡Pero si el día tardará todavía mucho en aparecer! Tu oído asustado ha creído escuchar el canto de la alondra, y estoy segura de que quien cantaba era el ruiseñor. Todas las noches viene á trinar debajo de mis ventanas entre el follaje de ese granado. Créeme, amor mio, porque estoy bien segura de ello; el que canta es el ruiseñor.

ROMEO.

No, es la alondra, la mensajera de la aurora, y no el ruiseñor. Mira, bien mio, esas cintas de fuego que se dibujan en el horizonte oriental, esas llamas celosas que desgarran las nubes. La noche ha quemado ya sus últimas luces, y se perciben en la cima de los montes los primeros albores de la alegre mañana. Es necesario que te deje para poder vivir, porque quedarme seria morir.

JULIETA.

No, no, esa claridad no es la claridad del día, yo lo sé muy bien; es algun metéoro, una luz que el sol exhala para que le anuncie con mucha anticipacion; es una claridad fantástica que marchará delante de ti esta noche y te guiará hasta Mantua. ¡Quédate, ah, quédate todavía! ¿Por qué me abandonas tan pronto?

ROMEO.

Tienes razon, me quedo. ¡Que me encuentren! ¡que me maten! ¿qué me importa? soy dichoso, y además tú me lo ordenas... No, no; esa luz gris no es la primera mirada del sol; esa luz es de la luna, cuya pálida frente proyecta desde lejos esos rayos oblicuos. Allá arriba, allá arriba, sobre nuestras cabezas, no es la alondra la que hiere con sus notas vibrantes la bóveda del cielo. Me quedo aquí, porque soy feliz quedándome; si partiese, moriria de tristeza. ¡Muerte, yo te saludo! ¡Ven, yo te amo, porque es Julieta quien te llama!... ¡Bien querido de mi alma, hablemos aun; el día está muy lejano.

JULIETA.

No; el día ha aparecido ya; ¡miralo! ¡miralo! ¡Véte, márchate, abandóname; huye, huye pronto! Esos acentos que se oyen tan próximos son el canto de la alondra; es ella la que nos separa. ¡Oh! ¡cómo han podido decir que su voz era dulce y su melodia encantadora! ¡Su voz odiosa nos separa; aparta nuestros enlazados brazos, toca la llamada de la aurora y

te arranca de mi seno! ¡Véte! ¡véte! ¡De minuto en minuto se esclarece el día!

ROMEO.

Y de momento en momento se oscurecen nuestros destinos.

Sale LA NODRIZA.

LA NODRIZA.

(Corriendo.) ¡Señora!

JULIETA.

¿Qué hay, nodriza?

LA NODRIZA.

Señora, vuestra madre va á venir á hablaros aquí mismo... ¡El día aparece: ¡cuidado! ved lo que haceis! (Vase.)

JULIETA.

(Abriendo la ventana que da al balcon.) ¡Ventana, ábrete! ¡luz del día penetra aquí!... ¡Y tú, luz de mi vida, abandóname!

ROMEO.

(Bajando por el balcon y tendiendo la mano á Julieta.) Un solo beso aun, y me marcho. (Abraza á Julieta, descende y desaparece.)

JULIETA.

(Mirando hácia abajo por el balcon.) ¿Y puedes marcharte así, mi dueño, mi amor y mi amigo? Es necesario que yo reciba noticias tuyas cada hora del día, porque cada hora de tu ausencia encerrará más de un día. ¡Ay de mí! ¡qué vieja, qué vieja seré cuando vuelva á ver á mi Romeo!

ROMEO.

¡Adios, amor querido! no perderé ninguna ocasion para enviarte noticias de tu fiel amigo.

JULIETA.

¡Oh! ¿y crees tú verdaderamente que nos volveremos á ver?

ROMEO.

¡No me cabe la menor duda!... ¡Y con qué placer hablaremos entonces de nuestras pasadas desdichas!

JULIETA.

¡Dios mio! ¡yo tengo aquí, en mi alma, un fatal presentimiento! ¡Ahora que estás al pié de este balcon, creo verte cadáver en el fondo de una tumba!... ¿Me engañan mis ojos?... ¡Me parece que estás muy pálido!

ROMEO.

Tambien me parece que tú estás muy pálida, amor mio. El pesar quema la sangre y seca la vida. ¡Adios! ¡Adios!

JULIETA.

¡Fortuna! ¡fortuna! todo el mundo habla de tu capricho: ¿por qué, pues, te ocupas de mi Romeo que es la constancia misma? ¡Oh! sé inconstante para devolvérmelo; no lo guardes mucho tiempo; envíame pronto al amigo de mi alma.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

(Dentro.) ¡Julieta, hija mia! ¿estás ya levantada?

JULIETA.

¿Quién llama? ¡madre! ¿no es esa su voz?... Pues me parece que es muy tarde para no haberse acostado ya, y muy temprano para estar levantada. ¿Qué motivo la trae aquí?

Sale LA SEÑORA DE CAPULETO.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Qué es eso! ¿qué tienes, Julieta?

JULIETA.

No estoy buena, señora.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Llorando siempre la muerte de vuestro primo! ¡bañando siempre con lágrimas una tumba insensible!... ¿Crees tú poder arrancarlo á la muerte y devolvérmelo á fuerza de llanto? Hija mia, un dolor razonable es prueba de afecto; pero una desesperacion inmoderada no revela más que falta de prudencia.

JULIETA.

Es una pérdida que me ha afligido con demasiada intensidad, madre mia. Permitidme que la llore.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Si no lo has de resucitar llorando!

JULIETA.

Pues por eso es por lo que lloro.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Di que lloras pensando que el mónstruo vive todavía.

JULIETA.

¡Mónstruo! ¿De quién hablais, madre?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

De Romeo, de ese miserable, de ese asesino.

JULIETA.

¡Ah! miserable y Romeo son dos palabras que no conciertan... ¡Que Dios le perdone! Por mi parte le perdono desde el fondo de mi corazón... ¡Ay! es él, él solo el que causa todas mis penas...

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Sí, sí; tú deploras que ese traidor, ese asesino esté aun con vida.

JULIETA.

Sin duda alguna. ¿Por qué no está aquí? ¿por qué no se habian de encargar mis manos solas de la venganza?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Ya nos vengaremos, ya nos vengaremos. No llores más; que yo tengo mis designios. Un hombre de toda mi confianza marchará pronto á buscar al miserable fugitivo que habita en Mantua, y la pocion que le administrará lo enviará en seguida á hacer compañía á Tibaldo. ¿Estarás entonces contenta?

JULIETA.

¿Yo?... No estaré contenta hasta que no vuelva á ver á Romeo, es decir, hasta que no lo vea muerto. ¡Cuán profundamente me ha afligido este desgraciado acontecimiento! ¡Cuánto padece mi corazón! Señora, buscad un hombre que quiera suministrar á Romeo un veneno; buscadle, que yo me encargo de lo demás. Romeo dormirá bien cuando haya tomado el brebaje, que yo le prepare, os lo juro... ¡Ese nombre hace temblar mi corazón!... ¡Cuando lo oigo pronunciar y pienso que me es imposible llegar hasta él!... ¡Oh! que no pueda yo tener una ocasión para demostrar todo el afecto que Tibaldo me inspiraba y todos los sentimientos que el otro me inspira!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Inventa un medio de venganza que te satisfaga, porque el hombre que se ha de encargar de todo está ya dispuesto.... Pero á propósito, querida niña, tengo alegres noticias que comunicarte.

JULIETA.

En estos momentos cualquiera alegría será un consuelo para mí. Pero ¿qué noticias son esas, madre?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Tu padre, bella niña, es un buen padre; te prepara una gran felicidad, un día de fiesta que te hará olvidar fácilmente todos tus pesares; una alegría imprevista que tú no te hubieras podido imaginar, y que yo misma no preveía.

JULIETA.

¿De qué día habláis, señora?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Del jueves próximo, chiquita mía. Si, el jueves por la mañana, un noble conde, un galante caballero, el distinguido Páris te conducirá á la iglesia de San Pedro, á tí, hija mía, su afortunada y alegre esposa.

JULIETA.

¡Alegre! ¡Dichosa! ¡Oh! os juro aquí por san Pedro y su iglesia, que no seré lo uno ni lo otro. ¡Tanta prisa, en verdad que me asombra! ¡Se me casa antes que mi prometido haya venido á hablarme de sus proyectos y de sus deseos! Os ruego, madre, que digáis á mi padre y á mi señor que no estoy dispuesta á casarme todavía.... Antes me casaría, estad segura de ello, con ese Romeo á quien detesto, que con el conde Páris... ¡Vaya unas buenas noticias!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Mira, tu padre llega; háblale y verás lo que te dice.

Salen CAPULETO Y LA NODRIZA.

CAPULETO.

¡Ah! ¡Ah! ¡Con que en efecto se llora aquí, y se llora á torrentes! Por la noche, cuando el sol se ha ido, hay rocío; y por la marcha del primo vos no os contentáis con menos de un chaparrón. ¡Diantre, señorita! ¡qué torrentes de lágrimas! ¡Siempre lágrimas! eso es una tempestad, un diluvio; y me parece demasiado.... ¿Quieres hacer quizás de tus ojos un océano con su flujo y su reflujo? ¿y de tus suspiros un viento impetuoso? ¿y de tu persona una barquilla que bogue por un mar de lágrimas? Naufragarás, niña mía, si eso continúa así: es necesario un poco de calma, ó la barca zozobrará, y terminaremos así el viaje. (A la señora de Capuleto.) Señora, ¿habeis indicado á Julieta mis intenciones?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Sí, señor; pero ha sido trabajo inútil. Da las gracias, y rehusa ¡la loca! Yo quisiera que tuviese por marido una mortaja.

CAPULETO.

¡Ah diablo! veamos eso, esposa mía; enterémonos bien. ¡Con que la señorita está orgullosa, la señorita rehusa y da las gracias! ¡Ah! ¡ah! con que no sabe agradecerme que le haya proporcionado un marido como el conde, un señor demasiado digno para una muchachuela como ella.

JULIETA.

Yo no tengo orgullo, padre; al contrario, estoy muy agradecida. ¿Cómo habia de estar yo orgullosa por obtener una cosa que aborrezco? El que pretende amarme, y á quien yo detesto, no puede aspirar más que á mi agradecimiento, y yo se lo ofrezco de buena voluntad.

CAPULETO.

¡Ah! ¿qué es eso? ¿que es eso? ¿Con que la señorita discute? ¿Con que nos equivocamos; no

rehusa por orgullo, sino por gratitud? ¡Oh señorita habladora; no me atormentéis, si gustais, con vuestro orgullo y vuestro agradecimiento, y preparaos para el jueves que ha de tener lugar la ceremonia. Nada; el jueves próximo ireis á la iglesia con el conde, señorita; venid de buen grado, ó yo os llevaré á la fuerza. ¡Ah bribonzuela! ¡ah pecorilla! ¡ah carita de cera! ¡ya nos veremos! ¡ya nos veremos!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Quitad allá, señor! ¿estais loco?

JULIETA.

(De rodillas delante de su padre.) Mi buen padre, de rodillas os suplico que os calmeis un poco; escuchadme solo dos palabras.

CAPULETO.

¡Id al diablo, hija desobediente! ¡Andad, perversa! Os advierto muy formalmente que el jueves se verificará el matrimonio, y no me tenéis que hablar más de este asunto. ¡Diablo! ¡diablo! la mano me tiembla. (A su mujer.) Esposa mia, creíamos que Dios dispensaba alguna gracia á nuestro matrimonio conservándonos esta niña... Dios debería llevarnosla, porque creo que es una maldicion en lugar de una bendicion... ¡Picara! ¡miserable!

LA NODRIZA.

¡Qué Dios la bendiga! Le reñís demasiado severamente, señor; sois excesivamente duro con ella.

CAPULETO.

¡Ah! ¡ah! ¿Cómo es eso, señora mia? Pues mirad, consejera oficiosa, hacedme el gusto de callaros; id á hablar con vuestras comadres, y dejadme en paz.

LA NODRIZA.

Me parece que lo que os he dicho no es un crimen.

CAPULETO.

¡Basta, os digo!

LA NODRIZA.

¡Qué! ¿no se puede hablar con vos, señor?

CAPULETO.

¡Silencio, vieja loca! Guardad vuestra elocuencia, para emplearla con vuestras iguales, cuando vayais á echar un trago con ellas. Por ahora no tenemos necesidad de oiros.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Vamos, señor; os mostrais demasiado violento.

CAPULETO.

¡Ira de Dios! ¡esa hija me volverá loco! De día, de noche, en mi casa, fuera, en mis paseos, y

en mis sueños, hace mucho tiempo que no me preocupo más que con el pensamiento de casarla. Consigo hallar un caballero de familia de príncipes y con extensos señoríos, jóven, educado como conviene á un noble, lleno de buenas cualidades, un yerno, en fin, como pudieran desearlo todos los padres para sus hijas; y esta loquilla se pone á llorar, á gemir, y á desesperarse, cuando vengo á ofrecerle su fortuna. Y me contesta: «no me casaré, soy muy jóven: no puedo amarle, os ruego que me dispenseis...» ¡Ah! ¿si? pues no te cases, y ya verás si te perdono! te irás á donde te parezca, porque en mi casa no te recibiré más. Piénsalo bien, y fija en ello tu atencion, porque yo no acostumbro á chancharme. El jueves se aproxima; mete la mano en tu pecho, y decidete. Si te determinas á ser una hija obediente, serás la esposa de mi amigo; si rehusas obedecerme, véte al diablo, á la horca, á donde quieras; mendiga tu pan ó muérete de hambre por las calles; porque yo juro á Dios y á mi alma que jamás te reconoceré por hija mia; jamás recibirás una hilacha de nada de lo que me pertenece ó de lo que me atañe. Esto es lo que acuerdo y resuelvo. Ten cuidado y acuérdate bien; porque te empeño mi palabra de que lo haré así, y puedes estar segura de que no faltaré á ella. (Vase.)

JULIETA.

¿No hay piedad allá arriba, en el cielo? ¿no hay un ángel tutelar que vea toda la intensidad de mi pena en el fondo de mi alma? ¡Madre mia! ¡madre mia! ¡no me rechaceis! ¡os suplico que me concedais un solo mes, aunque solo sea una semana de respiro! No verifiqueis ese matrimonio, y si lo haceis, preparad la boda en ese monumento fúnebre en que mi primo Tibaldo reposa.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

No me habéis más; no me pidais nada. Haced lo que querais, pues este es ya negocio decidido. (Vase.)

JULIETA.

¡Dios mio! ¡pobre nodriza mia! ¿qué haremos ahora? Mi esposo vive, y el cielo ha recibido mi juramento: ¿cómo he de ser infiel á la palabra que he dado, mientras que mi marido pueda reclamarla como suya? ¡Consuélame, nodriza! ¡aconsejame! ¡Dios mio! ¿por qué el destino tiende lazos á una pobre niña tan débil como yo? ¿Pero no me dices nada, nodriza? ¡Qué! ¿ni una palabra de consuelo? ¿ni una palabra siquiera? Te ruego que me consueles un poco.

LA NODRIZA.

¿Queréis á fe mia que os consuele? Pues bien; Romeo está desterrado, y yo apuesto todo lo que queráis á que no vuelve jamás á reclama-

ros el cumplimiento de ninguna palabra. Si se atreve á hacerlo será completamente de escondidas..... Pues bien, ya que el asunto está en tal estado, señorita, mi opinion es que no teneis más remedio que casaros con el conde Páris. Verdaderamente, este es amable, y un bello y brillante caballero. ¿Qué es Romeo en comparacion de Páris? Nada absolutamente. ¿No habeis parado la atencion en los ojos del conde? Un águila no los tiene de más brillo, ni más vivos y penetrantes. Por mi fe y por mi salvacion que vuestro segundo matrimonio vale cuando menos tanto como el primero, si no vale más; y por lo tanto, poco importa el cambio: haceos cargo que vuestro primer marido ha muerto, ó poco menos.

JULIETA.

¿Y eso me lo dices sinceramente?

LA NODRIZA.

Con toda mi alma, señorita; con todo mi corazon. Si me queda otra cosa, que Dios nos castigue á las dos.

JULIETA.

Pues entonces, hágase así.

LA NODRIZA.

¿De veras quereis que se arregle así?

JULIETA.

Si; has conseguido consolarme de un modo maravilloso. Me parece eso bien: vé, vé á hablar á mi madre, y dile que afligida por haber disgustado á mi padre, me he marchado á la celda de fray Lorenzo a quien voy á pedirle la absolucion de mi pecado.

LA NODRIZA.

Voy corriendo; eso está muy bien pensado. Gracias á Dios que os poneis en la razon, señorita!

(Vase la nodriza.)

JULIETA.

Vé, vieja maldita; anda, consejera perversa; no sé si te detesto más por el perjurio á que me incitas, ó porque osas injuriar al dueño de mi vida, y ultrajarle con la misma boca con que tantas veces le has elogiado, colocándolo sobre todo lo del universo. Marcha, infame tentadora, que desde este dia no habrá nada comun entre tú y yo... Corro á la celda del buen padre Lorenzo; le pediré socorro, y si no alcanzo ningún remedio á mi mal, siempre me queda un asilo, que es la tumba. (Vase.)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

El interior de la gruta habitada por fray Lorenzo.

Salen FRAY LORENZO Y EL CONDE PÁRIS.

FRAY LORENZO.

¿El jueves decís, señor? Me parece muy pronto.

PÁRIS.

Tal es la voluntad del señor Capulet, padre mio. Me ha parecido peligrosa tanta precipitacion; pero han sido en vano todos los obstáculos que he querido oponer para que la ceremonia se aplace.

FRAY LORENZO.

Segun me habeis dicho, ignorais todavía las intenciones de vuestra prometida. Verdaderamente seguis una senda muy arriesgada; todo esto me agrada poco.

PÁRIS.

Desde la muerte de su primo Tibaldo, Julieta está sumergida en un pesar que no puede desecharse; rehusa toda clase de consuelos, y no quiere oír hablar de amor. A Venus no le gustan mucho las lágrimas... Su padre le reprende, porque no quiere que se abandone así, tan inconsideradamente, á la desesperacion. Para detener el curso de este dolor extremo, ha creído, en su prudencia, deber apresurar nuestra union: la soledad, dice, aumenta las penas en que está fijo el pensamiento de su hija, y este matrimonio podrá cuando menos distraerla... Ahora ya sabeis, padre mio, los motivos de esta precipitacion.

FRAY LORENZO.

(Ap.) Tambien sé demasiado ¡ay de mí! los motivos que hay para suspender ese asunto. (A Páris.) Conde, ahí viene la misma novia, y segun creo se dirige á mi celda.

Salte JULIETA.

PÁRIS.

Es una dicha para mí encontraros, señora; á vos, que muy pronto habeis de ser mi esposa.

JULIETA.

Quando me case, señor, entonces tal vez podré llegar á ser lo que decís.

PÁRIS.

Cuento con esa dicha que me está reservada: el jueves debo ser vuestro esposo.

JULIETA.

Lo que deba ser será.

FRAY LORENZO.

Palabras del Evangelio.

PÁRIS.

¿Vendreis sin duda á confesaros con este buen monje?

JULIETA.

Si os contestase, seriais vos, conde, mi confesor.

PÁRIS.

¡Pues bien, decidle, decidle que me amais!

JULIETA.

Me contentaré por ahora con deciros que le quiero á él.

PÁRIS.

Decid de mí otro tanto.

JULIETA.

Suponiendo que así fuese, esa confesion hecha en ausencia vuestra tendria mucho más valor que si la hiciera delante de vos.

PÁRIS.

¡Ay de mí! ¿Por qué dejais que esas lágrimas surquen tan bellas mejillas?...

JULIETA.

Su belleza no vale la pena de que se tenga cuidado de ellas, y yo perdono á las lágrimas el que las desfiguren.

PÁRIS.

Las injuriais; y vuestras mismas lágrimas son menos crueles que vos.

JULIETA.

No, señor, no; la injuria no existe, puesto que hablo de mí, y es á mi sola á quien me dirijo.

PÁRIS.

Julieta, tú calumnias tu belleza, que ya me pertenece.

JULIETA.

Sea para vos, pues, si la quereis; por mí, renuncio á ella. (*A fray Lorenzo.*) Buen padre, ¿estais ocupado? Porque en ese caso volveré esta tarde después de visperas.

FRAY LORENZO.

Estoy á vuestra disposicion, mi pensativa y triste niña. (*A Páris.*) Os rogamos, caballero, que nos dejéis solos.

PÁRIS.

¡Dios me libre de interrumpir á mi prometida en sus piadosos deberes! Julieta, el jueves bien temprano os despertará mi voz. Hasta ese día, adios (*La abraza.*), y que este beso de esopo se conserve en vuestra frente. (*Vase.*)

TOMO IV.

JULIETA.

(*Al monje.*) ¡Oh! cerrad la puerta, y en seguida volved, padre, volved á llorar conmigo... ¡Ya no hay remedio, ni esperanza, ni socorro!

FRAY LORENZO.

¡Ah Julieta! comprendo tu dolor. Lo sé todo, y mi espíritu se fatiga en vano para hallar un remedio. Sé que el jueves próximo debes casarte con el conde Páris; y tambien sé que nada en el mundo podrá hacer que se retarde ó aplace ese fatal momento.

JULIETA.

Padre, no me vuelvas á decir eso, si no tienes ningun remedio que ofrecerme. ¿No encuentras en tu sabiduria ningun alivio para mis males? Porque entonces tendrás que darme á mí el nombre de sábia, si puedo conseguir hacer de este puñal el consuelo de mis penas. Dios ha enlazado mi corazon con el de Romeo; tú has unido nuestras manos. Antes que esta mano que le entregaste mediante un pacto sagrado llegue á ser conquistada por otro hombre, antes que mi corazon perjuro se rebelde contra su legitimo dueño, este puñal aniquilará á los dos. Busca en tu larga experiencia consejos que ofrecerme, y sobre todo, proporcioname un remedio que cure mis males presentes; pues de lo contrario este acero que ves en mi mano decidirá como árbitro entre la muerte y yo. El cortará el nudo que tus largos años y tu razon profunda son incapaces de desatar con honor. No vaciles; apresúrate á decidir. Si tus palabras no envuelven un consuelo eficaz para mis penas, tengo sed de morir.

FRAY LORENZO.

¡Un instante, hija mia! Entreveo un rayo de esperanza; pero la resolucion que necesita el acto que hay que llevar á cabo es tan desesperada como el crimen que quisiera evitar. Dime: ¿estás completamente decidida á perecer por tu propia mano, antes que casarte con el conde Páris? ¿es bastante fuerte tu voluntad en este punto? Si fuese así, todavia habria medio de evitar la vergüenza que te amenaza, abrazando un partido extremo que es casi la muerte, á la que tendrás que mirar frente á frente y acariciarla para poderte escapar después de ella. Si te atreves á eso, aun puedo ofrecerte un remedio.

JULIETA.

¡Oh! antes que casarme con Páris, dime: Julieta, es necesario que te precipites desde las almenas de esa torre; que vagues por esos caminos desiertos que infestan los ladrones; que te arrastres por la tierra como se arrastran las serpientes; que te dejes amarrar al otro extremo de la cadena que sujeta al oso salvaje; que te encierres por las noches en la gruta de los muertos, revolviéndote entre los huesos

blanquecinos que se cascan al chocar unos contra otros, y que nades entre asquerosos restos cubiertos de sangre inficionada y entre los cráneos esparcidos en las sepulturas. Dime esto, ó dime si no que me arroje en una tumba reciente, me abraze con el cadáver y me cubra con su propia mortaja. Proponme todo lo que más espanta, todo aquello cuya sola idea me haya hecho temblar de horror, y me verás obedecer sin vacilacion y sin temor; obedeceré, si, á fin de permanecer fiel á mi tierno y único amor.

FRAY LORENZO.

¿Estás verdaderamente resuelta?... Pues entonces escucha las instrucciones que voy á darte y obedécelas: vuelve á casa de tu padre con aire complaciente y alegre, y dile que consientes en el matrimonio que te ha propuesto. Mañana, que es miércoles, ten cuidado de quedarte sola en tu cuarto por la noche. Procura alejar á tu nodriza, y después que estés acostada, te bebas el licor destilado que contiene este pomito de cristal que te entrego. En el momento que acabes de beberlo, se extenderá por tus venas un frio glacial; se amortiguarán todos tus alientos vitales; cesará completamente de latir tu pulso, y te quedarás sin fuerzas y sin calor; tu vida parecerá extinguida, un color de ceniza cubrirá las rosas de tus labios y de tus mejillas; se hundirán tus párpados y te quedarás toda como si se hubiese terminado tu existencia, como si la muerte hubiera impreso en todo tu cuerpo su fatal sello. Tus miembros quedarán sin flexibilidad alguna y dejarán de obedecer á tu voluntad; estarán frios, muertos y rígidos; y por último, tu semblante presentará todos los síntomas y señales que se distinguen en los de los cadáveres. Así permanecerás cuarenta y dos horas; después te despertarás tan contenta y tan descansada como cuando acabas de disfrutar de un dulce y tranquilo sueño. En la mañana del día señalado para tu boda el novio te encontrará muerta en el lecho; procurará despertarte, pero será en vano. En seguida, como es costumbre en Italia, te se colocará en el féretro con la cara descubierta y te se engalanará con tus más ricos atavíos y te depositará en el antiguo panteon donde reposa toda la raza de los Capuletos. Mientras tanto yo escribiré á Romeo informándole de todos nuestros designios: vendrá en seguida, y velaremos los dos junto á tí esperando que vuelvas á la vida, y después aprovecharemos la noche para hacer que te conduzcan á Mantua. De este modo te salvarás, librándote de las cadenas y del oprobio que quieren imponerte. Antes de decidirte, piénsalo bien, no sea que después por un vano capricho ó por un temor pueril pierdas el valor y trates de arrepentirte en el momento más crítico.

(Le entrega un frasquito de cristal lleno del narcótico de que ha hecho mencion.)

JULIETA.

Dadme ¡oh! dadme ese veneno: ¿qué temor quereis que tenga?

FRAY LORENZO.

Vamos, vigor y ánimo; que esa resolucion puede salvaros. Marchaos, que yo voy á enviar á uno de nuestros monjes á Mantua para prevenir á vuestro esposo.

JULIETA.

¡Amor, dame fuerzas; y que estas fuerzas me devuelvan la felicidad! ¡Adios, querido y venerable padre!

(Vanse Julieta por un lado y el monje por otro.)

ESCENA II.

Una sala del palacio de los Capuletos.

Salen CAPULETO, LA SEÑORA DE CAPULETO, LA NODRIZA Y VARIOS CRIADOS.

CAPULETO.

(Con un papel en la mano que entrega á un criado.) Aquí tienes la lista de los convidados; no dejes de avisarles á todos. *(Sale el criado.)* *(Dirigiéndose á otro.)* Tú me vas á buscar veinte buenos cocineros que me hacen falta.

EL CRIADO.

Yo os respondo de que valdrán su peso en oro. Si no supiesen perfectamente su obligacion...

CAPULETO.

¿Y cómo te asegurarás tú de que saben perfectamente su obligacion?

EL CRIADO.

Los pondré á prueba. Si acostumbran á gustar las salsas, señal de que son excelentes; si se chupan los dedos, entonces es que son admirables... Si no...

CAPULETO.

Vamos, anda corriendo. *(Vase el criado.)* Esta vez nos faltarán bastantes cosas. ¡Y bien! ¿fué mi hija á ver al hermano Lorenzo?

LA NODRIZA.

¡Oh! si, Dios mio!

CAPULETO.

Me alegro, porque espero que el monje le hará entrar en razon. Por supuesto que lo que tiene no es más que una obstinacion de chiquilla.

Sale JULIETA.

LA NODRIZA.

Aquí está, señor; y parece que viene muy alegre de la celda de su confesor.

CAPULETO.

¡Ah! ¡ah! ¡caprichosilla! ¿De dónde venis ahora?

JULIETA.

De ver á un santo hombre que me ha enseñado á arrepentirme de mi desobediencia. El venerable padre Lorenzo me ha ordenado que me eche á vuestros piés y os pida perdón... ¡Perdonadme, pues, padre; vuestros deseos serán siempre órdenes para mí!

CAPULETO.

¡Bien! ¡muy bien! Que se vaya á buscar al conde. Es necesario que sepa lo que pasa: mañana por la mañana quiero que todo esté ya concluido, acabado y sin que tenga apelacion.

JULIETA.

La casualidad me ha hecho encontrar al jóven conde en la celda del padre Lorenzo; le he manifestado todo el interés que permitia la decencia, y la conversacion ha sido familiar, pero sin traspasar los límites de la reserva.

CAPULETO.

¡Ah! ¡gracias á Dios que estoy contento y satisfecho! Reanimaos, Julieta; las cosas van ahora como deben ir. Quiero ver al conde; es necesario ¡pardiez! que yo mismo vaya á buscarle. ¡Ese hermano Lorenzo es un venerable y santo hombre, y por mi fé, juro que es una bendicion para la ciudad de Verona.

JULIETA.

Venid conmigo, nodriza, y me ayudareis á elegir los trajes y las galas que necesitare mañana.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

No, ahora no; si tenemos tiempo de sobra.

CAPULETO.

Haced lo que os ha dicho mi hija, nodriza; acompañadla, porque yo deseo que la boda se celebre mañana mismo. (*Vanse Julieta y la nodriza.*)

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Apenas nos quedan algunas horas para arreglarlo todo. Muy pronto será de noche.

CAPULETO.

Yo ayudaré, yo ayudaré, esposa mia, y os respondo de que todo saldrá á pedir de boca.

Id al cuarto de Julieta á ayudarle á preparar sus atavíos. Yo no me acuesto esta noche; dejadme hacer; que me encargo yo solo de la direccion de la casa... ¡Y bien! todo el mundo ha salido? pues yo voy tambien á salir á buscar al conde París y á advertirle que esté pronto. Tengo el corazon alegre y ligero; á fe mia que me place que esa pequeñuela se haya avenido á la razon. (*Vanse.*)

ESCENA III.

El cuarto de Julieta.

Salen JULIETA Y LA NODRIZA.

JULIETA.

Si: asi es como debo estar ataviada. Déjame sola esta noche, mi buena nodriza: te lo pido por favor. Me hace falta orar, orar mucho á Dios, porque tengo gran necesidad de toda la piedad del cielo. Le pediré que me sonria al fin, ya que he sido tan desgraciada. Tú sabes que soy muy desgraciada, y que el pecado y el pesar llenan mi vida.

Sale LA SEÑORA DE CAPULETO.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¿Qué haces, hija mia? ¿Quieres que te ayude?

JULIETA.

No, señora; ya tenemos dispuesto todo lo que se necesita para la ceremonia de mañana. Os ruego que me permitais quedar sola, y que mi nodriza pase la noche en vuestro aposento. Esto se ha hecho muy de prisa, y vos tendreis, estoy segura de ello, mucho que hacer.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Pues entonces, buenas noches. Acuéstate y descansa, que tienes necesidad de ello, hija mia.

(*Vanse la señora de Capuleto y la nodriza.*)

JULIETA.

¡Adios, madre mia!... ¿Cuándo nos volveremos á ver? ¡Dios lo sabe! Un frio mortal penetra en mis venas, y parece pronto á helarse el calor de mi vida. Voy á llamar á alguien; me falta el valor. (*Llama*) ¡Nodriza!... Pero ¿para qué tengo necesidad de ella? ¿Qué hará aqui? Esta es una triste escena que debo desempeñar yo sola... ¡Venga el veneno!... (*Saca de su seno el frasquito que le entregó fray Lorenzo.*) Si este brebaje no tuviese la virtud que el padre me ha dicho, me casarian á la fuerza... ¡Yo! ¡casada yo con el conde París! ¡No, no; yo lo evitaré!... ¡Y si este brebaje que el monje me ha dado fuese un veneno! ¡Si su artificio hubiese preparado mi muerte! ¡Si quisiera que yo desapareciese

por temor de la responsabilidad que le exigirán si un día se sabe la parte misteriosa que ha tenido en mi matrimonio con Romeo! ¡Oh, si fuese así!... (Una pausa.) Tengo miedo... (Se detiene aun.) Pero, no; yo le calumnio; es un santo hombre, que está acreditado como tal. ¡Oh! no, yo no debo abrigar tan villano pensamiento... Pero supongamos que una vez acostada en mi tumba me despierto antes de la hora en que Romeo debe llegar. ¡Ah! ¡es terrible esta idea, muy terrible! ¡Si me ahogaré! ¡desgraciada de mí! en aquel antro inmundado en donde el aire vital y puro no penetra jamás! ¡Si moriré allí sofocada antes que vuelva mi Romeo!... ¡Ah!... Y si vivo, ¿qué será de mí? Las sombras, la muerte y el terror del lugar me postrarán bajo aquellas bóvedas, en aquel medroso santuario donde hace tantos años que están enterrados los huesos de mis antepasados, donde Tibaldo, manando sangre aun, Tibaldo, á quien la tierra cubre apenas, está tendido envuelto en su reciente mortaja; en esas cavernas en donde, segun dicen, se reunen á ciertas horas de la noche las fantasmas y las sombras... ¡Ay Dios mio! ¿y qué haré yo allí? ¿No es de temer que la locura se apodere de mi espíritu? Abriré mis ojos y me veré envuelta en vapores inmundos, y me espantarán los horribles alaridos y los dolorosos gemidos; y mi razon, aunque fuera tan fuerte como la del hombre más valiente y más robusto, se trastornará ante tan espantosos espectáculos... ¡Oh! ¿qué será de mí? ¿qué será de mí cuando me despierte y me vea rodeada de tan espantosos terrores? Caeré en tierra; mis manos insensatas tropezarán con los esqueletos de mis abuelos y sacarán de su sepulcro los restos mutilados de Tibaldo; la calavera de uno de mis antepasados caerá como una maza y hará pedazos mi pobre cabeza, á quien tantos dolores habrán ya privado de la razon... ¡Oh! ¡me parece que lo veo! ¡me parece que lo veo! ¡Es mi primo Tibaldo! y persigue á Romeo, cuya espada ensangrentada lleva atravesada en el pecho. ¡Detente, Tibaldo! ¡por favor detente!... (Se decide y lleva el frasco á sus labios.) ¡Oh, allá voy, esposo mio; ¡á tí te busco, á tí te bebo! (Bebe el contenido del frasco, se arroja sobre su cama y se queda dormida.)

ESCENA IV.

Una sala en la casa de los Capuletos.

Salen LA SEÑORA DE CAPULETO y LA NODRIZA.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

(Ap.) Aquí tienes las llaves, nodriza: (Le entrega un manojó de llaves.) vé á buscar espaldas.

LA NODRIZA.

En la cocina piden canela y jengibre... corro á buscarlo.

Sale CAPULETO.

CAPULETO.

¡Vamos, que se muevan, que se apresuren! ¡vivo! ¡vivo! el tiempo se va; acaban de dar las tres. Mucho celo, buena nodriza; vigilad los asados, cuidad de todo y no permitais que ninguno se escurra á la despensa.

LA NODRIZA.

Ta... ta... ta... ta... ¿Quereis iros á acostar, señor? Mañana estareis enfermo, palabra de honor. Esta trasnochada os hará mal.

CAPULETO.

No lo creas; sin tan gran motivo he pasado muchas veces toda la noche en vela, y no he tenido mal ninguno.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Sí, ya sabemos que habeis hecho de las vestras, allá en vuestro tiempo; ya sabemos eso: el señor velaba; pero nosotras velaremos tambien ahora. (Vase con la nodriza.)

CAPULETO.

La mujer es la encarnacion de los celos. Todas son iguales. (Salen varios criados con asadores, troncos de leña y cestos.) ¿Qué traeis ahí, muchachos?

CRIADO PRIMERO.

Es para la cocina; pero yo no sé lo que hay.

CAPULETO.

¡Vaya, pues corred, despachaos pronto! ¡Arriba todo el mundo! A ver; este tronco está demasiado verde; que vayan á buscar otros y que los escojan más secos... Tú, galopin, busca á Pedro, qué él te dirá dónde estan.

(Vase el primer criado.)

CRIADO SEGUNDO.

Ya sabrá encontrarlos él; que no es tan leño como vos creeis.

CAPULETO.

Yo creo que este tunante se burla de mí... ¡Vamos, vivo, vivo, señor del Leño!... la noche avanza, y el novio no puede tardar en llegar con los músicos; porque meha ofrecido estar aquí al despuntar el día. (Se oye el sonido de una armonia lejana, que se va aproximando poco á poco y que debe anunciar la llegada del desposado.) ¡Pardiez, ahí está!... ¡Vamos, nodriza, esposa, venid!

Salen LA NODRIZA.

CAPULETO.

¡Despertad pronto á Julieta y vestidla, mientras yo hablo un momento con París. ¡Más vivo! ¡más vivo! que á un marido no se le debe hacer esperar nunca. ¡Vamos! ¿no me oís? Despacbad pronto. (*Vase dando prisa á la nodriza y empujando á los criados.*)

ESCENA V.

El cuarto de Julieta.

Aparece JULIETA tendida sobre su cama, pálida é inmóvil. LA NODRIZA se acerca al lecho corriendo.

LA NODRIZA.

¡Señora! ¡Señora! ¡señorita! ¡Julieta! ¡chiquita mia! ¡Vamos, vamos, perezosa, despertaos, que ya es hora! ¡Diablo! ¡cómo duerme! ¡Vamos, vamos, mi jóven señorita, hijita mia, mi linda desposada!... (*La agarra por un brazo y trata de despertarla.*) ¡Qué! ¿no me contestáis? ¡Por mi fe que tiene sueño para quince días!... ¡Sigue amodorrada! ¡Es el sueño más extraño que yo he visto! Y el asunto es que hay precision de despertarla. ¡Señorita! ¡Señorita! ¿no me oís? Mirad que llega el novio: ¿queréis que os encuentre en la cama? (*Toma á Julieta en sus brazos, la levanta de un modo conveniente y la suelta después, cayendo el cuerpo á plomo como el de un cadáver.*) Pero, ahora observo que no está desnuda. ¿Qué significa esto? Cae tiesa como si estuviese muerta. ¡Señora! ¡Señora! ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué desgracia! ¡está fria! ¡oh! ¡está muerta!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Venid, venid, que mi ama está muerta! ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡y para esto vivo yo! (*Dirigiéndose á un ángulo del teatro.*) ¡Un poco de aguardiente! ¡traed aguardiente! ¡Señor! ¡Señora! ¡venid! ¡Que venga todo el mundo! (*Llega corriendo la señora de Capuleto.*)

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¿Qué significa todo este ruido?

LA NODRIZA.

¡Desgraciado día! ¡Desgraciado día!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¿Qué teneis, nodriza?

LA NODRIZA.

¡Mirad, señora! (*Le señala hácia el techo y le muestra á Julieta inmóvil.*) ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Gran Dios! ¡Julieta! ¡niña mia! ¡hija de mis entrañas! ¡mirame, vuelve en tí, abre los ojos!

¿Quieres que muera de sentimiento?... ¡Socorro, socorro! ¡Nodriza, pedid socorro!

Salen CAPULETO.

CAPULETO.

¡Y bien! ¡Vamos! ¿Qué es esto? Conducid á Julieta; que su esposo la espera.

LA NODRIZA.

(*Sollozando.*) ¡Está muerta! ¡Está muerta! ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡está muerta!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Gran Dios! ¡Está muerta! ¡está muerta!

CAPULETO.

(*Acercándose al lecho donde Julieta está tendida.*) ¡Ah! dejadme verla. ¡Desdichado de mi; está fria! ¡Hay una rigidez mortal en todos sus miembros, y no circula su sangre! ¡Hace ya tiempo que la vida se ha escapado de su cuerpo! ¡La muerte se ha apoderado de mi hija; la más dulce flor de nuestros campos ha sido destruida por el huracan! ¡Suerte maldita! ¡Desgraciado de mi!

LA NODRIZA.

¡Oh, miserable día!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Horrible momento!

CAPULETO.

No puedo hablar; la lengua se me pega al paladar. La muerte que me ha arrebatado á mi hija, me quita tambien la accion y el pensamiento.

Salen FRAY LORENZO y PÁRIS, ataviado para las bodas y precedido de los músicos.

FRAY LORENZO.

¿Está pronta la desposada? Avisadle que la esperan en la iglesia.

CAPULETO.

¡Está pronta; está dispuesta: irá, pero no volverá jamás! (*Al conde París.*) ¡Oh, hijo mio! Durante la noche un monstruo ha entrado en el cuarto de tu desposada... Era una linda flor, y la ha cogido la mano del esqueleto!... ¡Mira lo que ha hecho con ella!... ¡El espectro de la muerte es mi yerno y mi heredero! ¡El me ha robado á mi hija; sí, me la ha robado! ¡Ay! voy á morir y á dejárselo todo.

PÁRIS.

¡He esperado tan largo tiempo; he deseado con tanto ardor que llegase este momento para presenciar semejante espectáculo!

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Atroz día! ¡Día infame! ¡Día execrable! ¡Hora maldita! ¡la más maldita de todas las que el tiempo ha contado en su larga y trabajosa peregrinación! ¡Yo no tenía más que una hija, una pobre niña que me amaba, un solo sér que hiciera mi alegría y mi consuelo, y la muerte me la ha arrebatado!

LA NODRIZA.

¡Oh! ¡qué día! ¡qué día! ¡qué pesar! ¡qué dolor más espantoso! Es el más negro de los días, el más atroz de los dolores. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

PÁRIS.

¡Decepcion, desesperacion, divorcio, condenacion, ruina total! ¡Oh muerte! ¡qué de esperanzas engañas! ¡cuánto amor y cuántas vidas destruyes de un solo golpe! Ya que te has llevado mi amor y mi vida, llévame á mi también, pues todo te pertenece.

CAPULETO.

(Arrancándose los cabellos.) ¡Hija mia! ¡Pobre hija mia, que has muerto mártir, que has muerto entre las lágrimas y la desesperacion! ¡Y habia de ser esta noche misma, en medio de la solemnidad de tus bodas, cuando la muerte habia de arrebatarte y asesinar nuestra dicha! ¡Hija mia, hija de mi alma, contéstame! ¡tú, que eres mi vida, contéstame! ¿estás muerta? ¿estás verdaderamente muerta? ¡Ay de mi, sí, ha muerto, y toda mi dicha con ella!

FRAY LORENZO.

¡Silencio! ¡calma! ¡calma! ¿no os avergüenza el entregaros de ese modo á tan inmenso dolor? ¿Es acaso la desesperacion un remedio para curar los males de esta especie? Volved á la razon. Esta niña tan jóven y tan pura no os pertenecía á vos solo: Dios era su padre, como vos, y se la ha llevado consigo; se la ha llevado, porque la ama. Conservándola con vosotros ¿podriais preservarla de la muerte? No. Pues bien, el cielo la preservará de todos los males de la vida. ¿Qué queriais para ella, vosotros que tanto la amábais? ¿no era su felicidad, su exaltacion, su gloria? Ella vive ahora en la gloria eterna, encima de vuestras cabezas, cerca de Dios... ¡y llorais! ¡Oh! entonces vuestro amor no era amor, era odio. ¡La veis dichosa, y su dicha os vuelve loco de pesar! Un largo matrimonio y una larga vida equivalen á un largo dolor. Morir jóven es morir dichoso. ¡Que se sequen vuestras lágrimas! Colocad sobre este cadáver de la belleza que va á extinguirse, el ramo de romero. Que le pongan sus más bellos atavíos, y que, segun es costumbre, la conduzcan á la iglesia. Nuestras lágrimas son muy débiles; la naturaleza nos ha hecho asi; pero la razon se burla de nuestras lágrimas y el cielo las condena.

CAPULETO.

Nosotros preparábamos festejos ahora mismo, y son funerales los que necesitamos. ¡Cese la alegre música y suenen las fúnebres campanas! No más banquete de bodas; preparad el triste festin de los muertos. Cesen los himnos dulces y solemnes, y cantad en su lugar el *Requiem* funerario. Las perlas que debian adornar la frente de la desposada adornarán su cadáver y su féretro.

FRAY LORENZO.

Señor, retiraos á vuestro cuarto. Acompañad á vuestro esposo, señora; id vos también, señor conde, y que cada uno se prepare para seguir el entierro de esta bella jóven. Dios os castiga, Dios os castiga, no sé por qué pecado; no le provoquéis más, no irritéis más su cólera con vuestra rebeldia y vuestras murmuraciones. (*Vase por un lado; y por el otro todos los actores, excepto los músicos y algunos criados.*)

UN MÚSICO.

A fe mia ya no nos queda más que hacer que liar nuestros petates y guardar nuestros instrumentos; tenemos que marcharnos, muchachos.

LA NODRIZA.

Sí, sí; marchad, marchad, buenas gentes; pues nosotros estamos bien tristes, ya lo veis, bien tristes.

LOS MÚSICOS.

Sí, es verdad. (*Vase la nodriza.*)

Sale PEDRO.

PEDRO.

Vais á hacerme el favor de tocarme alguna cosa alegre, queridos músicos. (*Canta.*)

Mi alma está alegre,
Dichosa y serena.
¡Que muera la pena!
¡Que muera el dolor!...

Tocad esto; hacedme el favor.

MÚSICO PRIMERO.

¿Y por qué esa cancion y no otra?

PEDRO.

Porque estoy muy triste, y esa me consolaria y alegraria. Vamos, una buena coplita alegre, queridos músicos.

MÚSICO SEGUNDO.

Ni coplitas, ni canciones; no es ahora ocasion de música.

PEDRO.

¿Con que nada de música, señores?

MÚSICO PRIMERO.

No por cierto.

PEDRO.

Pues esperad, que quiero pagaros.

MÚSICO PRIMERO.

¿Con qué moneda?

PEDRO.

Con buena moneda de músico, que son muecas y contorsiones.

MÚSICO PRIMERO.

No; con moneda de conversacion, que es moneda de lacayos.

PEDRO.

Es que este lacayo lleva espada; y por lo tanto, tened cuidado con vuestras pelucas, maliciosos señores míos. Ojo alerta, porque soy capaz de señalaros sobre las uñas el *re* y el *fa* á un mismo tiempo.

MÚSICO PRIMERO.

¡Excelentes notas de música!

MÚSICO SEGUNDO.

Mira, Pedro, más valdria que envainaras tu acero y desenvainaras tu ingenio, si es que lo tienes.

PEDRO.

Soy bueno para una y otra lucha. Mi acero corta por los dos lados: paradme ese bote si podeis. Escuchad bien, y que el que tenga más corazon me saque de dudas:

Con lastimeros ayes gima el viento,
La falta de la voz supla el lamento,
Y las cuerdas de plata de mi lira...

Decidme ¿por qué el poeta ha dicho aquí *cuerdas de plata*? ¿Por qué la armonía ha puesto la *plata* en sus cuerdas? explicadme esto, vos, buen *Simon Chirimias*.

MÚSICO PRIMERO.

Eso encierra mucha malignidad, ¡pardiez!..... yo creo que es porque el mejor sonido es el de la plata.

PEDRO.

No es eso: ¿y tú que dices, *Hugo de Rebeca*?

MÚSICO SEGUNDO.

Yo, que es porque no hay cuerda que suene, si la plata no la hace sonar.

PEDRO.

Tampoco es eso, tampoco es eso. ¿Y tú qué piensas, *Juan del Fresno*?

MÚSICO TERCERO.

Yo no pienso nada.

PEDRO.

Eso está muy puesto en razon; tú no puedes pensar nada, porque eres el cantor de la compañía. Voy á contestar por tí. Se dice *cuerdas de plata*, á pesar de ser mejores las de oro, porque si el músico puede llegar á tener alguna vez algo en sus bolsillos es plata; el oro le es desconocido...

La música,

La música,

Las fieras domestica...

(*Vase cantando.*)

MÚSICO PRIMERO.

Ved ahí un picaro bien insolente.

MÚSICO SEGUNDO.

¡Que la peste lo ahogue! ¿Por qué le hacemos caso? Esperemos á ver el entierro, y después nos iremos á cenar. (*Vanse.*)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza publica de Mantua.

Sale ROMEO.

ROMEO.

¿Deberé confiar en los presentimientos llenos de encanto que he tenido soñando? ¿Deberé creer en esos sueños dichosos y en sus alegres presagios? Sí; alguna buena noticia voy á recibir; si, mi alma satisfecha y placentera está inundada de una soberana alegría. Desde esta mañana siento como una nueva expansion, un impulso del alma que me eleva sobre la tierra, mecido por pensamientos deliciosos. Recuerdo que en mi sueño yo estaba muerto. ¡Cosa asombrosa! ¡sueño particular! estaba muerto y me veía yo mismo. Mi amada se acercó á mi cadáver, y los besos de sus labios me devolvieron una vida tan deliciosa y tan potente, que creí resucitar siendo rey del mundo. ¡Ah! ¡qué dicha sentí tan extraordinaria!.. ¡Cuán grande es este amor, cuando su fantasma es tan rico de esperanza, cuando su sombra sola es una delicia tan asombrosa!

Sale BALTASAR.

ROMEO.

¡Ah! ¡noticias de Verona! ¿Qué hay, Baltasar, traes alguna carta del padre Lorenzo? ¿está buena mi Julieta? ¿cómo se encuentra mi padre? Dame noticias de mi amada; noticias tuyas es lo que quiero; dámelas pronto. Si Julieta es dichosa, no hay para mi desgracia alguna en el mundo.

BALTASAR.

(*Con tristeza.*) Señor, podeis estar satisfecho... de nada os quejareis... Julieta es ya dichosa, pues duerme su último sueño en la tumba de los Capuletos. Su cuerpo reposa allí, pero su alma inmortal está con los ángeles en el cielo. Yo he presenciado el acto de depositar su cuerpo entre los restos de sus antepasados. En seguida he tomado la posta á fin de daros el aviso... ¡Ah señor! ¡estas son noticias muy tristes! perdonadme que haya sido yo el portador de ellas; lo he hecho por obedeceros, porque así me lo ordenásteis al partir de Verona.

ROMEO.

(*Después de algunos momentos de silencio.*) ¡Ah! ¡Nada más! ¡Está muy bien!... ¡Destino, yo te desafío! (*Nueva pausa.*) (*A Baltasar.*) Ya sabes dónde vivo; véte allá y prepárame papel y tinta; búscame caballos, pues he de marchar esta misma tarde.

BALTASAR.

Dispensadme, señor, pero no puedo dejaros así. Estais pálido, teneis contraidas las facciones y vuestras miradas anuncian desgracias.

ROMEO.

¡Bah! ¡te engañas!... ¡Déjame, te digo, y haz lo que te mando! ¿No traes ninguna carta del padre Lorenzo?

BALTASAR.

Ninguna, mi querido señor.

ROMEO.

No importa. Véte y prepara pronto los caballos, que ya te sigo. (*Vase Baltasar.*) ¡Julieta, esta misma noche descansaré junto á tí? ¿Cómo hacerlo? ¿Encontraré los medios necesarios? (*Se queda pensativo.*) Los medios de muerte llegan pronto ¡ah! cuando la desesperacion los llama... (*Nueva pausa.*) Me acuerdo de que anda por ahí un viejo, que vende remedios y que se dedica á la quimica; es un infeliz en quien reparé una vez que lo ví cogiendo yerbas; tenía las cejas muy espesas y su cuerpo estaba cubierto solo por algunos miserables andrajos. Es tan delgado que se le señalan todos los huesos; parecia que lo habia consumido el hambre y la miseria no dejándole mas que el esqueleto. En su tienda, que es una tienda muy pobre, hay colgadas una serpiente y una tortuga y algunos pescados de forma horrible. Cuando lo ví la última vez estaba colocando en su estante algunos objetos miserables que se empeñaba en hacer valer; como botellas vacías, frascos rotos, simientes secas, cazuelas cascadas, y otras cosas que no tienen nombre... ¡Ah! ¡qué indigencia! exclamé yo al pasar. Si uno quisiera comprar veneno, hé

aquí una madriguera donde indudablemente se encontraría; y estoy seguro de que no espantaría á ese desgraciado mendigo la ley de Mantua que castiga con la muerte al que lo vende... (*Una pausa.*) Aquellas palabras eran precursoras de una accion indispensable hoy para mí; las necesidades de ese viejo sin pan van á servir á las mias. Si, me acuerdo bien de la casa; esta es. Hoy es dia de fiesta, y el pobre hombre ha cerrado su tienda. (*Llama.*) ¡Hola! ¡mercader! ¡hola!

Sale un viejo MERCADER de drogas.

EL MERCADER.

¿Quién me llama? ¿Quién grita tan fuerte?

ROMEO.

Ven aquí; acércate. Me pareces muy pobre. Ten; toma estos cuarenta ducados: me hace falta una dosis de veneno; pero de un veneno tan terrible, tan pronto, tan violento, que al penetrar en las venas del hombre cansado de vivir, le haga caer muerto de repente; quiero que el aliento vital se escape del cuerpo, más rápido, más súbito que la bala sale del cañon, impelida por la pólvora inflamada.

EL MERCADER.

Yo tengo esos venenos mortales; pero no puedo venderlos, porque me lo prohíbe la ley de Mantua bajo pena de muerte.

ROMEO.

¿Y tú, cuyo cuerpo está desnudo; tú, á quien corroe la miseria, temes la muerte? La privacion está pintada en tu cara; tus ojos hambrientos hablan de opresion y de miseria; y tan solo algunos sucios harapos cubren tu cuerpo descarnado... ¿qué es, pues, el mundo para tí? ¿Un amigo? No.—¿Y qué son para tí las leyes? Tus enemigas. ¿Tiene el mundo alguna ley que te haga rico? Ninguna. Cesa, pues, de ser pobre hollando la ley que te condena á ello. (*Ofreciéndole una bolsa.*) Toma este dinero.

EL MERCADER.

Mi miseria consiente, pero no mi voluntad.

ROMEO.

No es tu voluntad la que yo pago, es tu miseria. (*El mercader entra en su tienda y vuelve á salir con un paquetito que entrega á Romeo.*)

EL MERCADER.

Disolved esto en un liquido cualquiera, bebedlo después, y aun cuando tengais el vigor de veinte hombres, caeréis muerto repentinamente.

ROMEO.

(*Dándole una bolsa.*) Toma tu oro; este es un

veneno que sirve para matar el alma: veneno más homicida cien veces que esta miserable mistura que podía permanecer siempre en tu armario sin que ninguno te la comprase. Anda: no has sido tú quien ha vendido el veneno; lo has comprado y yo te lo vendo. Adios, compra pan y trata de nutrirte. (*Mete el veneno en el bolsillo.*) Cordial excelente. ¡Sustancia preciosa! ven, sígueme; que quiero servirme de tí en la tumba de Julieta.

ESCENA II.

Interior de la celda de fray Lorenzo.

Sale precipitadamente FRAY JUAN.

FRAY JUAN.

¿Dónde estais, venerable hermano de la orden de san Francisco? ¿dónde estais?

Sale FRAY LORENZO.

FRAY LORENZO.

Esta es la voz de fray Juan. (*Repara en él.*) ¿Venís de Mantua? ¿Seáis bien venido! ¿Qué dice Romeo? ¿Ha escrito? ¿Traéis alguna carta? Dádmela.

FRAY JUAN.

Empecé por ir en busca de uno de nuestros hermanos, monje descalzo, el cual esperaba yo que me acompañase á Mantua, y que á la sazón estaba ocupado en visitar algunos enfermos. Los magistrados de la ciudad nos encontraron á los dos en una casa que sospechaban estuviese infestada de la peste; y temiendo que la propagásemos, cerraron las puertas y nos prohibieron la salida. De modo que mi prisa no ha servido de nada; no he podido absolutamente ir á Mantua.

FRAY LORENZO.

¿Pues quién ha llevado mi carta á Romeo?

FRAY JUAN.

Nadie. Héla aquí. No he podido encontrar ningún mensajero que quisiera volvértela á traer; tanto asusta el contagio á todo el mundo.

FRAY LORENZO.

¡Qué fatal contratiempo! Os juro por la santidad de nuestro claustro que no se trata de una simple carta de atencion, sino de un grave é importante mensaje. ¡Oh! ¡y de este contratiempo pueden resultar terribles desgracias!... Fray Juan, id pronto á buscarme una palanca de hierro y traédmela aquí mismo. Apresuraos.

FRAY JUAN.

Voy corriendo á buscarla, hermano, y aquí la tendreis dentro de un instante. (*Vase.*)

TOMO IV.

ESCENA III.

El teatro representa un Cementerio.

Es completamente de noche. Se ve un vasto momento que es el que sirve de sepultura para la familia de los Capuletos. EL CONDE PÁRIS sale precedido de UN PAJE que lleva una antorcha y una cesta con flores.

PÁRIS.

Paje, dame esa antorcha, y espérame allí fuera... Pero no, mejor será que apagues la luz, porque no quiero que ninguno me vea. Ocúltate bajo esos árboles que rodean el cementerio, y permanece inmóvil con el oído pegado al suelo. Esta tierra está floja, porque continuamente la remueve y revuelve la azada, y por lo tanto podrás oír perfectamente los pasos del que intente acercarse aquí. Si oyes alguna cosa, silba, para que por esa señal comprenda yo que se aproxima alguno. Vé, pues; haz lo que te digo, y dame acá esa cesta de flores.

EL PAJE.

¡Solo en este cementerio! ¡Oh, tengo miedo! Probemos sin embargo. (*Se retira á alguna distancia. Páris se acerca á las gradas que conducen á la cueva funeraria, se arrodilla delante de la puerta y esparce flores por el suelo.*)

PÁRIS.

¡Mi dulce amor! ¡mi bella desposada! aquí tienes flores para tu lecho nupcial. ¡Tumba adorada; dentro de tus muros de mármol has encerrado para una eternidad la obra más perfecta del mundo! ¡Oh bella Julieta, que hoy moras en compañía de los ángeles, acepta de mi mano este homenaje, el último ¡ay de mí! Mientras viviste, supe honrarte; ahora que estás muerta, vengo á venerar tu tumba y á sembrarla de flores!... (*Se oye un silbido.*) ¡Mi paje ha silbado! ¡Alguien se acerca! ¿Quién será ese cuyo pié maldito viene á interrumpir mi culto fúnebre, el culto de mi piadoso amor? ¡Y trae luz!... ¡Noche, ocúltame un instante. (*Se esconde detrás de un sepulcro.*)

Salen ROMEO y BALTASAR, el cual trae una antorcha y un azadon.

ROMEO.

(*A Baltasar.*) Dame ese azadon; dame tambien esa barra de hierro.—Toma; esta carta se la entregarás á mi padre por la mañana muy temprano.—Ahora, dame la luz y ten presente lo que te voy á decir, porque me respondes de tu obediencia con la vida. Te mando expresamente que no me interrumpas, ni intervengas, aunque oigas ó veas las cosas más extraordinarias del mundo. Voy á bajar al lecho del último sueño, porque quiero volver á ver á

mi querida esposa; quiero también sacar de su dedo un anillo precioso, que estimo en mucho, y que ha de servirme para un objeto sagrado. ¿Me has oído? Pues véte. Pero no vuelvas, desgraciado; ni trates de espiar lo que voy á hacer, porque te juro por el cielo que si me apercibo de ello te he de destrozár en pequeños pedazos, que sembraré en este cementerio ávido de cadáveres. ¡Véte, que estamos en un momento supremo y terrible! ¡Véte, porque tengo ahora instintos salvajes; más salvajes cien veces, más feroces, más tremendos y más inaccesibles á la piedad que los del tigre hambriento y que las oleadas del mar que ruge con furia!

BALTASAR.

Me voy, señor; y perded cuidado, que no os estorbaré.

ROMEO.

Bien; de ese modo me darás una prueba más de tu afecto. (*Le da dinero.*) Toma esto; ¡vive y sé dichoso! ¡Adios, pues, hijo mío!

BALTASAR.

(*Ap.*) A pesar de todo, yo me ocultaré detrás de algun monumento; sus gestos me asustan, y su lenguaje me inspira grandes recelos. (*Se retira.*)

(*Romeo levanta con la barra de hierro la puerta del monumento.*)

ROMEO.

¡Sima de la muerte! ¡mónstruo ávido y hambriento! ¡detestable abismo! ¡vuelve á abrir, vuelve á abrir esa infame boca! Yo quiero ver esas entrañas tuyas en donde ha entrado la más preciosa criatura que la tierra ha producido. Cede á mis esfuerzos; que yo te daré otras víctimas que engullirás á pesar tuyo. (*Páris se acerca y observa.*)

PARIS.

Yo conozco á este hombre; es el altivo Montesco, el asesino de Tibaldo, del primo de la que yo amaba. Dicen que la noble Julieta ha muerto de la pesadumbre que le causó este homicida... ¡Y viene ahora aquí á insultar su cadáver! ¡Oh! ¡yo lo impediré! ¡Yo me apoderaré de él! (*Se acerca más á Romeo y lo agarra por un brazo.*) ¡Obrero de tinieblas, vil Montesco, cesa en tu trabajo impio! ¿Quieres quizás llevar tu venganza más allá del sepulcro? ¡Miserable! ¡La ley te condena; te prendo: obedece y sígueme! ¡Es preciso que mueras!

ROMEO.

¿Que yo muera? ¡Ya lo sé que es preciso! ¡Como que he venido aquí para morir!... Mi buen joven; el que te habla está entregado á la desesperacion; no le irrites, pues. Huye lejos de aquí y déjame. ¡Piensa en los que ya no

son, y que sus restos te causen pavor! ¡Oh! yo te lo ruego, yo te lo ruego! no abrumes mi culpable cabeza con un nuevo pecado; no provoques mi furor!... ¡Véte! ¡véte! Te juro por el cielo que te quiero más que á mi mismo; solo á mi me aborrezco; mis armas no buscan otra víctima... ¡Ah! ¡no permanezcas junto á mí! ¡Véte de aquí; vive, y que un día puedas decir que debes la vida á la piedad de un loco!

PÁRIS.

¡Te desprecio á tí, y desprecio tus presagios y tus amenazas! ¡Criminal, me apodero de tu persona!

ROMEO.

¡Ah! ¡me desprecias! ¡me provocas! (*Saca la espada y se arroja sobre él.*) ¡Pues muere, niño! (*El conde Páris saca también su espada y se baten. El paje aparece saliendo de su escondite.*)

EL PAJE.

¡Ah! ¡Dios mío! se están batiendo. Yo voy á llamar.

(*Sale precipitadamente. El conde Páris cae herido por Romeo.*)

PÁRIS.

¡Ah! ¡soy muerto!... Montesco, si hay algun resto de piedad en tu alma, abre esa tumba y colócame cerca de Julieta.

ROMEO.

¡Por mi alma te juro que lo haré! (*Se inclina sobre el cadáver.*) ¿Quién será este infeliz? Es el pariente de Mercucio, el conde Páris, un buen caballero... ¿No me ha hablado mi criado durante mi viaje del matrimonio de Páris y de Julieta? En medio de sus tempestades mi alma no escuchaba lo que aquel decía... ¿Lo he oído ó lo he soñado? ¿Es que la locura se apodera de mí al oír el nombre de Julieta? (*Toma la mano del cadáver.*) ¡Dame tu mano; la desgracia nos ha inscrito á los dos en su libro! ¡Ven, que te reservo una tumba triunfal! ¡Ven, joven asesinado; tu sepulcro será resplandeciente! Donde reposa Julieta no puede haber más que luz; su belleza esparce el esplendor bajo esas bóvedas; esas son salas para banquetes de príncipes, ó para asambleas de reyes. (*Deposita á Páris en la bóveda de los Capuletos.*) ¡Descansa aquí, cadáver: otro cadáver te entierra! (*Se detiene cerca del cuerpo ensangrentado de Páris.*) Me siento ahora dichoso. ¿No tienen los moribundos, antes de espirar, un instante de alegría, un relámpago de placer que brilla en el momento de morir? Así al menos lo dicen los que los asisten. Pues bien, este es el instante en que brilla mi relámpago. ¡Ay de mí! ¡el relámpago! ¡qué nombre para este momento supremo! (*Contempla el cuerpo helado de Julieta.*)

¡Oh, tú, querido bien mio, mi amor, mi esposa idolatrada! tú, á quien el aguijon de la muerte ha extraído toda la miel de tu vida; tú, cuya belleza resplandece aun y sonríe á la muerte á quien desprecia. ¡Oh, Julieta! todavía vences. Sobre tus labios rosados, en tus brillantes mejillas, la belleza reina y triunfa aun. La bandera pálida de la muerte no ha podido flotar sobre tu cadáver; la vida y la salud te defienden contra su flamigero estandarte. (*Ve el cuerpo de Tibaldo.*) ¡Tibaldo! ¿Eres tú el que veo aquí envuelto en esa mortaja ensangrentada? Yo destruí tu juventud; pero tranquilízate: la misma mano que te birió va á herir también al autor de tu muerte. ¿Qué más puedo hacer por tí? ¡Perdóname, pues, primo mio! (*Estrecha entre sus brazos el cuerpo de Julieta.*) ¡Ah! ¡Julieta querida! ¿Por qué estás tan bella todavía? ¿Me querrás hacer creer que el soberano de las sombras, el rey de la nada se ha prendado de tu belleza, y que por eso no ha querido destruirla; y que el monstruo esqueleto te guarda aquí en estas cavernas sombrías reservándote para su deleite? Temo que así suceda, y por lo tanto vengo á habitar junto á tí. Jamás, jamás abandonaré yo este antro oscuro donde tú reposas. Aquí permaneceré haciendo compañía á los huéspedes de los sepulcros, á los servidores de la muerte, y cuidando de que los gusanos no profanen tu cuerpo. (*Se sienta cerca de Julieta.*) Hé aquí el sitio que elijo para un descanso que no será turbado ya nunca. ¡Adios, cuerpo frágil, despojo mortal que este mundo ha lacerado! ¡Voy á sacudir tu yugo y el de un destino que me ha perseguido siempre! ¡Ojos míos, lanzad la última mirada! ¡Un abrazo aun, Romeo, el último! ¡Labios míos, ya no respirareis más el ambiente de la vida! ¡Sellad con el último beso de amor y de fidelidad el pacto sin fin que me entrega á una eternidad sin limites! (*Lleva á sus labios el veneno que tiene en un frasco.*) ¡Ven aquí, tú, guia fatal y seguro, amargo refugio! ¡Ven acá, piloto de la desesperacion, y haz pedazos contra este último escollo mi barco cansado ya de luchar con las olas de la vida! (*Bebe el veneno.*) ¡Voy á tí, Julieta mia! El viejo mercader no me engañó... este veneno obra prontamente. (*Estrecha á Julieta en sus brazos.*) ¡Un beso aun, el beso de muerte!

(*Espira teniendo abrazada á Julieta.*)

Por el otro lado del cementerio se ve entrar á
FRAY LORENZO con un azadon y una palanca de hierro.

FRAY LORENZO.

¡Protéjame, gran san Francisco! ¡Cuántas veces, durante esta noche, mis piés vacilantes y viejos han tropezado contra las tumbas!... ¿Quién va? ¿Quién sois vos que teneis comercio con los muertos?

BALTASAR.

¡Es un amigo! ¡Soy yo, Baltasar, á quien debéis conocer!

FRAY LORENZO.

¡La bendicion de Dios sea contigo! Dime, hijo, ¿qué sepulcro es ese que esparce sobre los habitantes de las tumbas y sobre los cráneos de ojos vacíos su inútil luz? ¿No es el monumento de los Capuletos?

BALTASAR.

Si, buen padre. Mi amo, vuestro amigo, está en ese sepulcro.

FRAY LORENZO.

¿Quién has dicho?

BALTASAR.

Romeo.

FRAY LORENZO.

¿Y hace mucho tiempo que está ahí?

BALTASAR.

Lo menos media hora.

FRAY LORENZO.

Ven conmigo y entraremos.

BALTASAR.

¡Oh, no me atrevo! Mi amo cree que no estoy aquí. Me prohibió, bajo pena de muerte, que me quedara á observar lo que hacia; y por lo tanto, si me viera, su cólera seria terrible.

FRAY LORENZO.

Pues bien, quédate ahí, que yo iré solo. El miedo empieza á apoderarse de mí: temo alguna gran desgracia.

BALTASAR.

Me he dormido á la sombra de aquel árbol fúnebre. Allí he soñado que mi amo se batía con un caballero, y que el adversario de mi amo habia caido muerto.

(*Fray Lorenzo da algunos pasos con direccion al sepulcro de los Capuletos.*)

FRAY LORENZO.

(*Llamando.*) ¡Romeo!... ¡Sangre! ¡Cielos! ¡Qué horrorosa mancha tiñe el mármol de la entrada! ¡Y aqui hay dos espadas, y una de ellas tiene la hoja tinta en sangre!... ¿por qué están estos dos aceros aquí, en medio de la paz de la muerte? (*Entra más en el sepulcro.*) ¡Romeo!... ¡Qué pálido está!... ¡Otro cadáver! ¡Ah! ¡es París, y está bañado en su sangre! ¿En qué terrible hora han podido tener lugar estos crueles accidentes? (*Se aproxima á Julieta.*) Julieta se mueve. (*Julieta se despierta poco á poco.*)

JULIETA.

(*Percibiendo á fray Lorenzo.*) ¡Ah! ¡eres tú, buen monje, mi apoyo, mi consuelo!... Dime, ¿dónde está mi Romeo?... Ahora me acuerdo, sí... Yo no debía estar aquí... Pero sí, soy yo y estoy en este sitio... ¡Romeo! ¡Romeo mío!... ¿dónde está? (*Suena ruido dentro.*)

FRAY LORENZO.

¡Chut! oigo ruido... ¡Hija mía, hija mía, abandonemos este antro de muerte, de letargo y de contagio horrible!... salgamos, pues. Una mano divina, un poder que no podemos ni desafiar ni maldecir ha destruido vuestras esperanzas. ¡Ven, ven, Julieta! ¡Romeo, tu esposo, está ahí cerca de ti, pero está muerto! ¡El conde París ha muerto también! ¡Ven, hija mía; yo te colocaré entre las hermanas de un santo monasterio! No me preguntes; no me hables; el tiempo apremia, y la guardia va á sorprendernos!... ¡Querida Julieta, es preciso que vengas! (*Se aumenta el ruido.*) Imposible es permanecer aquí; yo no me atrevo. (*Se retira.*)

JULIETA.

Pues bien, déjame; yo me quedo... ¿Qué es esto? (*Toma el frasquito de cristal que aun conserva Romeo en la mano.*) ¡Un frasco en la mano del que yo amaba tanto, de mi fiel amigo! ¡Ah! ya lo comprendo; el veneno ha acabado con su vida. (*Examina el frasco y prueba una gota que debe haber quedado en él.*) ¡Todo se lo ha bebido! ¡el avaro!... ¡no me ha dejado nada! ¡ni una gota siquiera hay aquí de este licor amargo, que debía ayudarme á salir de este mundo! (*Se arroja sobre el cadáver de Romeo.*) ¡Déjame besar tus labios, á ver si encuentro entre ellos un poco de este veneno! ¡Si lo hay, lo recogeré y moriré dichosa!... ¡Oh! ¡qué calientes están aun tus labios!... (*Se ve llegar la guardia.*)

GUARDA PRIMERO.

¿Por aquí, ó por allí? Guiadnos, pues.

JULIETA.

(*Después de haber escuchado.*) ¡Más ruido! ¡Ya llegan!... ¡Oh! ¡muy pronto habré acabado! (*Le quita á Romeo su puñal.*) ¡Buena y bienhechora daga, aquí tienes mi pecho para que te sirva de funda! ¡Ocúltate, y permanece aquí clavada hasta que yo muera! (*Cae sobre el cuerpo de Romeo y espira. Llega la guardia guiada por el paje de París.*)

EL PAJE.

Ahí es, ahí mismo; donde arde una antorcha.

GUARDA PRIMERO.

¡Y aquí, en el suelo, hay sangre! Registrad el cementerio y buscad bien por todas partes; vamos, andad; y si encontráis alguno, traedlo aquí. (*Vanse algunos guardas.*) ¡Qué triste espectáculo! Este que está aquí asesinado es el

conde París; allí está Julieta atravesada de una puñalada; está aun caliente y parece muerta de hace pocos instantes; sin embargo, hace ya dos días que fué enterrada en esta tumba. (*A un guarda.*) Id vos á avisar al Príncipe. (*A otro.*) Y vos, corred á casa de los Capuletos. Vos, id á despertar á los Montescos. Y vosotros, todos, continuad vuestras investigaciones. El suelo está todo ensangrentado, y aquí el cadáver; pero, ¿quién nos dirá la causa de tantas desgracias? ¿quién nos enterará de lo que ha sucedido?

Salen BALTASAR *custodiado por* ALGUNOS GUARDAS.

UN GUARDA.

Aquí traemos al criado de Romeo á quien hemos encontrado en el cementerio.

GUARDA PRIMERO.

Tened cuidado de que no se escape, y custodiadlo hasta que llegue el Príncipe.

Salen OTROS GUARDAS *conduciendo á* FRAY LORENZO.

UN GUARDA.

Aquí teneis á un monje, que hemos encontrado tembloroso, llorando y sollozando. Tenia consigo este azadon y esta palanca, y salia receloso de aquel otro lado del cementerio.

GUARDA PRIMERO.

Todo eso es muy sospechoso; que se le custodie también y que espere al Príncipe.

Salen EL PRÍNCIPE *con su comitiva.*

EL PRÍNCIPE.

¿Qué motivo tan grave hay para que se turbe así nuestro reposo? ¿Qué terrible desgracia inicia el día de hoy?

Salen CAPULETO, LA SEÑORA DE CAPULETO *y su comitiva.*

CAPULETO.

¡Qué gritos! ¡Qué tumulto! ¿Por qué es eso?

LA SEÑORA DE CAPULETO.

Se oye al pueblo gritar por todas las calles: ¡Romeo! ¡Julieta! ¡El conde París!... y se ve á todos los ciudadanos alarmados dirigirse hácia la tumba de nuestras familias.

EL PRÍNCIPE.

Y vos ¿por qué gemís y os lamentais tanto?

GUARDA PRIMERO.

Mire vuestra Alteza el cuerpo del conde París

atravesado de una estocada; á Romeo que acaba de espirar; á Julieta que fué enterrada hace ya dos días, y que sin embargo está caliente aun; y esta daga empapada en su sangre humeante...

EL PRÍNCIPE.

¡Que se busque por todas partes, y que se indague el origen de todos estos asesinatos!

GUARDA PRIMERO.

Aquí hay detenidos un monje y un criado de Romeo; ambos tenían consigo instrumentos propios para levantar las piedras de los sepulcros.

CAPULETO.

¡Oh, Dios! ¡Acercaos, señora! La sangre corre de la herida de nuestra hija; la daga que la ha herido ha equivocado la víctima; abandonó la funda de Montesco y se escondió en el pecho de mi hija.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

¡Ah! ¡Qué espectáculo!... Creo escuchar la campana de la muerte que llama mis cabellos blancos á la tumba.

Sale MONTESCO seguido de muchos de sus deudos.

EL PRÍNCIPE.

Ven, señor Montesco; te has levantado muy temprano para ver á tu hijo, á tu heredero, en el sepulcro.

MONTESCO.

¡Ay de mí, señor! Mi mujer ha muerto esta noche; el destierro de su hijo Romeo le ocasionó un pesar que le ha costado la vida.... ¿Qué nueva desgracia amenaza aun á este pobre viejo?

EL PRÍNCIPE.

Mira y lo sabrás.

MONTESCO.

(Viendo el cadáver de su hijo.) ¡Oh! hijo mal educado, que precedes á tu padre en el sepulcro! ¡Oh Romeo! ¿por qué no me has aguardado?

EL PRÍNCIPE.

Suspended esos gemidos. Es necesario que todo se esclarezca. Es necesario saber el origen de tantos misterios sangrientos y averiguar los detalles de esta extraña historia. Cuando lo sepa todo, yo mismo llevaré vuestro duelo... y aun á vosotros tres á la muerte si la mereceis. Pero aplacémoslo todo un instante; enfrenad vuestras penas, acallad vuestros lamentos.... Conducid aquí á esos dos hombres sospechosos. *(Conducen á fray Lorenzo y á Baltasar.)*

FRAY LORENZO.

Sobre mí deben recaer las principales sospechas; el lugar, el momento y las circunstancias me acusan de ese horrible asesinato. ¡Ay de mí! ¡nada he podido evitar! Aquí estoy pronto á confesarlo todo. Voy á acusarme y á excusarme. Mi boca misma me absolverá condenándome.

EL PRÍNCIPE.

Habla, pues. Di todo lo que sepas.

FRAY LORENZO.

Seré breve, porque el poco aliento que tengo y los pocos días que me quedan de vida no me permitirían hacer un largo y penoso relato. Este cadáver es el del esposo de Julieta; esta mujer que está aquí tendida era la esposa apasionada de Romeo, y yo fui el que los casó. El día de esta secreta union fué tambien el día que decidí de la suerte de Tibaldo, por cuya fatal muerte fué desterrado de esta ciudad el recién desposado. Por este y no por Tibaldo lloraba el corazón de Julieta. Pero vos *(á Capuleto)*, creyendo poderla distraer de su dolor, quisisteis obligarla á desposarse con el conde París. Entonces vino á verme, y me rogó encarecidamente, con la desesperacion pintada en los ojos, que la librase por cualquier medio de este segundo matrimonio, porque de lo contrario iba á matarse allí mismo á mis pies. Le hice tomar una pocion narcótica preparada por mi arte, y su poderoso efecto le prestó todas las apariencias de la muerte: al mismo tiempo escribí á Romeo para que viniese durante esta noche fatal á ayudar á Julieta á salir de estos sitios en el momento en que cesaran los efectos del narcótico. Un accidente imprevisto detuvo al hermano Juan á quien yo habia encargado de entregar mi carta, obligándole á devolvérmela ayer por la tarde. En vista de esto, me decidí á bajar solo á esta bóveda para esperar que Julieta despertase y llevarla después á mi celda, donde la tendria escondida hasta el momento en que pudiese avisar á Romeo. Cuando llegué aquí encontré al noble París y al fiel Romeo, los dos tendidos sin vida... Julieta se despertó en aquel instante, la exhorté á huir y á soportar con resignacion este golpe del cielo... un ruido súbito me obligó á alejarme de la tumba. Julieta desesperada rehusó seguirme, y sin duda en este momento fué cuando se dió la muerte... Esto es todo lo que yo sé. La nodriza de Julieta está en el secreto de esta union. Ahora, si soy culpable, que los restos de mi vida expien mi falta: yo los ofrezco en holocausto á toda la severidad de la ley.

EL PRÍNCIPE.

Hace mucho tiempo que te conocemos por un santo hombre. ¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede él comunicarnos?

BALTASAR.

Aquí me teneis, señor. Yo fui á participar á mi amo la muerte de Julieta. En el momento tomó la posta, se volvió á Verona y vino aquí, entregándome esta carta, y prohibiéndome bajo pena de muerte permanecer cerca de él en estas bóvedas. El se internó ahí dentro, y yo me retiré.

EL PRÍNCIPE.

Dadme acá esa carta; quiero leerla... Y el paje del conde que avisó á la guardia ¿dónde está? *(Al paje.)* ¡Ah! ¡ah! Responded: ¿qué hacia aquí vuestro amo?

EL PAJE.

Vino á esparcir flores sobre la tumba de su desposada. Me dió orden de no acercarme, y le obedecí. Un hombre entró con una luz y trató de abrir un sepulcro. Mi amo sacó la espada, y entonces fué cuando yo salí huyendo y llamé á la guardia.

EL PRÍNCIPE.

Segun esta carta, el monje ha dicho la verdad. Aquí está toda la historia de sus amores y el error de Romeo sobre la muerte de la jóven. Dice que después de haber comprado á un miserable mercader de drogas yo no sé qué veneno, venia á este sepulcro para morir y reposar cerca de Julieta. Esto es lo que escribe... ¿Dónde están ahora esos enemigos? ¡Capuleto! ¡Montesco! aproximaos. ¡Venid y vereis cuán malditos son vuestros odios! ¡Vereis cómo Dios

castiga! ¡El os hiere en vuestras alegrías; el amor venga á la humanidad á quien deshonoraban vuestras venganzas! Y yo, por no haberos condenado severamente por vuestras locas querellas, he perdido dos hombres de mi familia. ¡Todos hemos sido castigados!

CAPULETO.

¡Oh Montesco! ¡hermano mio! Déjame estrechar tu mano en recuerdo de mi hija; no tengo más que pedirte.

MONTESCO.

Yo quiero darte más. Quiero que ella revista, y que una estatua de oro puro conserve su imagen. Mientras Verona exista, quiero que se vea que no ha habido mujer más bella y querida que la apasionada, la fiel Julieta.

CAPULETO.

Romeo estará junto á ella, y como ella tambien eterno y brillante. ¡Ay de mi! ¡de todos los sacrificios exigidos por nuestros odios estos son los menores!

EL PRÍNCIPE.

Esta triste mañana nos proporcionará una paz completa y consoladora... ¡Ay! el sol no querrá alumbrar con sus rayos un día tan cruel. Ha habido castigos para unos y perdones para otros; pero los siglos venideros conservarán siempre memoria de la dolorosa aventura de la jóven Julieta y de su esposo Romeo.